Enrique Malatesta

IDEARIO

Selección y traducción de
Domingo P. Ibáñez

Dirigente de la I Internacional en Italia, **Errico Malatesta** nace en Caserta en 1853 y muere en Roma en 1932. Conocido de Fanelli y Bakunin, son éstos quienes le inducen a unirse a la insurrección anarquista. Participa en el alzamiendo de Benevento en 1877 y es encarcelado.

Abandona luego Italia y reside en Argentina durante cuatro años, pasando después a Francia e Inglaterra. Llega a España a fines de 1891. En este país colabora, en Barcelona, en el periódico El Productor; se desplaza a Madrid y finalmente efectúa una gira de agitación por Andalucía en compañía de Pedro Esteve. Por entonces, (1892) los anarquistas ocupan Jerez. Perseguido por la policía como presunto mentor, se dirige a Londres.

Retorna a Italia en 1897 y funda en Ancona el diario *L'Agitazione*. Es detenido y se evade. Vive entonces en Estados Unidos e Inglaterra, hasta 1913. Otra vez en Italia, participa en la "semana roja" (junio de 1914). Nuevamente se exilia a Inglaterra. De retorno en su país, encabeza el nuevo movimiento anarquista, coopera en la fundación del diario *Umanità Nuova* y publica la revista *Pensiero e Volontà* (entre 1924 y 1926). Desde entonces —ya en la época fascista—, es constantemente vigilado por la policía hasta el momento de su muerte.

El **Ideario** es una colección de artículos, dispersos en la infinidad de sus publicaciones en que colaboró a lo largo de una vida tan entregada a la lucha, con su consecuencia de cárceles y exilios. Todo lo que supone un atisbo de opresión es cuestionado por Malatesta, siempre en función de la posibilidad libertaria, a la que él entendió como no individualista sino comunitaria.

Enrique Malatesta

Ideario

ePUB v1.0
GONZALEZ 29.08.12

Selección y traducción de Domingo P. Ibáñez
Publicaciones Mundial, 1926

ePub base v2.0

Nosotros decimos que es necesario hacer la revolución, que queremos hacer la revolución, y, para ese fin, nos esforzamos en excitar las voluntades.

Pero se nos opone una objeción fundamental.

La revolución —se nos dice— no se verifica por capricho de los hombres.

La revolución sólo se hace cuando los tiempos son oportunos. La historia no se mueve al acaso; se desarrolla por leyes naturales, fatales, incontrarrestables, contra las cuales nada puede la voluntad de los hombres.

En la práctica, sin embargo, por lo menos en la mayoría de los casos, esa objeción no pasa de ser un recurso de polémica, o de política. Lo cierto es que se afirma que una cosa es imposible, cuando no se desea. Se niega el poder de la verdad, cuando se nos incita a efectuar un esfuerzo en una dirección que no conviene. Como ahora casi todos los que conocen el alfabeto toman postura de sabios y de filósofos, se teoriza el propio deseo y se acude a la ciencia y a la filosofía para que éstas oficien de rufianes en los pequeños cálculos de personas y de partidos. Sin embargo, después, cuando un asunto interesa o gusta, se olvidan todas las teorías, se verifica el esfuerzo necesario, y, si es preciso el concurso de los demás, se dirigen las propagandas a su buena voluntad y de la voluntad se exalta el poder.

No obstante todo esto, cada hombre que piensa siente la necesidad dé poner de acuerdo su conducta con sus convicciones intelectuales y, cuando acciona, quiere darse perfecta cuenta del alcance de sus acciones. Cada hombre que piensa y observa y va aprendiendo los innumerables hechos de la naturaleza y de la historia, siente la necesidad de organizar en sistema las convicciones adquiridas y de hallar un principio general cualquiera que las reúna y las explique.

De esta necesidad de comprensión y de adaptamiento mental, se han originado todos los sistemas de filosofía, teológicos y naturalistas. De esta necesidad han nacido las investigaciones y las discusiones en torno al problema de la voluntad, es decir, alrededor del poder de los hombres —o de todos los seres conscientes— para influir sobre el curso de los acontecimientos: problema fundamental de toda filosofía, el cual ha interesado e interesa a los pensadores de todas las escuelas.

Sólo ventajas habría reportado este hecho, tanto para el desarrollo intelectual del hombre, como para utilizar mejor todas las fuerzas humanas, si, con mucha frecuencia, por una común ilusión mental, no se hubiesen tomado por realidades objetivas cosas que no eran nada más que parto de la imaginación; y por hechos comprobados, las hipótesis más o menos cómodas, con las que se intentaba reunir o explicar los hechos conocidos; y, lo que es peor aun, por realidades, simples palabras sin significado preciso y definible.

De este modo se crearon Dios y el alma inmortal; de este modo se inventaron la Materia, la Fuerza, la Energía —con mayúsculas— y todos los conceptos mentales, aptos para explicar con palabras, el universo que no se comprende.

Más arriba de esas entidades, sin embargo, las cuales es menester., tratar con prudente y risueño escepticismo, existe un principio superior que parece verdaderamente incontrovertible o, por lo menos, de tal naturaleza como para que la mente humana no pueda concebir su negación. Es el principio de la causalidad, que constituye por sí solo toda la filosofía que se intitula determinista.

Nada se crea y nada se destruye. No hay ningún efecto sin causa suficiente; no hay ninguna causa sin efecto proporcionado.

Si esto parece a la mente humana una verdad necesaria y absoluta, es también una necesidad de la mente el razonamiento lógico, y es aun verdad que toda premisa ha de tener su ilación necesaria. La conclusión lógica del principio de causalidad, entendido éste como principio universal e inmutable, es que, a partir del eterno, todo es un encadenamiento necesario de hechos que no hubiesen podido ser diferentes de como han sido y que no podrían ser distintos de lo que serán; de modo que el hombre no es más que un autómata consciente, la voluntad una ilusión y la libertad una cosa inexistente e imposible.

En efecto, cuando se razona en abstracto, muchos llegan hasta las últimas consecuencias y dicen, con Laplace, que si un hombre pudiera conocer todas las fuerzas existentes en el universo, en un momento determinado, con su punto de aplicación, con su intensidad y dirección, podría calcular todo lo que ha acontecido y todo lo que sucederá en un momento cualquiera de la eternidad, en un lugar cualquiera del espacio infinito; todo, tanto la posición de un astro en su órbita, como el verso de un poeta; lo mismo un movimiento telúrico, que el artículo de un periódico.

En su más consecuente expresión, éste es el sistema filosófico que se quiere llamar determinismo, el cual, partiendo de los conceptos de Naturaleza y de Necesidad, y siguiendo los métodos racionales y científicos, llega a las mismas conclusiones a que llegaban los antiguos con la Fatalidad y los teólogos con su predestinación. Hay algunos de sus adeptos que tratan de restringir y atenuar el alcance del sistema para eludir sus consecuencias, queriendo aunar la idea de la necesidad con la de la libertad; pero, a nuestro parecer, estas tentativas son vanas e ilógicas; una necesidad que no siempre es necesaria, que admite restricciones y excepciones, no es una necesidad cabal.

El determinismo responde a alguna necesidad de nuestra inteligencia y es una guía segura para el estudio físico-químico. Pero, por otra parte, paraliza y niega la voluntad y hace aparecer risible e inútil todo esfuerzo para un fin cualquiera.

Sin embargo, cada hombre, poco o mucho, piensa y acciona. Por lo tanto, deterministas lógicos, que vivan, en todo, de acuerdo con su filosofía, no existen, o, por lo menos, nosotros no los conocemos. Y esto no es extraño, pues que si existieran, tendrían forzosamente que reputar inútil el hacer conocer sus ideas, el

propagarlas, convencidos, como estarían, de que lo que ha de acontecer, aun las concepciones mentales de cada uno, acontecerá fatalmente en su tiempo oportuno, y que nada puede impedirlo, retardarlo o adelantarlo.

Los deterministas, que en general son hombres estudiosos, activos, amantes del progreso, y que se han convertido en deterministas, no sólo por el razonamiento, sino también por reaccionar contra los prejuicios, las imposiciones y las supersticiones emanadas de las creencias religiosas; se debaten en una contradicción continua. Niegan el libre albedrío y, por consiguiente, la responsabilidad. Sin embargo, se indignan contra los jueces que torturan a seres irresponsables, como si el juez no fuese también *determinado* y, por lo tanto, irresponsable.

Afirman que todo lo que acontece —hechos naturales, historia humana, acciones, pasiones, sentimientos y pensamientos individuales— no es nada más que una serie ininterrumpible y necesaria de causas y efectos, reducibles a hechos físico-químicos, que dependen de leyes mecánicas, y, después, dan una gran importancia a la educación y a la propaganda.

Son apóstoles de la bondad, de la tolerancia y de la libertad; como si la maldad, la intolerancia y la tiranía no fuesen, puesto que existen, cosas necesarias que las leyes de la mecánica deberían explicar.

Queremos el triunfo de nuestra causa por la libertad y por el amor. Sin embargo, no por esto renunciamos al empleo de la violencia. Nuestros medios son los que las circunstancias nos permiten y nos imponen.

No querríamos arrancar un cabello a nadie; desearíamos enjugar todas las lágrimas sin hacer derramar ninguna. Pero hemos de luchar en el mundo tal como es, o, de no hacerlo, vivir como soñadores estériles.

Llegará un día, es indudable, en que será posible hacer el bien de los hombres sin hacerse mal a sí mismo ni hacerlo a los demás. Hoy eso no es posible. Hasta el más puro y el más dulce de los mártires, el cual, para salir victorioso, se dejase arrastrar hasta el cadalso sin resistencia, adelantándose a sus perseguidores como el Cristo de la leyenda, hasta ese mismo mártir haría violencia. Además del mal que a sí mismo se causaría, lo cual vale la pena de ser tenido en cuenta, haría verter lágrimas amargas a todos los que le amasen.

Se trata, pues, siempre, en todos los actos de la vida, de procurar hacer el menor mal por la mayor suma de bien posible.

La humanidad se arrastra, penosamente, bajo el peso de la opresión política y económica; se baila embrutecida, degenerada, asesinada —no siempre lentamente— por la miseria, por la esclavitud, por la ignorancia y por todos los males que de ellas se originan.

Para defensa de ese estado de cosas, existen poderosas organizaciones militares y policíacas, que responden con la prisión y el cadalso a cualquier tentativa seria de

mudanza.

No hay medios pacíficos ni legales para salir de tal situación, y es natural que así sea, pues que la ley ha sido hecha por los privilegiados expresamente para defender sus privilegios.

Contra la fuerza física que nos impide el paso, sólo hay la fuerza física, sólo hay la revolución violenta.

La revolución producirá, evidentemente, muchas desgracias, muchos sufrimientos; pero se producen muchos más en el régimen actual.

En una sola batalla muere mucha más gente que en la más sangrienta revolución. Millones de criaturas mueren actualmente en el mundo por falta de la debida asistencia. Millones de proletarios mueren prematuramente del mal de la miseria, después de una vida mezquina sin placer y sin esperanza. Hasta los más ricos y más poderosos son mucho menos felices de lo que podrían ser en una sociedad de iguales. El estado actual de cosas viene existiendo desde un tiempo inmemorial. Duraría indefinidamente sin la revolución, mientras que una sola revolución que atacase resueltamente las causas del mal, pondría de una vez al género humano en el camino de la felicidad.

¡Hágase, pues, esa revolución! Cada día que se retarde, es una enorme cantidad de sufrimientos infligidos a los hombres. Trabajemos para que se haga pronto y para que sea como se necesita para acabar con toda opresión y toda explotación.

He ahí la razón por la cual para nosotros, anarquistas, o, por lo menos —pues las palabras no pasan de ser convenciones—, para los anarquistas que ven las cosas como nosotros las vemos, cualquier acto de propaganda o de realización por la palabra o por el hecho, individual o colectivo, es un bien que sirve para aproximar y realizar la revolución, cuando sirve para asegurar a la revolución el concurso consciente de las multitudes y darles este carácter de liberación universal, sin el cual la revolución no es la revolución que deseamos. Debe tenerse en cuenta que en materia de revolución, puesto que se trata de economizar vidas humanas, ha de regir el principio del medio más favorable para ese fin.

Conocemos bien las terribles condiciones morales y materiales en que se halla el proletariado para no explicarnos los actos de odio, de venganza y hasta de ferocidad que en las revoluciones pueden producirse. Comprendemos que haya oprimidos que, habiendo sido tratados siempre por sus opresores con la más innoble dureza; que habiendo visto siempre que al más fuerte todo le era permitido, un día, sintiéndose por un momento los más fuertes, digan: «Hagamos lo mismo que se nos hizo.» Puede suceder que, en la fiebre de la lucha, naturalezas originariamente generosas, pero no preparadas por un largo tratamiento moral, dificilísimo en las condiciones de vida presentes, pierdan de vista el ideal, tomen la violencia como objetivo y se dejen arrastrar por ella a transportes sangrientos.

Pero una cosa es comprender y disculpar, y otra cosa es reivindicar. No son esos los actos que podamos aceptar, excitar, ni imitar. Debemos ser siempre resueltos y enérgicos, pero procurando no exceder jamás el límite marcado por la necesidad. Debemos ¡hacer como el cirujano, que corta cuando es preciso, pero que evita infligir sufrimientos inútiles.

En resumen, debemos ser inspirados por el sentimiento de amor hacia los hombres, hacia todos los hombres.

Nos parece que ese sentimiento de amor es el fondo moral, el alma de nuestro programa. Nos parece que sólo concibiendo la revolución como el gran júbilo humano, como la liberación y la confraternización de todos los hombres, cualquiera que haya sido la clase o partido a que pertenecieran, podrá realizarse nuestro ideal.

La rebeldía brutal ha de producirse indudablemente; pero si no tuviera el contrapeso de los revolucionarios que obran por un ideal, se devoraría a sí misma.

El odio no produce amor. Por el odio no se renueva el mundo. La revolución del odio, o lo malograría todo, o resultaría una nueva opresión, que podría tal vez llamarse anarquista, como se llaman liberales los gobiernos de nuestro tiempo, pero que no por eso dejaría de ser una opresión y de producir todos los efectos de las opresiones políticas.

Por lucha política entendemos la lucha contra el gobierno.

Gobierno es el conjunto de aquellos individuos que detentan el poder de hacer la ley e imponerla a los gobernados, o sea, al público.

Consecuencia del espíritu de dominio y de la violencia con los cuales algunos hombres se han impuesto a los demás, el gobierno es, al propio tiempo, creador y criatura del privilegio y su defensor natural.

Se dice, equivocadamente, que el gobierno desempeña hoy la función del defensor del capitalismo, pero que, abolido el capitalismo, el gobierno se trocaría en representante y gerente de los intereses generales. Ante todo, el capitalismo no podrá destruirse sino cuando los trabajadores, una vez abolido el gobierno, tomen posesión de la riqueza social y organicen la producción y el consumo en interés de todos, por sí mismos, sin esperar la acción de un gobierno, el cual, aunque quisiera, no sería capaz de hacerlo. Debe tenerse en cuenta que si el capitalismo quedase destruido y se dejara subsistir un gobierno, éste, mediante la concesión de toda clase de privilegios, lo crearía nuevamente, puesto que, no pudiendo contentar a todo el mundo, tendría necesidad de una clase económicamente potente que le apoyaría a cambio de las protecciones legales y materiales que de él recibiría.

Por consiguiente, no se puede abolir el privilegio y establecer sólida y definitivamente la libertad y la igualdad social, sino aboliendo el gobierno, no este o aquel gobierno, sino la misma institución del gobierno.

Queremos abolir radicalmente el dominio y la explotación del hombre por el hombre; queremos que los hombres, hermanados por una solidaridad consciente y querida, cooperen todos, de modo voluntario, al bienestar de todos; queremos que la sociedad se constituya con el fin de suministrar a todos los seres humanos los medios de alcanzar el máximo bienestar posible, el máximo desarrollo moral y material posible; queremos para todos pan, libertad, amor y ciencia.

Y para conseguir este fin supremo, creemos necesario que los medios de producción estén a disposición de todos, y que ningún hombre, o grupo de hombres, pueda obligar a los demás a someterse a su voluntad, ni ejercer su influencia de otro modo que con la fuerza de la razón y del ejemplo. Queremos, por consiguiente, la expropiación de la tierra y de todas las riquezas, de sus actuales detentadores, para beneficio de todos; y la abolición del gobierno. Y, mientras que esto no se haga, propaganda del ideal; organización de las fuerzas populares; lucha continua, pacífica o violenta, según las circunstancias, contra el gobierno como institución, y contra los detentadores de la tierra, a fin de ir conquistando toda la libertad y todo el bienestar posibles.

Vamos a exponer algunas de las razones que nos impulsan a ser comunistas en lugar de individualistas.

Advirtamos, en seguida, que es del individualismo mezquino, del de los partidarios de la propiedad individual de los medios de producción, del que queremos hablar.

El otro individualismo, el filosófico, el de los adoradores del *Yo*, del *Único*, del *Superhombre*, es cosa, en verdad, muy complicada para nosotros. Hablando con claridad, todas esas investigaciones filosóficas nos parecen a nosotros, gentes con gran dosis de sentido común, charlas inútiles y vacías.

Nuestra aspiración es que cada uno pueda hacer lo que le parezca. Dad a alguien los medios de hacer lo que mejor le plazca y lo hará… con o sin el permiso de los filósofos.

Lo importante es, pues, procurar a cada uno los medios de obrar a su antojo y hacer que la libertad completa de los unos, no venga a coartar esa misma libertad plena en los otros.

—¿Sin la propiedad no hay libertada -nos dicen los individualistas.

Y esto es absolutamente cierto. Si un hombre no tiene asegurada la posesión de los medios de existencia, si no es el dueño de la materia bruta necesaria para vivir y desarrollarse, será siempre un esclavo.

Pero puesto que queremos que todos los hombres sean libres, debemos querer

también que todos sean propietarios.

Que se nos proponga, pues, un medio para hacer a cada uno propietario de todo cuanto necesite, y en seguida renunciaremos a nuestro comunismo, pues que la propiedad que nosotros combatimos, y con la cual no admitimos transacción de ninguna especie, es la propiedad capitalista, o sea, la propiedad empleada para la explotación del trabajo ajeno o para impedir que trabajen los demás.

No tendríamos razón para rebelarnos contra la propiedad individual de los medios de producción, si ésta fuese patrimonio de todos y sólo sirviese para el trabajo personal de su propietario. Tendríamos que hacer objeciones de orden técnico y sentimental, pero los números podrían ser vencidos, sin duda alguna, merced a los progresos de las ciencias aplicadas, y las segundas, es decir, el deseo de concordia y de fraternidad, ser eliminadas por el hecho de que cuando todo el mundo se halla bien y cuando nadie puede oprimir ni ser oprimido, reina entre todos la buena amistad, la armonía, el deseo de agradarse y de ser útil mutuamente, sea cual fuere la forma de organización social que se halle en vigor. Pero, ¿es conveniente, o mejor dicho, es posible que todos sean individualmente propietarios de los medios de producción y, principalmente, de la tierra y de las otras fuentes naturales de riqueza?

En una sociedad primitiva, en un territorio poco poblado, cuando cada uno pudiera fabricar él mismo los objetos rudimentarios preciosos para sus necesidades limitadas, la propiedad, si no estrictamente individual, por lo menos familiar, podría, en rigor, concebirse. Sin embargo, ni aun en ese caso dejaría de ir aparejada con graves desigualdades e injusticias, las cuales darían lugar, naturalmente, a luchas y, por consiguiente, a la existencia de vencedores y vencidos. Consecuentemente, la opresión de los primeros se dejaría sentir sobre los segundos.

En efecto; ¿a quién se debería atribuir el terreno fértil de donde se obtiene, con un mínimo esfuerzo, la más abundante cosecha, o el campo estéril que un trabajo arduo no logra alcanzar más que una cosecha escasa? ¿Quién, aun, sería designado para habitar cerca de los cursos del agua y de las vías de comunicación, y quién otro sería relegado lejos de los ríos y del mar? ¿Cómo se procedería a un reparto que satisficiera a todo el mundo, cuando los diversos lotes de terreno son tan desemejantes por su producción natural, su salubridad y su situación?

A decir verdad, los progresos de la ciencia nos hacen prever, muy bien, el momento en que todos los terrenos podrán ser convertidos para que sea idéntica su fertilidad, pero eso supone un grado tal de desarrollo humano, una tal intensidad de cooperación social, que nos aleja grandemente de nuestra hipótesis de una sociedad primitiva de hombres con necesidades limitadas a lo que un individuo o una familia pueden producir por sí solos.

Aun suponiendo que se lograse establecer un mutuo acuerdo respecto de una participación en la pequeña felicidad conseguida, ¿no sería necesario volver a

comenzar de nuevo a cada cambio de población?

Pero ¿qué ocurriría si el reparto de la propiedad debiera hacerse hoy, con la multiplicidad de las necesidades que se han desarrollado y que se irán desarrollando cada vez más, las cuales piden, para ser satisfechas, la cooperación material e intelectual de todos los hombres, o, por lo menos, de un gran número de hombres de todos los países, ejerciendo diferentes oficios y cultivando diversas ciencias? ¿Daréis a uno una parte de mina, a otro un pedazo de máquina o de navío? ¿Y qué propiedad daréis a los que construyen carreteras, cuidan de los enfermos, instruyen a la juventud?

Como ya no es posible vivir sin el cambio de los productos y de los servicios, ¿de qué modo os arreglaréis para establecer el valor relativo de las cosas y de los esfuerzos?

¡La tentativa sería simplemente absurda!

Si se quiere convertir a todos los hombres en propietarios, sólo hay un medio: hacerlos a todos copropietarios de todas las cosas existentes. Entonces será cuando el Estado, es decir, el gobierno, formado no importa de qué modo, ni de cuáles personajes, deberá tomar la posesión de todo y administrarlo por cuenta de la colectividad, obligando a todo el mundo a someterse a sus leyes, a ejecutar cierta cantidad de trabajo obligatorio, en las formas indicadas ya, y a contentarse con la ración reglamentaria, con lo cual tendréis lo que se llama *socialismo de Estado*. Toda libertad efectiva, toda iniciativa, toda independencia de los individuos o de los grupos, quedaría anulada; se habría reemplazado la dominación capitalista por la de una casta de políticos y de burócratas.) ¡Una ración un poco más abundante y más segura si se quiere, pero otro tanto de libertad y de posibilidad de progreso menos!

En cambio de eso, puede haber el acuerdo libre, voluntario, entre los individuos, los grupos, la colectividad, en todos sus grados, para poner conjuntamente todas las facultades y explotar en común las riquezas naturales para el mayor beneficio de cada uno y de todos, lo cual no es otra cosa que lo que nosotros llamamos *comunismo anarquista*.

Escoged.

Es en el comunismo libre donde el individuo halla la mayor garantía de independencia, de libertad y de bienestar.

Es en el derecho del individuo, de todos los individuos, a la libertad y a la seguridad, donde el comunismo halla su razón de ser y su justificación.

Desde Malthus hasta nuestros días, los conservadores de todas las escuelas han sostenido que la miseria no se deriva de la injusta distribución de la riqueza, sino de la limitada productividad o de la deficiente industria humana.

El socialismo es, en su origen histórico y en su esencia fundamental, la negación

de aquella tesis; o lo que es lo mismo, la afirmación precisa de que el problema social es, ante todo, una cuestión jurídica social, una cuestión de distribución. Pero he aquí que cuando los socialistas empezaron a pactar con el poder y con las clases poseedoras, o sea, cuando han dejado, en realidad, de ser socialistas, se pusieron también, con formas un poco más modernas, a sostener la tesis de los conservadores.

Si semejante tesis fuese verdadera, sería falso que el antagonismo entre patronos y obreros fuese irreductible, porque hallaría solución en el interés que tendrían obreros y patronos en aumentar la producción; sería falso el socialismo, cuando menos, como medio actual para resolver el problema social. En efecto, ya hemos visto sostener a Turati que los obreros deben, en las huelgas, cuidar de que no se arruinen los patronos y sus industrias. Y antes de Turati, Ferri había dicho que los socialistas debían favorecer el enriquecimiento de los burgueses. Por otra parte, los más distinguidos representantes del socialismo democrático italiano van por ahí aturdiéndonos con el interés que tienen los proletarios en ser gobernados por una burguesía rica, cortés, *moderna*.

Esta nueva predicación de los socialistas, que tiende a hacer abandonar al proletariado consciente la vía madre de la lucha de clases, empujándolo hacia el callejón sin salida del reformismo burgués, es tanto más peligrosa cuanto que toma por pretexto un hecho cierto, el de la insuficiencia actual de productos para satisfacer, aun en límites restringidos, las necesidades de todos, y después de haber impresionado al público con la demostración de aquel hecho, con un pequeño expediente sofístico cambia el efecto en causa y saca sin detenerse las erróneas conclusiones que sirven a sus propósitos.

Es necesario analizar el sistema.

Cierto es que la producción en general y los artículos de primera necesidad son escasos, insuficientes, casi ridículamente pequeños con relación a lo que deberían y podrían ser.

El hambriento que pasa por los almacenes atestados de géneros alimenticios; el que careciendo de todo ve los esfuerzos que hacen los comerciantes por vender los géneros demasiado abundantes en relación con las demandas del público, podrán creer que hay de todo en abundancia, para todos, y que sólo faltan los medios para poder comprar. Los anarquistas, ilusionados con las cifras más o menos cabalísticas de la estadística y aun para disponer en la propaganda de un argumento impresionante y de fácil comprensión para la masa ignorante, han podido sostener que la producción efectiva supera, con largueza, a todas las necesidades racionales, y que bastaría que el pueblo tomase posesión de la riqueza para que todos pudiesen vivir en la abundancia. Y el hecho de las sucesivas crisis sedicentes de sobreproducción —es decir, el trabajo que falta porque los patronos no hallan compradores para los productos que han acumulado— ayuda a confirmar en la mente de la generalidad esta impresión

superficial.

Lo cierto es que un poco de crítica fría hará comprender súbitamente que esta pretendida grande riqueza no pasa de ser una ilusión.

Lo que consume la gran masa del pueblo es insuficiente para satisfacer las más elementales necesidades: la inmensa mayoría de los hombres come poco y mal, viste y vive mal y está mal provista de todo muchos mueren lentamente de hambre y de frío. Si verdaderamente se produjese tanto que alcanzase para todos, ¿por qué los más no consumen bastante y dónde se acumula el excedente anual de la producción ? ¿Y por qué inconcebible aberración los capitalistas, que hacen producir para vender y obtener beneficios, continuarían haciendo producir aquello que no habrían de vender?

Por la concurrencia que los capitalistas se hacen entre sí y la ignorancia en que algunos estén de la cantidad de productos que los otros puedan en un momento dado lanzar a la plaza; por el espíritu de especulación, por la avaricia de la ganancia y por error de previsión puede ocurrir y ocurre frecuentemente en las industrias manufactureras, cuya potencia productiva es más elástica, que se produzca más de lo que se demanda en un momento dado; pero entonces sobreviene la crisis, la suspensión del trabajo, y el equilibrio se restablece: a la larga, normalmente, no se produce más que aquello que se consume. Es el consumo el que gobierna a la producción y no a la inversa.

En cuanto a los productos alimenticios, que son los de más vital importancia, basta tener en cuenta las terribles consecuencias, en los países agrícolas, de una cosecha que dé mal resultado, para convencerse de que, alimentándose tan mal como se alimenta la generalidad, apenas se produce lo bastante para salir adelante de un año a otro.

Si toda la masa de la riqueza producida anualmente, de la cual, hoy, más de la mitad va a parar al pequeño número de capitalistas, fuese distribuida igualmente entre todos, la condición del obrero mejoraría muy poco y, además, su parte correspondiente aumentaría, no en las cosas necesarias, sino en mil bagatelas, poco menos que inútiles, cuando no dañosas. En cuanto al pan, a la carne, a la casa, al vestido y a los demás artículos de primera necesidad, la parte que los ricos consumen en exceso o disipan, distribuida entre la masa innumerable, no produciría cambio alguno sensible.

Así, pues, la producción es insuficiente y urge aumentarla: estamos de acuerdo.

Pero, ¿por qué actualmente no se produce más? ¿Por qué hay tantas tierras incultas y tantas mal cultivadas? ¿Por qué tantas máquinas paradas? ¿Por qué tantos obreros desocupados?

¿Por qué no se edifican casas para todos, etc., puesto que abundan los materiales y los hombres aptos y deseosos de utilizar tales materiales?

La razón es clara, y no habrá de parecer nueva a quienquiera que se diga

socialista. La razón es que los medios de producción —suelo, materia prima, instrumentos de trabajo— no están en manos de todos los que tienen necesidad de los productos, sino que pertenecen, por el contrario, como propiedad privada, a un pequeño número de personas que se sirve de ellos para hacer trabajar a los demás por su cuenta y sólo en cantidad y forma que conviene a su propio interés.

El hombre no tiene derecho, actualmente, a parte alguna de los productos por el solo hecho de ser hombre; si se alimenta y vive, es únicamente porque el capitalista, el poseedor de los medios de producción, tiene interés en hacerle trabajar para poderlo explotar.

Ahora bien; el capitalista no tiene interés en desarrollar la producción más allá de un cierto límite y, por consiguiente, está interesado en que haya siempre una relativa carestía. En otros términos: el capitalista hace producir en tanto cuanto puede vender los productos más caros de lo que costaron, y aumentar la producción a fin de que paralelamente aumenten sus beneficios; pero cuando advierte que para vender ha de rebajar los precios en demasía, y que la abundancia de productos conduciría a una disminución absoluta de beneficios, retiene toda la producción almacenada —como sucede con harta frecuencia—, y hasta destruye una parte de ella para aumentar el valor de la restante.

Por esto, si se quiere que la producción aumente de tal modo como para alcanzar a satisfacer plenamente las necesidades de todos, es preciso que aquélla sea dirigida en el sentido de la necesidad de satisfacerlas, y no ya en el de los beneficios particulares de una minoría. Es necesario que todos tengamos derecho a gozar de los productos; es necesario que todos tengamos derecho a usar de los medios de producción.

Si todo el que tiene hambre tuviese derecho a tomar el pan que necesitase, sería preciso hacer de modo que hubiese pan suficiente para todos, y entonces se cultivarían las tierras incultas, y los métodos antiguos serían sustituidos por otros métodos de cultivo más productivos. Si, por el contrario, como ocurre actualmente, la riqueza existente en medios de producción y en productos acumulados, perteneciera a una clase especial de personas, y esta clase, provista de todo, pudiese prender y fusilar a los hambrientos que gritasen demasiado, la producción continuaría reducida al límite señalado por los intereses capitalistas.

En conclusión: la causa de la escasez de producción es hoy la distribución limitada; y si se quiere destruir el efecto, se necesita destruir la causa.

Para que se produzca bastante para todos, es preciso que todos tengamos derecho a consumir bastante.

De modo que queda demostrada la verdadera tesis socialista, o sea, que el problema de la miseria es, ante todo, una cuestión de distribución.

Cuando se discuten cuestiones de orden moral y social, la dificultad más grande para entenderse depende del significado vario e incierto que se atribuye a las palabras.

Todo partido, y con frecuencia cada individuo, dan a las palabras generales un significado diverso y, lo que es peor, un mismo individuo usa a veces la misma palabra en sentido distinto y hasta opuesto.

Así, por ejemplo, *socialismo* y *anarquía* se usan en unas ocasiones como términos antagónicos y en otras como sinónimos.

Hay hombres que combaten el *individualismo* cuando significa el *cada uno para sí* de la sociedad burguesa, y después se dicen *individualistas* para expresar su ideal de una sociedad en la cual no se oprimirá a nadie y en la que cada uno tendrá los medios de alcanzar el pleno desenvolvimiento de su propia personalidad.

Otros hombres hay que un día combaten la inmoralidad burguesa y al día siguiente protestarán contra toda *moral*. También hay hombres que dicen que el *derecho* es la fuerza, y a los pocos momentos se alaban de ser defensores del *derecho* de los débiles. Y no es raro encontrar individuos que se mofen de toda idea de *sacrificio y* de *abnegación y* que se digan, inmediatamente después —y hasta se muestren— prontos a sacrificar bienestar, libertad, vida, en aras del bien de las generaciones futuras.

Observaciones semejantes podrían hacerse acerca del uso que los hombres hacen de las palabras *evolución, revolución, organización, administración, autoridad, gobierno, estado* y tantas cuantas se refieren a los problemas morales y sociales.

De este modo sucede el hecho de que muchas cosas verdaderas parezcan irracionales por defecto de expresión, y que se produzcan muchas divergencias entre los adeptos de una misma doctrina, los cuales, en el fondo, están de acuerdo, mientras que, por el contrario, con frecuencia aparecen como estando de acuerdo, sólo porque usan la misma terminología, personas de ideas y tendencias diametralmente opuestas.

De este modo sucede también, el hecho de que se acepten, bajo la fe de una palabra, ideas absurdas y antisociales, y que, gentes egoístas, verdaderos malhechores, se mezclen con otras que, buenas y generosas, dan pruebas constantes de moralidad, por la ínfima vanagloria de parecer originales. Y no sólo esta falta de un lenguaje claro, común y permanente hace difícil que se entienda un hombre con otro, sino que la confusión en la expresión ofusca a cada uno la claridad de su propia idea y acaba por impedir que él mismo se entienda de modo cabal. Ejemplo —¡demasiado doloroso por cierto!— son tantos periódicos libertarios como aparecen, que se supusiera escritos por los habitantes de la legendaria torre de Babel; periódicos en los cuales, generalmente, cada escritor demuestra que no sabe lo que quiere decir y que apenas tiene una obscura y vaga visión de un vaporoso ideal que no sabe expresar en términos comprensibles.

Definamos, pues, las palabras de las cuales nos servimos.

No pretendo que el sentido que yo doy a las varias palabras sea el sentido verdadero. El significado de las palabras es siempre una cosa convencional y puede sólo establecerlo el uso común y permanente que de ellas haga la mayoría de los hombres. Sin embargo, sucede, generalmente, que, cuando una palabra ha sido inventada para indicar una dada idea, todas las transformaciones y las desviaciones que ocurren después en su significado, tienen entre sí una relación lógica que permite remontarse al significado originario, y posee un significado general que responde al pensamiento más o menos consciente de todos. Este fondo común en los varios sentidos en que hoy se usan las palabras, es el que yo me esfuerzo en determinar para hacer más clara la idea y más clara la discusión.

De cualquier modo, mis definiciones, si no para otra cosa, servirán, por lo menos, para que se comprenda bien lo que yo entiendo y tal vez también para dar un ejemplo de lenguaje preciso, que otros podrán elaborar mejor.

En el estudio de la sociedad humana y en las concepciones ideales que pueden hacerse de una nueva sociedad, tienen que considerarse dos aspectos.

Primero: Las relaciones morales, o jurídicas si se prefiere que se llamen de este modo, entre los hombres; es decir, el objeto que se atribuye a la convivencia social.

Segundo: La forma en la cual se encarnan estas relaciones; o sea, el modo de organizarse para asegurar la observancia social de los derechos y deberes respectivos; el método con el cual se tiende a la realización del objeto propuesto a la sociedad.

Desde el primer punto de vista, se puede concebir la sociedad humana de tres maneras fundamentales. Primera: como una multitud de hombres que nacen y viven para servir a uno o varios individuos privilegiados, por derecho de conquista, disfrazado con el pretendido derecho divino. Es éste el régimen *aristocrático* que, en esencia, ha desaparecido en los países más avanzados y que va poco a poco desapareciendo en el resto del mundo. Segunda: como la convivencia de individuos originaria y teóricamente iguales, que luchan uno contra otro, cada uno por acaparar la mayor cantidad de riqueza y de poder posible, explotando el trabajo de los demás y sometiéndolos a su dominio. Este es el régimen individualista que domina en el mundo burgués actualmente, el cual produce todos los males sociales de que nos lamentamos. Y tercera: como un lazo de solidaridad entre todos los hombres, cooperando cada uno con los demás para el mayor bien de todos, con el propósito, además, de asegurar, para todos igualmente, el máximo desarrollo, la máxima libertad, el máximo bienestar posibles. Este es el régimen socialista, que es el ideal por el cual luchan hoy todos los amigos sinceros y fervorosos del género humano.

Desde el segundo punto de vista, existen asimismo tres modos principales de organización social, tres métodos, tres constituciones políticas. Primero: el dominio exclusivo de uno o unos pocos —*monarquía absoluta, cesarismo, dictadura*— los cuales imponen a los demás la propia voluntad, ya en interés propio o de su casta, ya

con la intención, que puede ser sincera, de hacer el bien de todos. Segundo: la llamada soberanía popular, es decir, la ley hecha en nombre del pueblo por los que el pueblo ha elegido. Dicha ley representa, teóricamente, la voluntad de la mayoría; pero en la práctica, es el resultado de una serie de transacciones y de ficciones, por las cuales resulta falseada toda genuina expresión de la voluntad popular. Esto es la *democracia*, la *república*, el *parlamentarismo*. Y tercero: la organización directa, libre, consciente, de la vida social, hecha y cambiada, cuando sea menester, por todos los interesados, cada uno en la esfera de sus intereses, sin delegaciones ficticias, sin lazos inútiles, sin imposiciones arbitrarias. Esto es la *anarquía*.

Los varios conceptos sobre la esencia y objeto de la sociedad humana se juntan diversamente, tanto en la historia como en los programas de los partidos, con las diferentes formas de organización. Así puede haber una sociedad aristocrática con un régimen monárquico, republicano y hasta anarquista. La sociedad burguesa, o individualista, existe igualmente en la monarquía que en la república, y muchos de sus partidarios son anarquistas, puesto que desean que no haya gobierno o que haya la menor cantidad de gobierno posible. Del mismo modo, en lo que respecta al socialismo, algunos quisieran realizarlo por medio de la dictadura, otros por medio del parlamentarismo, y otros por medio de la anarquía.

Sin embargo, a pesar de los errores de los hombres y de la acción y reacción que los factores históricos pueden determinar —y de hecho han determinado los más inverosímiles maridajes entre constituciones sociales y formas políticas de carácter disparatado—, lo cierto es que los fines y los medios están ligados entre sí por relaciones íntimas, las cuales hacen que cada fin tenga un medio que le conviene más que los otros, como todo medio tiende a realizar el fin que le es natural, aun, sin y contra la voluntad de los que los emplean.

La monarquía es la forma política que mejor se aviene a hacer respetar los privilegios de una casta exclusiva; a esta razón obedece que toda aristocracia, cualquiera que sea la condición en que se haya formado, tienda a establecer un régimen monárquico, franco o encubierto, como toda monarquía tiende a crear y hacer estable y omnipotente a una clase aristocrática. El sistema parlamentario, es decir, la república —ya que la monarquía constitucional, en realidad, no es más que una forma intermediaria, en la cual la acción del parlamento está todavía obstaculizada por la supervivencia monárquica y aristocrática, —es el sistema político que mejor responde a la sociedad burguesa; y toda república tiende a la constitución de una clase burguesa, como, por otra parte, la burguesía, en el fondo de su ánimo, aunque no lo sea en apariencia, es siempre republicana.

Ahora bien; ¿cuál es la forma política que más se adapta a la realización del principio de solidaridad en las relaciones humanas? ¿Cuál es el método que más seguramente puede conducirnos al triunfo del socialismo?

Es muy cierto que a esta pregunta no puede dársele una respuesta absolutamente segura, puesto que, tratándose de cosas no realizadas aún, a las deducciones lógicas les falta la comprobación de la experiencia. Es, por tanto, necesario contentarse con las soluciones que parecen tener en su favor la mayor suma de probabilidades. Pero queda cierta duda, inevitable siempre, en el espíritu, cuando se trata de previsiones históricas; duda que, por otra parte, viene a ser como una puerta que se deja abierta en el cerebro para que entren en él nuevas verdades, por lo cual debe disponerse de gran tolerancia y de la más cordial simpatía hacia todos los que buscan por otras vías alcanzar el mismo fin, sin que esto deba paralizar nuestra acción ni impedir que escojamos nuestra vía para caminar resueltamente por ella.

El carácter esencial del socialismo es el de aplicarse igualmente a todos los miembros de la sociedad, a los seres humanos todos. Por esto, ninguno debe poder explotar el trabajo de otros, mediante la acaparación de los medios de producir, y ninguno debe poder imponer a los demás la propia voluntad, mediante la fuerza bruta, o, lo que es lo mismo, mediante el acaparamiento del poder político: la explotación económica y la dominación política son dos aspectos de un mismo hecho, la sujeción del hombre por el hombre, resolviéndose siempre la una con la otra.

Por todo lo cual, para realizar y consolidar el socialismo, se necesita un medio que, al mismo tiempo que no pueda ser un manantial de explotación y dominación, conduzca a una organización de tal clase, que se adapte lo más posible a los intereses y a las preferencias varias y mudables de los diversos individuos y grupos humanos. Este medio, no puede ser la *dictadura —monarquía, cesarismo,* etc.—, puesto que ésta substituye a la voluntad y a la inteligencia de todos, con la voluntad y la inteligencia de uno o de varios hombres, tiende a imponer a todos una regla única, a pesar de las diferencias de condiciones, crea la necesidad de una fuerza armada para constreñir a los recalcitrantes a la obediencia, hace surgir intereses antagónicos entre la multitud y los que están más cerca del poder, y acaba, o con la rebelión triunfante o con la consolidación de una clase gobernante, que luego, naturalmente, se convierte en clase propietaria. Tampoco parece un buen medio el *parlamentarismo —democracia república*—, puesto que también ese medio substituye la voluntad de pocos a la de todos, y si, por una parte, deja alguna mayor libertad que la dictadura, por otra crea más ilusiones, y en nombre de un interés colectivo ficticio, huella todos los intereses reales y contradice, a través de la maraña de las elecciones, la voluntad de cada uno y la de todos.

Queda otro medio: la organización libre, de ajo arriba, de lo simple a lo complejo, mediante el pacto libre y la federación de las asociaciones de producción y de consumo, o sea, la *anarquía*. Que es el método que preferimos nosotros.

Para nosotros, pues, *socialismo y anarquía* no son términos antagónicos, ni equivalentes, sino términos estrechamente ligados uno con otro, como lo está el fin a

su medio necesario, como lo está la sustancia a la forma en que se encarna.

El socialismo sin la anarquía, es decir, el socialismo gubernamental, lo creemos imposible, puesto que sería destruido por el mismo órgano destinado a mantenerlo.

La anarquía sin el socialismo nos parece igualmente imposible, puesto que, en tal caso, dicha anarquía no podría ser nada más que el dominio de los más fuertes y, por lo tanto, pronto comenzaría la organización y la consolidación de este dominio, es decir, la constitución del gobierno.

Actualmente hay tanta gente diversa que se llama anarquista, y, con el nombre de anarquía, se han expuesto y se exponen tantas ideas disparatadas y contradictorias, que verdaderamente no tenemos mucha razón para asombrarnos cuando el público, que desconoce nuestras ideas y no puede al primer golpe de vista distinguir las grandes diferencias que se ocultan bajo e1 velo de una palabra común, no escucha nuestra propaganda y hasta nos mira con recelo.

Nosotros, naturalmente, no podemos impedir a los demás que adopten el nombre que les plazca. Ni el abandonar, por nuestra parte, el nombre de anarquistas, serviría para otra cosa que no fuera el aumentar la confusión, ya que, en este dado caso, el público creería simplemente que habríamos cambiado de ideal.

Lo más que podemos hacer —y debemos hacerlo— es distinguirnos claramente de todos los que de la anarquía tengan un concepto distinto del nuestro, o que del mismo concepto teórico deduzcan consecuencias prácticas contrarias a las que deduzcamos nosotros. Esta distinción, debe resultar, por modo evidente, de la exposición clara de nuestras ideas, y de repetir continuamente, con franqueza y sin vacilaciones, nuestra opinión sobre todos los hechos que estén en contradicción con nuestras ideas y con nuestra moral, sin ningún miramiento particular ni de partido. Sabido es que la solidaridad de partido, entre gentes que no podían pertenecer, de ningún modo, al nuestro, ha sido precisamente una de las causas primordiales, si no la principal, de la confusión. Hasta tal punto ha llegado esta mal entendida solidaridad, que muchos ensalzan en los *compañeros*, las acciones que vituperarían en los adversarios. Parece, pues, que el único criterio que tienen del bien y del mal sea éste: si el autor del acto que se juzga toma o deja de tomar el nombre de anarquista.

Muchos son los errores que han contribuido a tan absurdas contradicciones. Contradicción completa, con los principios, de unos, y contradicción de los otros por soportar la de los primeros. Como también son muchas las causas que han dado lugar a que invadan nuestro campo gentes que en el fondo se ríen del socialismo y de la anarquía, como de todo lo que está por encima de sus intereses particulares.

Me es imposible emprender un examen metódico y completo de esos errores. Quiero, no obstante, señalar algunos tal como, al correr de la pluma, se vayan acudiendo a mi mente.

Ante todo, hablemos de moral.

Es cosa corriente encontrar anarquistas que *niegan la moral*. Al principio, esa negación no es más que un simple modo de decir para significar que, desde el punto de vista teórico, no admiten una moral absoluta, eterna, inmutable, y que en la práctica, se rebelan contra la moral burguesa, que sanciona la explotación de la masa y condena los actos que ponen en peligro y dañan a los privilegiado?. Pero después, poco a poco, como suele suceder en tantas otras cosas, toman la figura retórica por la expresión exacta de la verdad. Olvidan que en la moral corriente, además de las reglas inculcadas por los sacerdotes y los privilegiados en interés de su dominio, se encuentran también, y son en realidad la mayor parte y las más substanciales, las reglas que son la consecuencia y la condición de toda coexistencia social. Olvidan que el rebelarse contra toda regla impuesta a la fuerza, no quiere decir, de ningún modo, que se deba renunciar a todo freno moral y a todo sentimiento de obligación hacia los demás. Olvidan que para combatir razonablemente una moral, se necesita oponerle, en teoría y prácticamente, otra moral superior, Olvidan que, por poco que el temperamento y las circunstancias les ayuden, acabarán por volverse inmorales, en la acepción absoluta de esa palabra, es decir, hombres sin regla de conducta, sin criterio para guiar sus acciones, que cederán pasivamente a todos los impulsos del momento. ¡Hoy se quitarán el pan de la boca para darlo a un amigo necesitado y mañana matarán a un hombre para poder ir a un burdel!

La moral es la regla de conducta que cada hombre considera buena. Se puede encontrar mala la moral dominante en una época dada, en un determinado país, en una dada sociedad y, en efecto, nosotros encontramos pésima la moral burguesa. Pero no se puede concebir una sociedad sin una moral, cualquiera que sea, ni un hombre consciente que no tenga algún criterio para juzgar lo que es bueno y lo que es malo para sí y para los demás. Cuando nosotros combatimos a la sociedad presente, oponemos a la moral individualista de los burgueses, a la moral de la lucha y de la competencia, la moral del amor y de la solidaridad, y tratamos de establecer instituciones que correspondan a esta nuestra concepción de las relaciones entre los hombres. De otro modo, ¿cómo podríamos encontrar malo el hecho de que los burgueses exploten al pueblo?

Otra de las afirmaciones dañinas, que en muchos es sincera, pero que en otros no es nada más que una excusa, es aquella de que el actual ambiente social no permite ser morales, y que, por consiguiente, es inútil hacer esfuerzos con los cuales nada se puede lograr, siendo lo mejor que puede hacerse, por lo tanto, el procurar lo más que sea posible para uno mismo, según permitan las actuales circunstancias, sin cuidarse para nada de los demás, pues siempre podría cambiarse de vida cuando haya cambiado la organización social. Cierto es que todo anarquista, que todo socialista, comprende la fatalidad económica que actualmente obliga al hombre a luchar contra el hombre, y todo buen observador advierte la impotencia de la rebelión personal

contra la fuerza prepotente del ambiente social. Pero es igualmente cierto que sin la rebelión del individuo, que se asocia con los otros individuos rebeldes para resistir el ambiente y tratar de reformarlo, este ambiente no cambiaría nunca.

Todos nosotros, sin excepción alguna, estamos obligados a vivir, más o menos, en contradicción con nuestros ideales. Pero somos socialistas y anarquistas por lo que sufrimos con esta contradicción y porque tratamos de hacerla lo menos grande posible. El día que nos adoptásemos al ambiente, olvidaríamos naturalmente el deseo de transformarlo y nos convertiríamos en simples burgueses, sin dinero quizá, pero no por esto menos burgueses en los actos y en las intenciones.

Otra fuente de errores y de culpas gravísimas ha sido el modo cómo se ha interpretado por muchos la teoría de la violencia.

La sociedad actual se mantiene con la fuerza de las armas. Nunca ninguna clase oprimida ha logrado emanciparse sin recurrir a la violencia; nunca las clases privilegiadas han renunciado a una parte, siquiera mínima, de sus privilegios, sino por la fuerza, o por miedo a la fuerza. Las instituciones sociales actuales son de tal naturaleza, que resulta imposible el transformarlas por reformas graduales y pacíficas, y la necesidad de una evolución violenta, para acabar con ellas e implantar sobre sus ruinas una sociedad de nuevas bases, se impone. La obstinación, la brutalidad con que el capitalismo responde a las más anodinas demandas del proletariado, demuestran la fatalidad de una revolución violenta. Es, pues, lógico y necesario que los socialistas, y los anarquistas especialmente, sean un partido revolucionario y prevean y apresuren la revolución.

Pero, desgraciadamente, hay en los hombres una tendencia a trastocar el fin con los medios; y la violencia, que para nosotros es, y debe continuar siendo, una dura necesidad, se ha convertido para muchos en único fin de la lucha. La historia está llena de ejemplos de hombres que, habiendo comenzado a luchar con un propósito elevado, en el calor de la refriega han perdido todo dominio sobre sí mismos y, perdiendo de vista el fin perseguido, se han convertido en feroces carniceros. Y muchos anarquistas, como lo demuestran hechos conocidos, no han escapado a este terrible peligro de la lucha violenta. Irritados con las persecuciones, enloquecidos con los ejemplos de terrible ferocidad que da cada día el régimen burgués, han comenzado a imitar esos ejemplos, y el espíritu de amor ha sido suplantado por el espíritu de venganza, por el espíritu de odio. Y, lo mismo que aquellos a quienes imitan, han llamado justicia al odio y a la venganza. Después, para justificar sus actos, que podían, sin embargo, explicarse como efecto de las horribles condiciones de vida del proletariado y hasta servir como una razón más para justificar que debe destruirse un orden de cosas que produce tan tristes resultados, algunos han comenzado a formular la más extraña, la más fanática, la más autoritaria de las teorías, y, no fijándose en la contradicción, la han presentado como un novísimo

progreso de la idea anarquista. Los autores de esta teoría son los mismos que, además, se dicen, al propio tiempo, deterministas y niegan toda responsabilidad; sin embargo, se han dedicado a rebuscar a los responsables del actual estado de cosas y los han encontrado no sólo entre los burgueses conscientes que hacen el mal sabiendo que lo hacen; no sólo entre la masa de burgueses que son burgueses porque así nacieron y no se han preguntado nunca el por qué de su situación, sino que también entre la masa de trabajadores que, soportando la opresión sin rebelarse, son su principal sostén. Y han resuelto para todos… ¡la pena de muerte! ¡Y ha habido hasta quien ha hablado sobre no sé qué «responsabilidad potencial» para resolver el exterminio de las mujeres embarazadas y de los muchachos! Los que con razón niegan a los jueces actuales el derecho de aplicar ni una hora de cárcel, se hacen árbitros de la vida y la muerte de los demás y llegan a decir que *¡se tiene el derecho de matar al que no piense como nosotros!* Parece increíble y muchos no querrán creerlo. Sin embargo, a últimos del siglo XIX, todos pudimos leer en un periódico «anarquista» palabras como éstas: «En Barcelona ha estallado una bomba en una procesión religiosa, dejando sobre el terreno 40 muertos y no sabemos cuántos heridos. La policía ha arrestado a más de 90 anarquistas con la esperanza de poner mano sobre el heroico autor del atentado.» Ninguna razón de lucha, ninguna excusa; nada: es heroico matar mujeres, niños, hombres inermes, ¡porque eran católicos! Esto es ya algo peor que la venganza: es el furor morboso del místico sanguinario, es el holocausto sangriento sobre el ara de un dios… o de una idea, que a la postre es lo mismo. ¡O Torquemada, o Robespierre!

Me apresuro a manifestar que la mayor parte de los anarquistas españoles protestaron del acto insano. Pero los hubo también y los hay que llamándose anarquistas ensalzan actos como ése, lo cual basta para que los gobiernos finjan confundirlos a todos y para que el público los confunda de verdad.

Debemos gritarlo con fuerza y siempre: los anarquistas no pueden ser vengadores, sino libertadores. Nosotros no odiamos a nadie; no luchamos para vengarnos, ni para vengar a los demás: nosotros queremos el amor para todos, la libertad para todos.

Puesto que la actual fatalidad social y la obstinada resistencia del capitalismo fuerza a los opresores a recurrir al último expediente de la fuerza física, no retrocedamos ante la dura necesidad y preparémonos a usarla victoriosamente. Pero no hagamos víctimas inútiles, ni siquiera entre los enemigos. El mismo fin por el cual luchamos nos fuerza a ser buenos y humanos aun en medio del furor de la batalla. De otro modo, no se explica cómo podríamos querer luchar por un fin cual el nuestro, si buenos y humanos no fuésemos. Es preciso, por otra parte, no olvidar que una revolución libertadora no puede salir del exterminio y del terror, que siempre fueron y serán generadores de tiranía.

Solemos decir con frecuencia: El anarquismo es «la abolición del gendarme»,

entendiendo por gendarme toda fuerza armada, toda fuerza material al servicio de un hombre o de una clase para obligar a los demás a que hagan aquello que no quieren hacer voluntariamente.

Ciertamente, esa fórmula no da una idea, ni siquiera aproximada, de aquello que se entiende por anarquía que quiere decir una sociedad fundada en el libre acuerdo, en la cual cada individuo pueda conseguir el máximo desarrollo posible, material, moral e intelectual, y encuentre en la solidaridad social la garantía de su libertad y de su bienestar. La supresión de la fuerza física que obligue a lo que la voluntad se niega, no es bastante para que el individuo adquiera la dignidad de hombre libre, aprenda a amar a sus semejantes, a respetar en ellos aquellos derechos que quiere se le respeten a él, y para que se niegue a mandar y a ser mandado. Se puede ser esclavo voluntario por deficiencia moral y por falta de confianza en sí mismo, como se puede ser tiránico por maldad o por inconsciencia cuando no se tropieza con una resistencia adecuada. Pero esto no impide que la «abolición del gendarme», es decir, la abolición de la violencia en las relaciones sociales sea la base, la condición indispensable, sin la cual la anarquía no puede realizarse, más aún, no puede ni siquiera concebirse.

Es como cuando decimos: «el socialismo es el pan para todos», y los adversarios, con intención denigratoria, nos responden: «sí, una cuestión de estómago.»

No cabe duda de que el socialismo es una cosa más vasta, más elevada que la simple cuestión alimenticia, que la simple cuestión económica. Porque, ciertamente, se pueden tener satisfechas todas las necesidades materiales sin al mismo tiempo haberse transformado en socialista, como se puede ser socialista aun debatiéndose en la estrechez de la miseria. Pero esto significa, en cambio, que no puede existir, que no puede concebirse siquiera, una sociedad socialista si la cuestión económica no se resuelve de modo que deje de ser ya posible la explotación del hombre por el hombre. Y que se asegure a todos una vida material conveniente.

Anarquía y socialismo son dos concepciones sublimes —para nosotros se confunden en una sola— que abrasan toda la vida humana y la empujan hacia las más altas idealidades, pero ambas están condicionadas por dos necesidades fundamentales: la abolición del gendarme, o sea de la fuerza, y la abolición del hambre.

Es un error, y más frecuentemente una hipocresía de satisfechos, despreciar las necesidades materiales en nombre de las necesidades ideales. Las necesidades materiales son, sin duda, necesidades inferiores, pero su satisfacción es indispensable para que broten y se desarrollen las necesidades superiores: morales, estéticas, intelectuales.

Pondremos un sencillo ejemplo: Un cuadro del Ticiano es algo excelso, bien superior en el concepto humano a las tierras coloradas que sirvieron para hacerlo, pero sin estas humildes tierras Ticiano no hubiera podido hacer sus cuadros. Una

bella estatua vale infinitamente más para el gusto estético que una tosca piedra, pero sin piedras no se hacen estatuas.

Es necesario, ante todo, por consiguiente, abolir el gendarme, ya que solamente cuando queda excluida la posibilidad de la violencia, es cuando los hombres llegan a ponerse de acuerdo con un mínimo de injusticia y con un máximo posible de satisfacción para todos.

Las necesidades, los gustos, los intereses y las aspiraciones de los hombres no son iguales y naturalmente armónicos; con frecuencia son opuestos y antagónicos. Y, por otra parte, la vida de cada uno está de tal modo condicionada por la vida de los demás, que sería imposible, aun si fuera conveniente, separarse de todos y vivir completamente por cuenta propia. La solidaridad social es un hecho al que ninguno logra substraerse. Esta solidaridad puede ser consciente y libremente aceptada y, en consecuencia, obrar en provecho de todos, impuesta por la fuerza, a sabiendas o no, y entonces se explica por la sumisión del uno al otro y por la explotación de los unos por parte de los otros.

Mil problemas prácticos se presentan cada día en la vida social que pueden ser resueltos de diversos modos, pero no de muchos modos a un mismo tiempo. Sin embargo, cada hombre puede preferir una u otra solución. Si uno, individuo o grupo, tiene la fuerza para imponer a los otros la propia voluntad, escoge la solución que mejor conviene a sus intereses y a sus gustos y los otros la soportan y quedan sacrificados. Pero si ninguno tiene la posibilidad de obligar a los demás a hacer lo que no quieren, entonces, siempre que no sea posible o no se considere conveniente adoptar varias soluciones diversas, se llega necesariamente, por mutuas concesiones, al acuerdo que mejor conviene a todos y que menos lesiona los intereses, los gustos y los deseos de cada cual. Nos lo enseña la historia, nos lo muestra la observación cotidiana de los hechos contemporáneos: donde no ejerce función la violencia, todo se acomoda del mejor modo posible y de acuerdo con la mayor satisfacción de todos; donde la violencia interviene, triunfa la injusticia, la opresión y la explotación.

¿Pero es de creer que abolido el gobierno, destruido el Estado con todos sus instrumentos de violencia —ejército, policía, magistratura, cárceles, etc.—, los hombres dotados de ventajas físicas, intelectuales, morales, o de otra índole, no logren destacarse e imponer la propia voluntad por medio de la violencia? ¿Es de suponer que, hecha la revolución, en el sentido destructivo de la palabra, cada uno respetará los derechos de los demás y aprenderá inmediatamente a considerar la violencia, ejercida o sufrida, como cosa inmoral y vergonzosa? ¿No es de temer, más bien, que muy pronto los más fuertes, los más astutos, los más afortunados, que pueden ser también los más perversos, los más afectados por tendencias antisociales, han de imponer su voluntad por medio de la fuerza, haciendo renacer *el gendarme* aunque sea en una forma distinta?

Nosotros no suponemos, ni esperamos, que con el solo hecho de haber abolido con la revolución a las autoridades actuales, se haya hecho lo bastante para transformar a los hombres, a todos los hombres, en seres verdaderamente sociales y para destruir todo germen de autoritarismo.

Ciertamente, habrá todavía, por mucho tiempo, violencias y, por consiguiente, injusticias y atropellos, Pero si los violentos logran contar más que con sus propias fuerzas, pronto serán reducidos a entrar en razón por la resistencia de los demás y por su propio interés. El gran peligro, el único que podría anular todos los beneficios de la revolución y hacer retroceder a la humanidad, sólo puede existir cuando los violentos consiguieran utilizar la fuerza de los demás, la fuerza social, en provecho propio, como instrumento de la propia voluntad, es decir, cuando lograran constituirse en gobierno y organizar un nuevo Estado. El gendarme no es precisamente el violento, pero es el instrumento ciego al servicio del violento.

Los anarquistas que luchan hoy por abolir todos los órganos de violencia, tendrán mañana la misión de impedir que éstos renazcan por obra y gracia de viejos o nuevos dominadores.

Antes de examinar la influencia que el parlamentarismo ha ejercido en el movimiento socialista, es bueno estudiar el sufragio universal, sea como principio de vida política, sea como instrumento de emancipación. Porque habiendo él dado al parlamentarismo —esa forma política propia del régimen burgués— la consagración de un supuesto consentimiento popular, ha hecho de modo que cierto socialismo haya podido encontrar la ocasión, buscada o no, de bajar al terreno parlamentario y allí corromperse y aburguesarse.

Si entre las instituciones políticas que rigen, o pueden regir las sociedades humanas, existe una que pareció inspirarse en el principio de justicia e igualdad, y que excitó y aun excita vivas esperanzas en los amigos del progreso, esa es, a no dudarlo, la del sufragio universal.

El sufragio universal, al decir de sus defensores, cerraba para siempre la era de las revoluciones y abría el camino a las reformas pacíficas, hechas, en el interés de todos y por todos consentidas.

La legislación se ponía al nivel de la civilización, y, en todo tiempo modificable, ella respondería siempre a las necesidades y a la voluntad de la mayoría de los hombres.

La opresión y la explotación de la gran masa de la humanidad por parte de un pequeño número de gobernantas y capitalistas, no tendría más razón ni medios de existir. Y si en efecto la miseria de los más no era una inevitable ley de la naturaleza, sino una conveniencia puramente social que la sociedad podía corregir, la mi seria desaparecería para siempre con todos los dolores y todas las degradaciones que de ella se originan.

Hay que convenir en que, ciertamente, a primera vista, la cosa parecía que debiera ser propiamente así.

En la sociedad actual todo está regido por leyes. Los que las dictan son, en último análisis, los diputados. Los diputados son nombrados por los electores: entonces, son los electores, o, para ser más exacto, la mayoría de los electores, quien manda y quien lo dispone todo. Y como los trabajadotes constituyen el gran número, ellos serían, si fueran a votar, los árbitros de su suerte y de la situación general.

Pero, contra este razonamiento, en apariencia tan simple y claro, está la práctica de los hechos con su indestructible elocuencia.

Hay países en los cuales el sufragio universal existe y funciona regularmente desde hace mucho tiempo. Hay otros que han visto, alternativamente establecido, abolido y restablecido nuevamente el sufragio universal. Y las condiciones morales y materiales de las masas han quedado siempre en las mismas condiciones sin obtener mejora alguna.

Basta conocer un poco la historia, o simplemente haber viajado un poco, o leer los periódicos pertenecientes a cualquier partido político, para darse cuenta de que el sufragio universal, aun sin la dirección de un rey y de un senado, aun con el complemento del *referéndum* y de la *iniciativa popular* —como en Suiza—, no ha servido jamás en ninguna parte para mejorar la suerte de los trabajadores.

En las repúblicas, como en las monarquías, a base de sufragio universal, las cámaras están compuertas de propietarios, abogados y otras gentes de igual clase, exactamente igual que en los países en los cuales el sufragio es más o menos restringido a las clases poseedoras e instruidas: y tanto en los unos como en los otros países, las leyes que las cámaras sancionan sólo sirven para legalizar la explotación y para defender a los explotados.

Desde los golpes de estado napoleónicos, a las grandes persecuciones burguesas; desde las invasiones viles y usurpadoras de poblaciones militarmente débiles, a la miseria sistemática de los trabajadores y al asesinato colectivo de los hambrientos; desde el bandolerismo en grande de los conquistadores, a las mezquinas prepotencias y nerviosidades bufonescas de ministros burocráticos, no existe atentado a la civilización, al progreso, a la humanidad, no existe infamia grande o pequeña que el sufragio universal, hábilmente manejado, no haya justificado, absuelto y glorificado. ¡No ha habido lágrimas de mujeres, ni llantos del pueblo, que el voto inconsciente de los míseros no hayan burlado y hecho más dolorosos!

¿De qué depende esta contradicción entre los hechos y el resultado que la lógica preveía? ¿Se trata, quizá, de un fenómeno inexplicable, de un caso de milagro sociológico?

Examinemos la cuestión. Acaso una observación más profunda, y por lo tanto más verdadera, nos demostrará que el sufragio universal no ha producido nada más

que aquello que lógicamente debía producir.

Teóricamente, el sufragio universal es el derecho de la mayoría para imponer su voluntad a la minoría.

Este pretendido derecho es una injusticia, pues la personalidad, la libertad y el bienestar de un solo hombre son tan respetables, tan sagrados como puedan ser los de toda la humanidad. Por otra parte, no hay razón alguna para creer que el mayor número se encuentre siempre del lado de la verdad, de la justicia y de la utilidad general: en la práctica se puede observar que diariamente sucede lo contrario.

Si todos los hombres, menos uno, estuvieran contentos de ser esclavos y de sobrellevar, sin necesidad natural, toda clase de sufrimientos, aquel hombre tendría razón en rebelarse y reclamar la libertad y el bienestar. El voto, el número, no deciden nada, no crean ni destruyen derechos.

Una sociedad igualitaria debe estar fundada en el acuerdo libre y unánime de todos sus componentes. Es cierto que también en una sociedad socialista, donde la opresión y la explotación del hombre por el hombre hayan desaparecido por completo, y el principio de solidaridad regulase todas las relaciones humanas, puede suceder —sucederá de seguro— que se produzcan casos en que sea necesario, o por lo menos más expeditivo, recurrir al sufragio popular.

Sin embargo, estos casos se irán haciendo cada vez más raros, a medida que la ciencia de la sociedad vaya descubriendo y demostrando con evidencia las soluciones exactas que respondan a los varios problemas de la vida colectiva. Pero, en fin, quedarán siempre puntos en los cuales la solución aparecerá diversa y se hará necesario recurrir a un expediente más o menos arbitrario, y no se podrá o no convendrá dividirse en tantas fracciones cuantas sean las partes contendientes. En esos casos, lo más rápido será que la minoría se adapte al querer de la mayoría. Está bien; entonces, probablemente, se votará, pero el voto, por tal motivo no es un principio, no es un derecho o un deber, sino solamente un acuerdo, una convención entre asociados.

Ciertamente esto importa muy poco para la cuestión que estamos tratando, ya que, en realidad, cualesquiera que sean las objeciones que se puedan hacer contra los derechos de la mayoría, la verdad es que el régimen del sufragio universal, mentiroso como todo el sistema parlamentario, no es de ninguna manera el predominio de la mayoría de los electores. Se trata, simplemente, de un artificio con el cual el gobierno de una clase social o de una comunidad de casta toma las apariencias de gobierno popular.

En efecto, cada elector no vota más que por uno o por muy pocos diputados sobre una asamblea compuesta generalmente de varios centenares de ellos. Por lo tanto, aunque su candidato resultara electo, su voluntad —que ya en las urnas se cuenta por una fracción infinitesimal— sólo se vería representada por un diputado, el cual, a su

vez, en las cámaras, figuraría como una mínima fracción. De esto se infiere que la cámara, tomada en su conjunto, ni remotamente puede llegar a representar la voluntad de la mayoría de los electores. El diputado es elegido por un dado número de votantes, pero el cuerpo electoral, como totalidad, no está representado.

Así sucede que hechos que sólo atañen a una determinada localidad o corporación, deben ser tratados por una asamblea de gentes extrañas a esa corporación o localidad.

Además, y no trayendo a cuenta que para que los diputados fuesen electos por la mayoría de los electores de su colegio sería indispensable que en él sólo surgieran dos candidatos que se dividieran los votos, es evidente que las cámaras representan únicamente a una parte de los electores, y las leyes, al no ser nunca aprobadas por la unanimidad de los diputados, la mayoría que en definitiva hace las leyes y dispone de la suerte de un país, sólo representa una pequeña parte de la población.

¿Qué será, pues, si consideramos las condiciones reales en las cuales se ejercita el sufragio universal de una sociedad donde la ignorancia de la población, atormentada por la miseria y embrutecida por la superstición, depende, por sus medios de existencia, de una pequeña minoría que detenta la riqueza y el poder?

El elector no es ni puede ser, en general, ni capaz de volar con conciencia, ni libre de votar como quiera.

Sin instrucción previa ni medios para instruirse, reducido a creer ciegamente lo que le dice un periódico, si es que sabe leer y tiene tiempo para ello, ignorando las cosas y los hombres que no tiene en su inmediato contacto, ¿puede él, proletario, saber cuáles sean las cosas que se han de exigir a un parlamento y cuáles sean los hombres que deben exigirlas en nombre de él? ¿Puede ni siquiera formarse una idea clara de lo que es un parlamento?

Ciertamente que los campesinos como los obreros, aun los que son menos instruidos, conocen más que un doctor en economía política cuando se trata de sus intereses indirectos, de las cosas que ellos ven y palpan, de su trabajo, de su casa, de su vida cotidiana. También pueden, con facilidad, formarse una opinión sobre todas las cosas que les atañen cuando les son presentadas en una forma simple y natural. Ellos sabrían decir si quieren o no que el patrón, sin moverse de su asiento, les tome la mejor y mayor parte de su trabajo; ellos sabrían decir si quieren o no servir de soldados; ellos sabrían dar acertado empleo a las riquezas de su comuna o de su nación si poseyeran todos los datos necesarios sobre los productos disponibles, sobre la potencia de la producción y sobre las necesidades de sus conciudadanos. Pero si las cuestiones que se les presentan no les atañen o están de tal modo complicadas con intereses extraños que ya no pueden reconocerlos; si las cosas más claras son obscurecidas por una palabrería técnica que hace de la política una ciencia oculta; si ellos no se sienten empujados a informarse y reflexionar porque saben que de todos

modos no son ellos los que han de decidir, sino otros que piensan en lugar de ellos, entonces está fuera de duda que su voto resulta inconsciente.

Cuando estalló la revolución bolchevista, muchos de nuestros amigos defendieron lo que era revolución contra el gobierno precedente y lo que representaba un nuevo gobierno que venía a sobreponerse a la revolución para contenerla y dirigirla hacia los fines particulares de su partido, y con esta confusión casi todos se declararon bolchevistas.

Ahora bien; los bolchevistas son simplemente marxistas, honrada y consecuentemente marxistas contra el parecer de sus amos y modelos los Guesde, los Plekanoff, los Hyndemann, los Scheideman, los Noske, etc., que han acabado siendo lo que todos sabemos. Nosotros respetamos su sinceridad, admiramos su energía, pero no habiendo estado de acuerdo con ellos en el terreno teórico, no podemos solidarizarnos con su obra, ahora que han pasado de la teoría a la práctica.

Tal vez, en realidad, nuestros amigos los bolchevizantes entiendan por dictadura simplemente el hecho revolucionario de los trabajadores por tomar posesión de la tierra y de los instrumentos del trabajo y procurar constituir una sociedad, organizar un modo de vida que no deje ya sitio a una clase que explote y oprima a los trabajadores.

La dictadura del proletariado así entendida sería el poder efectivo de todos los trabajadores, ocupados en demoler la sociedad capitalista, y se convertiría en la *anarquía* tan pronto como hubiera terminado la resistencia reaccionaria y en cuanto nadie pudiera obligar a la masa a obedecer y trabajar para otros. Dictadura del proletariado significaría dictadura de todos, y no sería ya una dictadura, como gobierno de todos no es tampoco gobierno, en el sentido autoritario, histórico y práctico de la palabra.

Pero los verdaderos partidarios de la dictadura del proletariado no la entienden de este modo, y ya lo estamos viendo en Rusia. El *proletariado* desempeña allí el papel del *pueblo* en los regímenes democráticos, es decir, sirve únicamente para tapar el estado real de las cosas. En realidad, se trata de la dictadura de un partido, o mejor dicho, de los jefes de un partido, y es una dictadura propiamente dicha, con sus decretos, sus sanciones penales, sus oyentes encargados de ejecutarlas, y, sobre todo, con su fuerza armada, que hoy sirve también para defender la revolución contra los ataques de sus enemigos exteriores, pero que mañana servirá para imponer a los trabajadores la voluntad de los dictadores, detener la revolución, consolidar los nuevos intereses que se están formando y defender contra la masa una nueva clase privilegiada.

El general Bonaparte también sirvió para defender la revolución francesa contra la reacción europea, pero al defenderla la estranguló. Lenin, Troski y sus camaradas

son ciertamente revolucionarios sinceros, pero según el concepto que ellos se han formado de la revolución, y no traicionaron las formas gubernamentales que servirán a los que vengan detrás de ellos para aprovecharse de la revolución y matarla. Serán las primeras víctimas de su método, y con ellos, mucho me lo temo, la revolución caerá. Es la historia que se repite, *mutatis mutandis*, la dictadura de Robespierre que lleva a Robespierre a la guillotina y abre el camino a Napoleón.

El comunismo es un ideal. Sería un régimen, un modo de convivencia social en el que la producción estaría organizada en beneficio de todos, de tal manera que utilizara mejor el trabajo humano para dar a todos el mayor bienestar y la mayor libertad posibles. Y todas las relaciones sociales tenderían a garantizar a cada uno la máxima satisfacción, el máximo desarrollo posible, material, moral e intelectual. En un régimen comunista, según la fórmula clásica, *cada uno da según su capacidad y cada uno recibe según sus necesidades*.

No hay mayor disparate que probar de aplicar un régimen así de un modo autoritario, por medio de leyes y decretos emanados de un gobierno e impuestos a todos por la fuerza.

¿Cuál es la medida de la capacidad de un hombre y quién puede juzgarlo? ¿Cuál es el límite de las necesidades racionales y quién puede determinarlo e imponerlo?

Las facultades de los hombres varían en grado sumo y asimismo sus necesidades.

Varían de localidad a localidad, de profesión a profesión, de individuo a individuo, de momento a momento. ¿Cómo sería posible, imaginable, una regla aplicable a todos? ¿Y quién sería el genio, el dios que podría dictar esa regla?

Es posible, en un régimen de cuartel, en el cual el individuo es ahogado, en el cual ninguno está satisfecho, donde la igualdad es un formulismo —igualdad aparente— y donde, en realidad, rige la más execrable y extrema desigualdad. Aun así, en el cuartel puede existir solamente porque los jefes, los que han conseguido imponerse, se substraen a la regla común y dominan y explotan a la masa. Pero no es posible una sociedad comunista si ella no surge espontáneamente del libre acuerdo; si ella no es varia y variable como quieren y lo determinan las circunstancias exteriores, los deseos y la voluntad de cada uno.

La fórmula clásica que hemos citado puede subsistir solamente si se funde con la otra: *cada uno da y toma lo que quiere*. Y esto presupone la abundancia y el amor.

La abundancia no aumenta, al contrario, disminuye, con el trabajo forzado que pone en oposición de intereses y sentimientos al obrero que materializa la obra con el que la concibe o la dirige. El amor, el espíritu de fraternidad, la disposición a transigir y tolerarse, no nace, ciertamente, ni se desarrolla, por medio de leyes ni por obra de agentes autoritarios.

El comunismo, para ser posible, para ser en realidad la comunión de las almas y

de las cosas, y no ya la vuelta a la esclavitud, debe surgir localmente, entre grupos afines, por la experiencia de las ventajas materiales que reporta, por la seguridad que inspira por la satisfacción de los sentimientos de sociabilidad, de cordialidad, que están en el alma de todo ser humano y que se manifiestan y se desarrollan inmediatamente después de cesar la necesidad de la lucha contra los demás, tendiente a asegurar la existencia propia y la de las personas más queridas, El comunismo, en fin, debe estar en el sentimiento primero y después en las cosas. Es como en una familia o en un grupo de compañeros que viven juntos. Se vive en comunismo si se ama y en proporción a cuánto se ama. Se da más al débil, al que más necesidades tiene, y cada uno está contento y orgulloso de concurrir al bienestar común solamente si existe la armonía, el amor entre los miembros del grupo.

Si se infiltra la fuerza, la autoridad, comienza en seguida la lucha de intereses y la familia se disuelve.

Los comunistas autoritarios suelen decir que la autoridad, el gobierno, la dictadura, son necesarios al comienzo, «provisionalmente», inmediatamente después de haber triunfado la revolución, para organizar la sociedad. Dicen también que después de esto, no tendrían ningún inconveniente en aceptar el anarquismo. Lo contrario de lo que ellos afirman sería, sin duda, lo más justo. Cuando la sociedad comunista estuviese bien organizada y funcionara a satisfacción de todos en todo un país, entonces, la cuestión de la autoridad no sería ya una cuestión, porque la administración de las cosas llevada en interés de todos y con el concurso de todos, no admitiría ningún dominio del hombre por el hombre. Pero cuando, en cambio se trata de hacer posible y de organizar el comunismo, entonces la autoridad es nefasta porque ahoga toda espontaneidad y todo cambio, porque somete los intereses de los individuos y de las colectividades a aquellos de la casta gobernante, porque, en la mejor de las hipótesis, tendería a imponer con la fuerza el bien que no puede subsistir si no es libremente deseado.

El comunismo debe desarrollarse gradualmente, según lo permitan las circunstancias externas y el desarrollo del sentimiento moral.

Para llegar a él, según nosotros, es necesario y suficiente que todos tengamos la libertad y los medios de producción; que ninguno pueda imponer a los demás a trabajar para él.

La sociedad actual está dividida en propietarios y proletarios. Esta sociedad puede cambiar aboliendo la condición de proletarios y haciendo a todos los hombres copropietarios de la riqueza social, o puede cambiar conservando esta condición fundamental, pero asegurando a los proletarios una vida mejor.

En el primer caso, los hombres se volverían libres y socialmente iguales; organizarían la vida social conforme a los deseos de cada uno y en esta forma todas

las potencialidades de la naturaleza humana podrían desarrollarse en lujuriante variedad. En el otro caso, los proletarios, bestias útiles y bien alimentadas, se acomodarían en la posición de esclavos contentos de sus benignos patronos.

Libertad o esclavitud; anarquía o estado servil.

Estas dos soluciones posibles dan lugar a dos tendencias opuestas que están representadas en sus manifestaciones más consecuentes, la una por los anarquistas y por los llamados socialistas reformistas la otra. Con esta diferencia: que mientras los anarquistas saben y dicen lo que quieren, esto es, la abolición del Estado y la organización libre de la sociedad sobre la base de la igualdad económica, los reformistas, por el contrario, se encuentran en contradicción con ellos mismos, porque se dicen socialistas y su acción tiende, en cambio, a sistematizar y perpetuar, humanizándolo, el sistema capitalista y, por consiguiente, niegan al socialismo, que significa, ante todo, abolición de la diferencia entre los hombres en propietarios y proletarios.

Tarea de todos los anarquistas —y de todos los verdaderos socialistas, puede decirse— es la de oponerse a esa tendencia hacia el estado servil, hacia ese estado de esclavitud atenuada que castraría a la humanidad de sus mejores dotes, que privaría a la civilización progresista de sus flores más bellas, y que sirve, entretanto, para mantener el estado de miseria y de degradación en que se encuentran las masas, persuadiéndolas a tener paciencia y a confiar en la providencia del Estado y en la bondad e inteligencia de los patronos.

Toda la llamada legislación social, todas las medidas estatales dirigidas a *proteger* el trabajo y a asegurar a los trabajadores un mínimo de bienestar y de seguridad, y asimismo todos los medios empleados por los capitalistas inteligentes para ligar al obrero a la fábrica por medio de premios, pensiones y otros beneficios, cuando no son una mentira y una trampa, son un paso hacia ese estado servil que amenaza a la emancipación de los trabajadores y al progreso de la humanidad.

Salario mínimo establecido por ley, limitación legal de la jornada de trabajo, arbitraje obligatorio, contrato colectivo de trabajo con valor jurídico, personalidad jurídica de las asociaciones obreras, medidas higiénicas en las fábricas prescritas por el gobierno, seguro estatal para las enfermedades del trabajo, pensiones a la vejez, coparticipación en las utilidades, etc., etc., son medidas, todas, para hacer que los proletarios queden siempre proletarios y los propietarios siempre propietarios; medidas, todas, que dan a los trabajadores —cuando lo dan— un poco más de bienestar y de seguridad, pero que les privan de ese poco de libertad que tienen y tienden por otra parte a perpetuar la división de los hombres en patronos y siervos.

Está bien, ciertamente, que esperando la revolución —y sirve también para hacerla más fácil— los trabajadores traten de ganar más y de trabajar menos horas y en mejores condiciones; está bien que los desocupados no se mueran de hambre, que

los enfermos y los viejos no sean abandonados, pero esto, los trabajadores pueden y deben obtenerlo por sí mismos, con la lucha directa contra los patronos, mediante su organización, con la acción individual y colectiva, desarrollando en cada individuo el sentimiento de la dignidad personal y la consciencia de sus derechos.

Los beneficios del Estado, los beneficios de los patronos, son presentes envenenados, que llevan consigo el germen de la servidumbre. Deben ser rechazados.

Nosotros, los anarquistas, quisiéramos que, una vez triunfante la revolución, en cada localidad los trabajadores, o más propiamente dicho, aquella parte de los trabajadores que tiene mayor conocimiento y mayor espíritu de iniciativa, tomara posesión de todos los instrumentos de trabajo, de toda la riqueza —tierra, materias primas, casas, máquinas, artículos alimenticios, etc.— y esbozara, del mejor modo posible, la nueva forma de vida social; quisiéramos que los trabajadores de la tierra, que hoy trabajan para los patronos, no reconocieran ningún derecho a los propietarios y continuaran e intensificaran el trabajo por su propia cuenta, entrando en relaciones directas con los obreros de las industrias y de los transportes para el intercambio de productos; que los obreros de las industrias —ingenieros y técnicos inclusive— tomaran posesión de las fábricas y continuaran e intensificaran el trabajo por cuenta propia y de la colectividad, transformando en seguida todas aquellas fábricas, que hoy producen cosas inútiles o dañinas, en productoras de las cosas que urgen más para satisfacer las necesidades del pueblo; que los ferroviarios continuaran haciendo marchar los trenes, pero para el servicio de la colectividad; que comités de voluntarios o de electos por la población tomaran posesión, bajo la inspección directa de las masas, de todas las habitaciones desocupadas para alojar en ellas, lo mejor que fuera posible, a los más necesitados de vivienda; que otros comités, siempre bajo la inspección directa de las masas, proveyeran al aprovisionamiento y a la distribución de los artículos de consumo; que todos los actuales burgueses fuesen puestos en la necesidad de confundirse con la multitud de aquellos que fueron proletarios y de trabajar como ellos para gozar de los mismos beneficios que todos los demás. Y todo esto, en el mismo día, o todo lo más al día siguiente de haber triunfado la revolución, sin esperar órdenes de comités centrales o de cualquier otra autoridad.

Esto es lo que queremos los anarquistas y esto es lo que sin duda ocurriría de ser la revolución verdaderamente una revolución social y no un simple cambio político, que después de algunas convulsiones haría que las cosas volvieran al mismo estado que antes de la revuelta.

Ciertamente, o se quita sin tardanza a la burguesía, el poder económico, o ésta retornará en breve al poder político que la insurrección le haya arrancado. Y/ para poder quitar a la burguesía el poder económico, es necesario organizar inmediatamente la nueva ordenación económica basada sobre la justicia y la

igualdad. Las necesidades económicas, por lo menos las más esenciales, no admiten interrupción y es necesario satisfacerlas sin tardanza alguna. Los «comités centrales» no hacen nada, o hacen algo sólo cuando ya no se necesita para nada lo que hacen.

Es un prejuicio marxista, si no es del mismo Marx, creer que el poder político, el Gobierno, sirve siempre y en cualquier lugar a los intereses de la clase de donde proviene. Lo cierto es que sirve, ante todo, a los intereses de los gobernantes y que crea a su alrededor y en su defensa una clase privilegiada. Observando los acontecimientos a través de la historia, se descubre que ha sido siempre el poder político quien ha creado el privilegio económico, que ha sido siempre el hombre armado quien ha obligado a los demás a trabajar en su particular provecho.

Si el proletariado se dejara atar al yugo de una dictadura, con la ilusión de que ésta defendería sus intereses, le sucedería lo que al caballo de la fábula, el cual, para correr mejor detrás del ciervo, se hizo poner silla y freno… y quedó esclavo del hombre.

La dictadura comenzaría por constituir un cuerpo armado a su servicio, el cual podría ser también útil para la defensa contra posibles invasiones o posibles tentativas reaccionarias, pero que tendría por misión especial y esencial la de imponer a los descontentos la voluntad de los dictadores y prolongar lo más posible su permanencia en el poder. La dictadura confiaría todas las funciones públicas a vasallos de ella, daría posiciones privilegiadas a los propios amigos y crearía una clase de militares profesionales y de burócratas que por la fuerza de las circunstancias sostendrían al gobierno que los habría elevado y, cuando fuera menester, los substituiría con personas que no tuvieran ni la menor ascendencia ni origen revolucionario. Después, los salarios elevados, las posiciones ventajosas, la posibilidad de aprovechar los cargos gubernativos, conducirían a la reconstitución de la propiedad individual… y estaríamos en el principio otra vez.

Nosotros, aun en la mejor y utópica hipótesis de que los cuerpos electos consigan representar la voluntad de la mayoría, no podríamos jamás reconocer en la mayoría el derecho de imponer la propia voluntad a la minoría por medio de la ley, es decir, por medio de la fuerza.

Pero, ¿quiere decir esto que nosotros no queremos organización, coordinación, división y delegación de funciones?

Absolutamente no. Nosotros comprendemos toda la complejidad de la vida civil y no queremos renunciar a ninguna de las ventajas de la civilización; pero queremos que todo, aun las necesarias limitaciones de la libertad, sea el resultado del libre acuerdo, en el cual la voluntad de cada uno no es violentada por la fuerza de los otros,

sino atemperada por el interés que todos tienen en ponerse de mutuo acuerdo y no solamente por los hechos naturales independientes de la voluntad humana.

La idea de la libre voluntad parece espantar a los socialistas. Pero, en todo lo que depende de los hombres, ¿no es siempre la voluntad la que decide? ¿Y por qué, entonces, la voluntadde unos más bien que la de otros? ¿Y quién decidiría la voluntad que tiene derecho a prevalecer? ¿La fuerza bruta? ¿Aquella que hubiera conseguido asegurarse un cuerpo de policías suficientemente fuerte?

Nosotros creemos que se podrá lograr el acuerdo y llegar al mejor modo de convivencia social solamente en el caso de que ninguno pueda imponer su voluntad con la fuerza y de que cada uno pueda buscar, por la necesidad misma de las circunstancias, además de lo que busca por impulso de paternal espíritu, el modo de conciliar los deseos propios con los deseos de los demás. Un maestro de escuela —permítaseme el ejemplo— que tenga el derecho de golpear a sus discípulos y que se haga obedecer con la palmeta, ahorra todo trabajo intelectual para comprender el ánimo de los niños que se le hayan confiado y los educa de modo salvaje; un maestro, en cambio, que no puede o no quiere golpear, trata de hacerse amar y lo consigue.

Los socialistas demócratas parten del principio de que el Estado o gobierno, es simplemente el órgano político de la clase dominante. En una sociedad capitalista, dicen, el Estado sirve necesariamente los intereses de los capitalistas y les garantiza el derecho de explotar a los trabajadores; pero en una sociedad socialista, abolida la propiedad individual y desaparecidas, con la destrucción del privilegio, todas las distinciones de clase, entonces el Estado representaría, por haberse transformado, el órgano de los intereses sociales de todos los miembros de la sociedad.

Pero aquí se presenta una inevitable dificultad. Si es verdad que el gobierno es necesariamente y siempre el instrumento de los que poseen los medios de producción, ¿cómo podrá efectuarse el milagro de un gobierno socialista surgido en pleno régimen capitalista con la misión de abolir el capital? ¿Será, como querían Marx y Blanqui, por medio de una dictadura impuesta revolucionariamente, como un acto de fuerza, que revolucionariamente decreta e impone la confiscación de las propiedades privadas a favor del Estado, representante de los intereses colectivos? ¿O sería, como parece quieren todos los marxistas y gran parte de los blanquistas modernos, por medio de una mayoría socialista mandada al parlamento por el sufragio universal?

¿Se procederá de golpe a la expropiación de la clase dominante por arte de la clase económicamente sujeta, o se procederá gradualmente obligando a los propietarios y a los capitalistas a que se dejen quitar poco a poco todos sus privilegios?

Todo esto parece extrañamente en contradicción con la teoría del «materialismo histórico», que para los marxistas es dogma fundamental. Nosotros no queremos

ahora examinar estas contradicciones ni saber lo que pueda haber de verdad en la doctrina del materialismo histórico.

Supongamos que de cualquier modo que sea, el gobierno ha caído en manos de los socialistas y que quedó bien y fuertemente constituido un gobierno socialista. ¿Habría, por este solo hecho, llegado la hora del triunfo del socialismo?

Nosotros creemos que no.

Si la institución denominada propiedad individual es el origen de todos los males que conocemos, no es porque una cierta parte de terreno esté inscrita en el registro de la propiedad a nombre de fulano o de sutano, sino porque dicha inscripción da a este individuo el derecho de usar de la tierra como le plazca, y el uso que de ella hace regularmente es malo, es decir, en perjuicio de sus semejantes. En su origen, todas las religiones dijeron que la riqueza era un gravamen que obliga a sus poseedores a cuidarse del bienestar de los pobres y servirles de padre, y en las fuentes del derecho civil vemos que el señor de la tierra está preso por tantas obligaciones cívicas, que mejor parece un administrador de los bienes en interés del público, que propietario en el sentido moderno de la palabra. Pero el hombre está de tal modo forjado que cuando tiene manera de dominar e imponer a los demás su voluntad, usa y abusa hasta reducirles a la esclavitud y a la abyección. Así el señor, que debía ser padre y protector de los pobres, se transformó siempre en su más feroz explotador. Esto es lo que sucedió y sucederá siempre con los gobernantes.

De nada sirve decir que cuando el gobierno salga del pueblo trabajará por los intereses del pueblo. Todos los poderes salieron del pueblo, porque el pueblo es quien da la fuerza, y todos han oprimido y oprimen al pueblo. De nada sirve repetir que cuando no (haya clases privilegiadas, el gobierno no podrá dejar de ser el órgano de la voluntad colectiva. Los gobernantes constituyen por sí mismos una clase, y entre ellos se desarrolla una solidaridad de la misma mucho más poderosa que la existente entre las clases fundadas sobre los privilegios económicos.

Es verdad que hoy el Gobierno es siervo de la burguesía, pero más lo es porque sus miembros son burgueses que por ser gobierno; como todos los siervos, detesta al amo y le engaña y roba. No fue para servir a la burguesía para lo que Crispi saqueó los bancos, como tampoco fue para servirla por lo que violó la Constitución.

Aunque el gobernanta no abuse ni robe personalmente, provoca en torno suyo una clase que le debe sus privilegios y tiene interés en que permanezca en el poder. Los partidos de gobierno son en el campo político lo que las clases propietarias en el económico.

Mil veces lo hemos repetido los anarquistas y toda la historia lo confirma: propiedad individual y poder político son dos eslabones de la cadena que sujeta a la humanidad. Imposible libertarse de uno sin librarse del otro. Abolid la propiedad individual sin abolir el gobierno y aquélla se reconstituirá por obra de los

gobernantes. Abolid el gobierno sin abolir la propiedad individual y los propietarios se reconstituirán en gobierno.

Cuando Federico Engels, tal vez previendo la crítica anarquista, decía que, desaparecidas las clases, el Estado propiamente dicho no tiene ya razón de ser y se transforma de gobierno de hombres en administrador de las cosas, no hacía más que un vano juego de palabras. Quien tiene el dominio sobre las cosas, tiene el dominio sobre los hombres; quien gobierna el producto, gobierna al productor; quien mide el consumo, es dueño del consumidor.

La cuestión es ésta: o se administran las cosas según los libres pactos de los interesados y entonces es la anarquía, o son administradas según la ley fabricada por los administradores y entonces es el gobierno, es el Estado, que fatalmente será tiránico.

Aquí no se trata de la buena o de la mala fe de este o de aquel hombre, sino de la fatalidad de las situaciones, y de las tendencias que en general los hombres desarrollan cuando se hallan en ciertas circunstancias.

Además, si se trata verdaderamente del bien de todos, si verdaderamente *administrar las cosas* quiere decir en interés de los administrados, ¿quién puede hacerlo mejor que los mismos productores y consumidores de estas cosas?

¿Para qué sirve un gobierno?

El primer acto de un gobierno socialista apenas llegado al poder debería ser este: *Considerando que siendo gobierno nada podemos hacer y paralizaríamos la acción del pueblo obligándole a esperar leyes que no podemos hacer sino sacrificando los intereses de unos y de otros y de todos los nuestros en particular, nosotros, gobierno, etc., declaramos abolida toda autoridad, invitamos a todos los ciudadanos a que correspondan a sus varias necesidades, confiamos en la iniciativa de esas instituciones y para bien de ellas les aportaremos el tributo de nuestra obra personal*.

Jamás gobierno alguno hizo cosa semejante y tampoco lo haría un gobierno socialista. Por esto, si algún día el pueblo tiene la fuerza en sus manos y sabe ser juicioso, impedirá que se constituya un gobierno cualquiera.

A primera reflexión, puede parecer extraño que la cuestión del amor y todas las que le son conexas preocupen mucho a un gran número de hombres y de mujeres, en tanto que hay otros problemas más urgentes, si no más importantes, que debieran acaparar toda la atención y toda la actividad de los que buscan el modo de remediar los males que sufre la humanidad.

Diariamente encontramos gentes aplastadas bajo el peso de las instituciones actuales; gentes obligadas a alimentarse malamente y amenazadas a cada instante de caer en la miseria más profunda por falta de trabajo o a consecuencia de una enfermedad; gentes que se hallan en la imposibilidad de criar convenientemente a sus

hijos, que mueren con harta frecuencia careciendo de los cuidados necesarios; gentes privadas de los beneficios y de los goces de las artes y las ciencias; gentes condenadas a pasar la vida sin ser un solo día dueñas de sí mismas, siempre a merced de los patronos o de las autoridades; gentes para las cuales el derecho de tener una familia y el derecho de amar es una ironía sangrienta, y que, sin embargo, no aceptan los medios que les proponemos para substraerse a la esclavitud política y económica, si antes no sabemos explicarles de qué modo, en una sociedad libertaria, la necesidad de amar hallará su satisfacción y de qué modo comprendemos la organización de la familia. Y, naturalmente, esta preocupación aumenta, y hace descuidar y a veces hasta despreciar todos los demás problemas, en las personas que tienen resuelto, particularmente, el problema del hambre y que se hallan en situación normal de poder satisfacer las necesidades más imperiosas porque viven en un medio de bienestar relativo.

Esto se explica perfectamente, dado el lugar inmenso que el amor ocupa en la vida moral y material del hombre, puesto que en el hogar, en la familia, es donde el hombre gasta la mayor y la mejor parte de su vida.

Y se explica también por una tendencia hacia el ideal que arrebata al espíritu humano tan pronto como se abre el conocimiento.

Mientras el hombre sufre sin darse cuenta de los sufrimientos, sin buscar el remedio y sin rebelarse, vive de modo semejante a los brutos, aceptando la vida tal como la encuentra.

Pero desde que comienza a pensar y a comprender que sus males no se deben a insuperables fatalidades naturales, sino a causas humanas que los hombres pueden destruir, experimenta, en seguida, una necesidad de perfección y quiere, idealmente por lo menos, gozar de una sociedad en que reine la armonía absoluta y en la que el dolor haya desaparecido por completo y para siempre.

Esta tendencia es muy útil, ya que impulsa a marchar hacia adelante, pero también es nociva si, con el pretexto de que no se puede alcanzar la perfección y de que es imposible suprimir todos los peligros y defectos, nos impele a descuidar las realizaciones posibles, y a continuar en el estado actual.

Ahora bien —digámoslo sin tardanza; —no tenemos ninguna solución para remediar los males que provienen del amor, pues que éstos no se pueden destruir con reformas sociales, ni siquiera con un cambio de costumbres. Están determinados por sentimientos profundos, podríamos decir filosóficos, del hombre, y no son modificables, cuando lo son, sino por tina lenta evolución y de un modo que no podemos prever.

Queremos la libertad; queremos que los hombres y las mujeres puedan amarse y unirse libremente sin otro motivo que el amor, sin ninguna violencia legal, económica o física.

Pero la libertad, aun siendo la única solución que podemos y debamos ofrecer, no resuelve radicalmente el problema, dado que el amor, para ser satisfecho, tiene necesidad de dos libertades que concuerden y que frecuentemente no concuerdan en modo alguno; y dado también que la libertad de hacer lo que se quiere es una frase desprovista de sentido cuando no se sabe querer alguna cosa.

Es muy fácil decir: «Cuando un hombre y una mujer se amen, se unen, y cuando dejen de amarse, se separan.» Sería necesario, para que ese principio se convirtiese en regla segura y general de felicidad, que se amaran y cesaran de amarse ambos a un mismo tiempo. ¿Y si uno ama y no es amado? ¿Y uno aun ama al otro y el otro ya no le ama y trata de satisfacer una nueva pasión? ¿Y si uno ama a un mismo tiempo a varias personas que no pueden adaptarse a esta promiscuidad?

«Yo soy feo, nos decía una vez un amigo, ¿qué haré si nadie quiere amarme?» La pregunta mueve a risa, pero también nos deja entrever verdaderas tragedias.

Y otro amigo, preocupado por el mismo problema, nos decía: «Actualmente, si no encuentro el amor, lo compro, aunque tenga que economizar mi pan. ¿Qué haré cuando no haya mujeres que se vendan?» La pregunta es horrible, pues muestra el deseo de que haya seres humanos obligados por hambre a prostituirse; pero es también terrible… terriblemente humano.

Algunos afirman que el remedio podría hallarse en la abolición radical de la familia; en la abolición de la pareja sexual más o menos estable, reduciendo el amor al solo acto físico, o mejor dicho, transformándolo, con la unión sexual por añadidura, en un sentimiento parecido a la amistad, que reconozca la multiplicidad, la variedad, la contemporaneidad de afectos.

¿Y los hijos? Hijos de todos…

¿Puede ser abolida la familia? ¿Es de desear que lo sea?

Hagamos observar antes que nada, que, a pesar del régimen de opresión y de mentira que ha prevalecido y prevalece aún en la familia, ésta ha sido y continúa siendo el más grande factor del desarrollo humano, pues en la familia es donde el hombre normal se sacrifica por el hombre y cumple el bien por el bien, sin desear otra compensación que el amor de la compañera y de los hijos.

Pero —se nos dice— una vez eliminadas las cuestiones de intereses, todos los hombres serán hermanos y se amarán mutuamente.

Ciertamente, no se odiarán. También es verdad que el sentimiento de simpatía y de solidaridad se desarrollará mucho y que el interés general de los hombres se convertirá, sin duda alguna, en un factor importante de la determinación de la conducta de cada uno.

Pero esto no es aún el amor. Amar a todo el mundo se parece mucho a no amar a nadie.

Podemos, tal vez, socorrer, pero no podemos llorar todas las desgracias, pues

nuestra vida se deslizaría entera entre lágrimas, y sin embargo, el llanto de la simpatía es el consuelo más dulce para un corazón que sufre. La estadística de las defunciones y de los nacimientos puede ofrecernos datos interesantes para conocer las necesidades de la sociedad; pero no dice nada a nuestros corazones. Nos es materialmente imposible entristecernos por cada hombre que muere y regocijarnos por cada nacimiento.

Y si no amamos a alguien más vivamente que a los demás; si no hay un solo ser por el cual no estemos más particularmente dispuestos a sacrificarnos; si no conocemos otro amor que este amor moderado, vago, casi teórico, que podemos sentir por todos, ¿no resultaría la vida menos bella? ¿No se vería disminuida la naturaleza humana en sus más bellos impulsos? ¿Acaso no nos veríamos privados de los goces más profundos? ¿No seríamos más desgraciados?

Por lo demás, el amor es lo que es. Cuando se ama fuertemente, se siente la necesidad del contracto, de la posesión exclusiva del ser amado.

Los celos, comprendidos en el mejor sentido de la palabra, parecen formar y forman generalmente una sola cosa con el amor. El hecho podrá ser lamentable, pero no puede cambiarse a voluntad, ni siquiera a voluntad del que personalmente los sufre.

Para nosotros el amor es una pasión que engendra por sí misma tragedias. Estas tragedias no se traducirían más, ciertamente, en actos violentos y brutales si el hombre tuviese el sentimiento del respeto a la libertad ajena, si tuviese bastante imperio sobre sí mismo para comprender que no se remedia un mal con otro mayor y si la opinión pública no fuese, como hoy, tan indulgente con los crímenes pasionales; pero las tragedias no serían por esto menos dolorosas.

Mientras los hombres tengan los sentimientos que tienen —y un cambio en el régimen económico y político de la sociedad no nos parece suficiente para modificarlos por entero— el amor producirá al mismo tiempo que grandes alegrías, grandes dolores. Se podrá disminuirlos o atenuarlos, con la eliminación de todas las causas que pueden ser eliminadas, pero su destrucción completa es imposible.

¿Es esta una razón para no aceptar nuestras ideas y querer permanecer en el estado actual? Haciendo esto se obraría como aquel que no pudiendo comprarse vestidos lujosos prefiere ir desnudo, o que no pudiendo comer perdices todos los días renunciase al pan, o como el médico que, dada la impotencia de la ciencia actual ante ciertas enfermedades, se negase a curar las que son curables.

Eliminemos la explotación del hombre por el hombre, combatamos la pretensión brutal del macho que se cree dueño de la hembra, combatamos también los prejuicios religiosos, sociales y sexuales, aseguremos a todos, hombres, mujeres y niños, el bienestar y la libertad, propaguemos la instrucción y entonces podremos regocijarnos con razón si no quedan más males que los del amor.

En todo caso, los desgraciados en amor podrán procurarse otros goces, pues no sucederá como ahora, en que el amor y el alcohol constituyen los únicos consuelos de la mayor parte de la humanidad.

Los marxistas que conciben, o al menos, concebían, la evolución social como regida por leyes fatales é ineluctables, que esperan la transformación social de la supuesta automática concentración del capital en las manos de un número cada vez menor de capitalistas, que proclaman como una verdad general e inevitable la *miseria creciente*, pueden perfectamente alegrarse si las condiciones del proletariado empeoraran cada vez más.

Nosotros no; porque para nosotros el factor principal que determina el sentido de la evolución social es la voluntad humana, y por este motivo apoyamos todo lo que desarrolla y fortifica la voluntad y tratamos de impedir todo lo que la deprime.

Si quisiéramos —cosa peligrosa— compendiar en una fórmula nuestras ideas sobre la cuestión de la influencia que las condiciones materiales tienen sobre el desarrollo moral de los individuos y, en consecuencia, sobre su voluntad, nosotros, antes que *tanto peor, tanto mejor*, diríamos más bien *el apetito viene comiendo*.

La miseria deprime y embrutece y con ella no se hacen revoluciones: cuando más, se podrá hacer con ella motivo sin consecuencias ulteriores. Es por esta razón por lo que nosotros animamos a los trabajadores a pretender e imponer todos los mejoramientos posibles e imposibles y no quisiéramos que se resignaran jamás a estar mal hoy esperando el paraíso futuro. Y si estamos contra el reformismo, no es de ningún modo porque seamos indiferentes a las mejoras parciales, sino porque creemos que el reformismo es un obstáculo, no sólo para la revolución, pero también para las mismas reformas.

Quien se resigna al mal acaba por habituarse a él y a no sentir su verdadero peso. Como prueba, está el hecho de que, normalmente, las regiones más pobres y las categorías más míseras del proletariado son también las menos revolucionarias.

Una recrudescencia de miseria, una gran crisis industrial y comercial pueden determinar un movimiento insurreccional y ser el punto de partida para una transformación social, porque viene a herir a gentes que se habían habituado a un relativo bienestar y que no se avienen a soportar un empeoramiento de condiciones. Pero si el movimiento no es precipitado de inmediato y deja, en cambio, pasar el tiempo necesario para que el pueblo se habitúe gradualmente a un modo inferior de vida, la miseria sobrevenida perderá todo su valor revolucionario y quedará como causa de depresión y de embrutecimiento.

No pretendo hablar, en esta ocasión, de aquellos que, con llamarse individualistas, creen justificarse de cualquier acción repugnante, y que tienen tanto que ver con el anarquismo como los esbirros con el orden público del cual se creen defensores, o

como los burgueses con los principios de moral y de justicia con los que a veces intentan defender sus homicidas privilegios.

Tampoco pretendo hablar de aquellos anarquistas que se llaman individualistas en los medios», los cuales, en la lucha que hoy combatimos, prefieren, o exclusivamente admiten, la acción individual, sea porque la creen más eficaz, sea por medidas de prudencia, o porque temen que una organización cualquiera, una inteligenciación cualquiera, redundaría en menoscabo de su libertad.

Hablaré del individualismo como filosofía, como concepción general de la naturaleza de las sociedades humanas y de las relaciones entre individuo y colectividad, en cuanto aquel individualismo es profesado —a veces hasta sin percatarse de ello— por una considerable parte de los anarquistas.

Hay quien se llama individualista por creer que el individuo tiene derecho a su completo desarrollo físico, moral e intelectual, y debe encontrar en la sociedad una ayuda, no un obstáculo, para alcanzar el máximo de felicidad posible. En este sentido, todos somos individualistas; en este caso, claro está, no se trata sino de una palabra o de un calificativo, más o menos justo, que nosotros no adoptamos para que no origine confusiones. Y no tan sólo somos individualistas en el sentido susodicho los socialistas y los anarquistas de todas las escuelas, sino que lo son también todos los hombres de cualquier escuela o partido, pues que el individuo es el único ser consciente, de sus sentimientos y de sus pensamientos, y siempre que se habla de goces o de sufrimientos, de libertad o de esclavitud, de derechos, de deberes, de justicia, etc., nos referimos, y no podemos dejar de referirnos, solamente a los individuos.

A veces no se trata sino de una simple cuestión de palabras que, en verdad, no merece que nos ocupemos de ella. Pero, con frecuencia, existe realmente una importante diferencia de ideas entre aquellos que profesan y aquellos que repudian el individualismo, e importa determinar esta diferencia porque son graves las consecuencias que de ella se derivan, a pesar de que los objetivos finales de unos y otros sean los mismos. No hay motivo ni razón para mirarse rabiosamente y tratarse como adversarios, por más que, desde que los anarquistas se han metido a «filósofos», se ha originado una confusión tal de ideas y de palabras, que ya no hay modo de saber si estamos o no de acuerdo. Pero urge que nos expliquemos bien, siquiera sea para desembarazarnos para siempre de cuestiones abstractas que absorben casi por completo la actividad de algunos anarquistas en detrimento del trabajo de verdadera importancia para el ideal.

Examinando todo lo que han dicho y escrito los anarquistas individualistas, descubrimos la coexistencia de dos ideas fundamentalmente contradictorias, que muchos no afirman explícitamente, pero que en una u otra forma las hallamos siempre, y con frecuencia hasta en las ideas de muchos anarquistas que no suelen

llamarse individualistas.

La primera de estas ideas consiste en considerar la sociedad como un agregado de individuos autónomos, completos en sí mismos, que no tienen razón de estar juntos si no hallan su propio interés y que pueden separarse cuando encuentren que las ventajas que la sociedad les ofrece no compensan los sacrificios de libertad individual que la sociedad les exige. En suma, consideran la sociedad humana como si fuese una especie de compañía comercial que deja o tendría que dejar libre a los socios de formar o dejar de formar parte de ella según sus conveniencias. Hoy, dicen los que así piensan, como algunos pocos individuos han acaparado todas las riquezas naturales o producidas, los demás vienen obligados a observar a la fuerza las reglas impuestas por la sociedad o por los individuos que en la sociedad imperan; pero si la tierra, si los medios de trabajo fuesen libres para todos, y si la fuerza organizada de una clase no esclavizara al pueblo, nadie vendría obligado a vivir en sociedad cuando su interés le aconsejara diferentemente. Y como una vez satisfechas las necesidades materiales la suprema necesidad del hombre es la de la libertad, cualquier forma de convivencia que exigiese el más mínimo sacrificio de la voluntad individual debe ser repudiada. *Haz lo que quieras*, tomado en el sentido más lato y absoluto de la frase, es el principio supremo, la regla única de la conducta.

Pero, por otra parte, admitidos el individuo autónomo y su absoluta e ilimitada libertad, se deriva el resultado de que, apenas los intereses se hallan en antagonismo y las voluntades varían, surge la lucha, y en la lucha, naturalmente, unos quedan vencedores y otros vencidos y, por consiguiente, se vuelve a la opresión y a la explotación que quería evitarse. Por esto los anarquistas individualistas, que a nadie ceden en su ardiente deseo del bien para todos, han tenido que inventar un lazo para poder, más o menos lógicamente, conciliar el bien permanente de todos con el principio de la absoluta libertad individual, y este modo de conciliación lo han hallado adoptando otro principio, el de la *armonía por ley natural*.

Haz lo que quieras que, ciertamente, dicen, espontáneamente, *naturalmente*, no querrás sino aquello que no pueda perjudicar el derecho igual de los demás a hacer lo que quieran.

«Nuestra libertad —me escribía hace algún tiempo un amigo— no lesionará la libertad de los demás. Como los astros gravitando en torno del propio centro recorren trayectorias especiales, del propio modo los hombres podrán recorrer su propia línea de libertad sin confundirse nunca y sin degenerar en el caos.» Y otros, sustituyendo con la fisiología la astronomía, hablan de una «simpática aglomeración de células en los vegetales y en los animales», y de la formación de los cristales otros, pasando revista de este modo a todas las ciencias naturales.

Pero de los cristales contrahechos, de la lucha por la existencia, de las catástrofes cósmicas, de las enfermedades, de los abortos, de toda la infinita suma de desastres y

de dolores que también existen en la naturaleza, nadie se acuerda.

La desarmonía, el antagonismo de intereses, son consecuencia de las instituciones presentes. Destruid el Estado, respetad la completa libertad de comercio, de la banca, de la casa de moneda, que el derecho de posesión de la tierra esté limitado por la obligación de cultivarla; que sea libre, completamente libre la competencia, dicen los anarquistas individualistas de la escuela de Tucker, y la paz reinará en el mundo: la renta económica, o sea la diferencia de valor, por productividad y por posesión, de las varias partes del suelo desaparecerá *naturalmente* a la más provechosa utilización de las fuerzas naturales en beneficio de todos.

Destruid el Estado y la propiedad individual —dicen los anarquistas individualistas de la escuela comunista (la cosa existe a pesar de la aparente contradicción de los términos)— y todo marchará bien; todos estarán *naturalmente* de acuerdo; todos trabajarán porque el trabajo es una necesidad fisiológica; la producción corresponderá siempre y *naturalmente* a los pedidos de los consumidores y no habrá necesidad de pactos ni de reglas porque… haciendo cada uno lo que quiera se hallará que sin saberlo ni quererlo habrá hecho lo que querían los demás.

Así es que, yendo hasta el fondo de la cosa, nos hallamos con que el anarquismo individualista no es más que una especie de *armonismo*, de *providencialismo*.

Según mi modo de ver, los principios del individualismo son completamente erróneos.

El individuo humano no es un ser independiente de la sociedad, sino su producto. Sin sociedad no habría podido salir de la esfera de la animalidad brutal y transformarse en un verdadero hombre, y fuera de la sociedad retornará más o menos rápidamente a la primitiva animalidad.

El doctor Stokmann de *Un enemigo del pueblo*, de Ibsen, que irritado por no verse comprendido y seguido del público exclama que «el hombre más fuerte es el que está más solo», y que algunos han tomado por anarquista, cuando no es más que un aristócrata, decía un solemne despropósito. Si él sabía más que los demás y podía mucho más que los demás, era porque había vivido más que los demás en comunicación intelectual con los hombres presentes y pasados, porque se había beneficiado más que los otros de la sociedad y por tanto debía a ésta mucho más que los demás individuos.

El hombre puede ser en la sociedad libre o esclavo, feliz o infeliz, pero en la sociedad debe permanecer, porque ésta es la condición de su ser: hombre. Por consiguiente, en lugar de aspirar a una autonomía nominal e imposible, debe buscar las condiciones de su libertad y de su felicidad en el acuerdo con los demás hombres, modificando, estudiando con ellos, todas aquellas instituciones que no les convengan.

Vana es, y completamente negada por los hechos, la creencia en una ley natural en virtud de la cual la armonía entre los hombres se establece automáticamente, sin

necesidad de su acción consciente y querida.

Aun destruido el Estado y la propiedad individual, la armonía, no nace espontáneamente, como si la naturaleza se ocupara del bien o del mal de los hombres, sino que es necesario que los mismos hombres produzcan, establezcan esta armonía.

Pero para hacer comprender esto es preciso hablar más ampliamente.

Hemos dicho que el *armonismo* —o sea, la fe en una ley natural en virtud de la cual todas las cosas se arreglarán por sí mismas, a las mil maravillas— está en el fondo de las ideas de los individualistas y que únicamente con este *armonismo* podrán éstos conciliar su ferviente y sincero deseo del bienestar de todos con su ideal de una sociedad en la que cada uno disfrute de una libertad *absoluta* sin necesidad de establecer pactos ni tener que llegar a una transacción con nadie.

A decir verdad, un fondo de *armonismo*, o dicho también de otro modo, de *fatalismo optimista*, se halla asimismo en casi todos los anarquistas y tal vez en todos los socialistas modernos de las escuelas más diversas. Depende esto de varias y opuestas causas: hay un poco de sobrevivencia de las ideas religiosas según las cuales el mundo ha sido creado y ordenado para bien de los hombres; un poco de influencia de los economistas que intentaron justificar con una pretendida armonía de intereses los privilegios de la burguesía; un poco del favor casi exclusivo que gozaron las ciencias naturales y también el deseo de embellecer y hacer fáciles las cosas para el mejor éxito de la propaganda y lo cómodo que resulta siempre saltar a pies juntos por encima de las dificultades y no tener que tomarse la molestia de afrontarlas y resolverlas. Y los individualistas tienen únicamente la culpa, o el mérito, de haber sacado las consecuencias lógicas del error de todos.

Pero el haberse equivocado todos, unos más, otros menos, no es una razón para perseverar en el error. La pretendida armonía que reina en la naturaleza significa solamente esto: si un hecho existe, quiere decir que se han verificado las condiciones necesarias y suficientes para la existencia de tal hecho.

La naturaleza no tiene finalidad, o, en todo caso, no tiene las finalidades humanas: para ella la muerte, los dolores, los estragos de los seres vivos son indiferentes y pueden ser elementos de su «armonía». El hecho de que el gato se coma al ratón es un hecho natural y por tanto perfectamente en armonía con el orden cósmico, pero si interrogásemos a los ratones acaso nos responderían que esta armonía la encuentran excesivamente desafinada.

Es ley natural que los seres vivos tengan que nutrirse y que, por consiguiente, el número y la fuerza de los vivientes estén limitados por la cantidad de alimentos adaptados para cada especie; pero la naturaleza mantiene el límite, indiferentemente, con los estragos, el hambre, las degeneraciones… Los ejemplos se podrían multiplicar hasta lo infinito.

Para poder hacer ver Carlos Fourier cuan superior es la naturaleza al arte, se

sirvió de un parangón que se ha hecho clásico en fuerza de repetirlo. «Poned dentro de un vaso muchas piedrecitas de distintos colores, agitadlas, vaciad luego el vaso sobre una mesa y obtendréis una combinación de colores que ningún pintor será capaz de hallarla.» Es muy posible… pero seguramente no se obtendrá tampoco una *madonna* del Tiziano; no obtendréis tampoco aquello que hubierais querido, por feo que fuese lo deseado. Y esto es lo esencial.

La verdad es que esta ley misteriosa en virtud de la cual la naturaleza, providencia benéfica, tendría que hacer las cosas a gusto de los hombres, es un absurdo que todos los hechos contradicen y que ni por un momento resiste al examen. Se puede concebir el fatalismo, por más que éste contradiga todos los móviles que nos hacen obrar; pero el fatalismo optimista, un hado inteligente que se ha preocupado de la felicidad de las generaciones humanas, es una cosa verdaderamente inconcebible.

¿Cómo es posible que esta ley de armonía haya tardado millones de siglos en entrar en funciones, esperando precisamente a que los anarquistas proclamen la anarquía?

El Estado y la propiedad individual son, ciertamente, la causa de los más graves antagonismos sociales presentes; pero estas instituciones no pueden haber sido producidas por una milagrosa suspensión de las leyes de la naturaleza y forzosamente han de ser el efecto de antagonismos preexistentes. Destruidas, se reproducirían otra vez, si los hombres no procurasen arreglar de otro modo aquellos conflictos que les dieron nacimiento.

Conflictos de intereses y de pasiones existen y existirán siempre, pues aunque se pudiesen eliminar los existentes hasta el punto de conseguir un cuerdo automático entre los hombres, otros conflictos se presentarían a cada nueva idea que germinase en un cerebro humano. De hecho, ¿cómo imaginarse que cuando se produzca un deseo nuevo en un individuo los cerebros de los demás (hombres vayan a modificarse inmediatamente y de modo que estén dispuestos a acoger favorablemente aquel deseo? ¿Cómo creer que toda nueva idea vaya a ser inmediatamente aceptada por todo el mundo? Además, ¿serán justas todas las ideas nuevas? ¿Ya no se dirán más disparates? ¿O es que se imaginan que el ambiente será tan uniforme que suprimirá toda diferencia inicial entre los hombres y que todos se desarrollarán sincrónicamente con matemática igualdad? ¡Y aun sería necesario que esta uniformidad de muerte fuese obra querida por los hombres, pues que la naturaleza entregada a sí misma produce siempre nuevas variedades!

Es necesario no contentarse con vanas palabras. Cuando se dice que «la libertad de un individuo halla, no el límite, sino el complemento en la libertad de los demás», se expresa en forma afirmativa un ideal sublime, acaso el más perfecto que pueda asignarse a la evolución social; pero si con ello se entiende afirmar un hecho positivo, actual, o que podría realizarse después de destruir las instituciones presentes, se

cambia simplemente la realidad objetiva por las concepciones ideales de nuestro cerebro. Dejando aparte la opresión que soportamos como proletarios y como gobernados, ¡cuántas cosas no haríamos que dejamos de hacer para no disgustar o incomodar a los demás! Podemos abstenernos voluntariamente y aun hallar un placer en sacrificarnos a la comunidad; pero nos gustaría mucho más que los demás hombres tuvieran gustos y necesidades diferentes que nos permitieran hacer aquello que nos gusta, y esto prueba que muchas veces nuestra libertad halla un límite en la libertad de los demás.

No se crea que nos limitamos a tratar únicamente de los «gustos y caprichos», ciertamente respetables, pero secundarios. Los conflictos se producen también, naturalmente, en la esfera de la satisfacción de las necesidades esenciales y a los hombres corresponde eliminarlos o suavizarlos para el mayor bien de todos. Uno puede tener deseo o necesidad de comer una cosa que no puede procurarse sin quitarla a otro, etcétera, etc. Podrá proveerse para que toda clase de alimentos puedan estar a disposición de todos, para que todos puedan acomodarse… peco *es necesario proveer*.

Decir que *naturalmente*, sin pactos, se producirá precisamente todo aquello que pueda desearse, significa prepararnos a recibir desilusiones terribles; significa, en la práctica, renunciar a *hacer*, y por lo tanto colocarse en situación de tener que aguantar aquello que *harán* los demás..

Se dice que todos trabajarán porque el trabajo es un ejercicio higiénico, y una necesidad orgánica la aplicación de las propias facultades. Es verdad; pero lo que no es verdad es que esta necesidad de ejercicio corresponda exactamente con la necesidad que los hombres tienen de los productos y que se adaptará espontáneamente a las condiciones impuestas por el instrumento de producción. Si cada uno estuviere convencido de que haciendo lo que mejor le place hace todo lo que debe porque todo marchará bien del mismo modo, ciertamente que muchos trabajos accesorios dejarían de hacerse porque no agradan a nadie y otros trabajos habrá que no podrán hacerse porque para que se efectúen es necesario que un cierto número de individuos se pongan de acuerdo y respeten los acuerdos que tomen.

Es verdad que la tierra puede alimentar abundantemente a todos sus habitantes y que el trabajo puede organizarse de modo que sea un placer, o un leve esfuerzo que todos harán voluntariamente… pero es *necesario organizarlo*.

Creer que trabajando cada uno a salga lo que saliere, cuando le parezca bien y cómo le parezca mejor, sin tener en cuenta lo que hagan los demás y sin coordinar y subordinar la propia actividad a la actividad colectiva, daría por resultado el que nos encontráramos, al final del año, con que habríamos producido el grano, las máquinas, los zapatos y las alcachofas necesarias para satisfacer los deseos de todos… es como si pusiéramos nuestro destino en manos de Dios.

En conclusión: el hombre tiene necesidad de vivir en sociedad y para vivir en sociedad tiene necesidad de ponerse de acuerdo con los demás hombres y cooperar con ellos. O esta cooperación se logrará voluntariamente, por medio de pactos libres, y a beneficio de todos, o se logrará por la fuerza, por la imposición de unos cuantos, y será explotada en beneficio particular de los que la impongan.

La cooperación libre, voluntaria, a beneficio de todos, es la anarquía.

La cooperación forzada, a beneficio principal de determinadas clases, es el régimen autoritario.

En verdad, nada es por completo equivalente en la naturaleza y en la historia, y cada acontecimiento puede obrar en favor o en contra de los fines que uno se propone. Por esta razón, en cada circunstancia se puede hacer una selección, un augurio, sin que por ello convenga siempre dejar la propia vía directa y ponerse a favorecer todo aquello que se juzga como aprovechable indirectamente.

Nosotros podemos, por ejemplo, desear que vaya al poder un ministerio más bien que otro —un ministerio de imbéciles y de ciegos reaccionarios antes que uno compuesto por hombres inteligentes, que sabrían ilusionar mejor a los trabajadores.— Pero, ¿en qué se aprovecharía la debilidad y la ceguera de un ministerio si para hacerlo ir y mantenerlo en el poder nos volviéramos nosotros mismos sostenedores del gobierno?

La brutalidad de las medidas autoritarias puede, en ciertas ocasiones, determinar una insurrección liberadora, pero sólo si se educa el espíritu público para resistir las prepotencias de la autoridad.

El desarrollo del sistema capitalista en una cierta dirección puede convenir a los fines de la emancipación del proletariado, pero si los proletarios se ponen a secundar los esfuerzos de los capitalistas, terminan por perder la consciencia de su posición y de sus intereses y se vuelven incapaces de emanciparse, como nos lo demuestra la historia de ciertas organizaciones obreras de Inglaterra y de otros países.

Podrían multiplicarse los ejemplos de esta índole.

Para hacer la revolución y, sobre todo, para hacer que la revolución no se reduzca a un estallido de violencia sin resultados ulteriores, se requieren los revolucionarios; y si éstos comienzan por dejar a un lado sus ideas y los intereses específicos que representan, solidarizándose en cambio con la causa de las clases dominantes en su país desperdiciando sus fuerzas en ayudarles a vencer en una guerra, dicho se está que renuncian, no sólo a la posibilidad de aprovecharse de las situaciones revolucionarias que se puedan producir durante la guerra y una vez ésta terminada, sino también a todo su programa, pues que ellos mismos lo juzgan utópico y absurdo con su conducta. En efecto, poniéndose en contra de sus antiguas predicaciones, se cierran el camino a toda eficaz acción posterior.

Hay gente apegada todavía a los viejos prejuicios de raza y de nacionalidad que está dispuesta a sacrificar la más alta idealidad para tener el gusto de saber que una región está oprimida y explotada por hombres que hablan su misma lengua y no por hombres que hablan una lengua extranjera; y esa gente tiene razón en apoyar los intereses de uno u otro gobierno si cree que procediendo así ayuda a sus propias aspiraciones.

Mas para aquellos que ponen por encima de todo la causa de la libertad, de la justicia, de la fraternidad humana, no puede haber duda alguna: en medio del desencadenamiento de las más feroces pasiones, cuando las masas inconscientes se dejan arrastrar por las malvadas sugestiones de las clases privilegiadas a destruirse, ellos deben, más que nunca, invocar la paz entre los oprimidos y la guerra a los opresores; y deben asimismo evitar toda transacción, toda rendición a los propios adversarios.

Esto es verdad para los republicanos, los cuales no debieran nunca en ningún modo secundar a la monarquía ni incitarla a realizar lo que ellos consideran bueno, que es lo mismo que incitarla a adquirir así nueva fuerza y nuevo prestigio. Es verdad, con mayor razón, para los socialistas, los cuales reconocen que en todo país conviven dos clases, dos «naciones», la una sobrepuesta a la otra, que son, o es necesario hacer que sean, irreconciliablemente hostiles. Y es verdad aun más para los anarquistas, que quieren destruir todo régimen de autoridad o de prejuicio y realizar la fraternidad de todos los seres humanos en la libertad y en la solidaridad.

En el curso de la historia humana acontece generalmente que los descontentos, los oprimidos, los rebeldes, antes de concebir y de desear una transformación radical de las instituciones políticas y sociales, se limitan a pedir las transformaciones parciales, algunas concesiones de parte de los dominadores, algunas mejoras. La esperanza en la posibilidad y en la eficacia de las reformas precede a la convicción de que para abatir el dominio de un gobierno o de una clase es necesario negar las razones de aquel dominio, o sea, hacer la revolución.

En el orden de los hechos, las reformas se realizan o no se realizan, y realizadas consolidan el régimen existente o lo minan, ayudan al éxito de la revolución o lo obstaculizan, benefician o perjudican al progreso general, según su propia y específica naturaleza, según el espíritu con que han sido concedidas y, sobre todo, según el espíritu con que han sido pedidas, reclamadas, arrancadas.

Naturalmente, los gobiernos y las clases privilegiadas están siempre guiados por el instinto de conservación, de consolidación, de acrecentamiento de sus potencias y de sus privilegios, y cuando consienten algunas reformas, ello sucede, ya porque juzguen que aquéllas les benefician en sus fines, ya porque no se sientan lo suficientemente fuertes para resistir a la demanda, en cuyo caso ceden por miedo o

por algo peor.

Por otra parte, unas veces los oprimidos piden y acogen las mejoras como un beneficio graciosamente concedido, reconociendo la legitimidad del poder que pesa sobre ellos; entonces, las mejoras hacen mucho más daño que bien, puesto que sirven, ya para retardar la marcha hacia la emancipación, ya también para detenerla o ya para desviarla. Otras veces, en cambio, los oprimidos reclaman e imponen en sus mejoras con su propia acción y las acogen como victorias parciales logradas sobre la clase enemiga y se sirven de ellas como estímulo y acicate para lograr conquistas mayores; en este caso, las mejoras representan una gran ventaja y una ayuda valiosa para el total derrumbe del privilegio, es decir, para la revolución, ya que, forzosamente, por este camino, siempre llega el momento en que, aumentando las pretensiones de la clase dominada y no pudiendo los dominadores ceder más sin comprometer su dominio, estalla necesariamente el conflicto revolucionario.

No es cierto, pues, que los revolucionarios sean sistemáticamente contrarios a las mejoras y a las reformas. Pero sí están en oposición con los reformistas, en primer lugar, porque el método de éstos es «el» menos eficaz para arrancar reformas a los gobiernos y a los capitalistas, los cuales no ceden nada más que por las causas ya señaladas; y en segundo lugar, porque con mucha frecuencia las mejoras que ellos prefieren son aquellas que al mismo tiempo que aportan a los trabajadores una ventaja discutible e inmediata, sirven de una manera clara para consolidar el régimen vigente y para interesar a los trabajadores mismos en la perpetuación de tal régimen. Ejemplos de estas reformas son las pensiones, los seguros del Estado, la coparticipación en las utilidades de las industrias, etc., etc.

Excluidos los reformistas burgueses que reconocen la legitimidad del capitalismo, y de los cuales no quiero hacer mención aquí porque están al margen de lo que analizo; excluidos también los reformistas de Estado, que en sustancia no harían más que transmitir el privilegio y la dirección de la sociedad, de los propietarios privados a una clase de burócratas, quienes luego solo pensarían en consolidar el poder en sus propias manos y tal vez en volverse ellos mismos los propietarios, existe una clase de reformistas que podrían llamarse revolucionarios reformistas, de los cuales estamos separados, sencillamente, por una diferente interpretación de los acontecimientos. Pero estos reformistas, intencionalmente más afines a nosotros, son, en la práctica, en determinadas circunstancias, los más dañinos y los más peligrosos; menos dañinos y menos peligrosos, no obstante, que aquellos que se dicen revolucionarios y que se oponen a la revolución toda vez que se presenta ocasión propicia de hacerla.

Cuando la historia emprende !a vía de la rebelión, es inútil perder el tiempo en condolerse de las direcciones que elige, porque dichas direcciones están señaladas por toda la evolución anterior. Pero toda vez que la historia la hacen los hombres, y

no queremos permanecer espectadores indiferentes y pasivos ante la tragedia histórica, sino que, por el contrario, queremos concurrir con todas nuestras fuerzas a determinar los acontecimientos que nos parecen más favorables a nuestra causa, nos hace falta un criterio para guiarnos en la apreciación de los hechos que se producen y sobre todo para elegir el puesto que debemos tomar en la lucha. Todo fin quiere sus medios. La moral es preciso buscarla en el fin; el medio es fatal. Dado el fin que se nos propone voluntaria o necesariamente, el problema de la vida consistirá en buscar el medio que, según las circunstancias, conduzca con mayor seguridad o menor gasto de esfuerzo al fin deseado. Del modo según el cual se resuelve este problema depende, en cuanto puede depender de una voluntad humana, que un hombre o un partido alcance o no su fin, sea útil a su causa, o sirva, sin quererlo, la causa enemiga.

Haber encontrado el medio oportuno es el secreto de los hombres y los partidos que han dejado huellas en la historia. Los anarquistas no luchan por conseguir el puesto de los explotadores ni de los opresores modernos; ni siquiera luchan por el triunfo de una abstracción. Quieren la felicidad de todos los hombres, de todos sin excepción alguna. Y creen que la libertad y la felicidad no pueden otorgarlas a la humanidad ni un hombre ni un partido, sino que todos los hombres deben, por sí mismos, descubrir sus condiciones y conquistarlas.

A pesar de lo que sostienen algunos, no existe una ley natural —ley de los salarios— que determine la parte que corresponde al trabajador sobre el producto de su trabajo; o, si se quiere formular una ley, no puede ser nada más que ésta: el salario que puede descender *normalmente* por debajo de aquel tanto que es necesario para la vida, y que no puede *normalmente* subir tanto que no deje algún beneficio al patrono. Claro es que en el primer caso los obreros morirían o no percibirían ya salario, y en el segundo caso los patronos cesarían de hacer trabajar y, por tanto, no pagarían más salarios. Pero entre estos dos extremos imposibles hay una infinidad de grados, que van desde las condiciones, muy semejantes a las de los animales, de gran parte de los trabajadores agrícolas, basta aquellas casi desahogadas de los obreros de los oficios buenos en las grandes ciudades.

El salario, la duración de la jornada de trabajo y las demás condiciones de la situación del trabajador son el resultado de la lucha entre patronos y obreros. Aquellos procuran dar a éstos lo menos posible y hacerles trabajar el máximo que sea dado, y éstos procuran, o deberían procurar, trabajar lo menos posible y ganar lo máximo que se pudiera. Allí donde los trabajadores se contentan de cualquier modo y, aun descontentos, no saben oponer una válida resistencia a los patronos, prontamente quedan reducidos a unas condiciones de vida idéntica a la de los animales; en cambio, allí donde tienen un concepto un poco más elevado del modo como deberían vivir los seres humanos, y saben unirse y mediante la huelga y la

amenaza latente o explícita de rebelión imponen respeto a los patronos, éstos les tratan de modo relativamente soportable. De modo que puede decirse que el salario dentro de ciertos límites, es lo que el obrero —no como individuo, se entiende, sino como clase— pretende.

Luchando, resistiendo contra los patronos, pueden, pues, los obreros, impedir, hasta cierto punto, que sus condiciones de vida empeoren y aun obtener mejoras reales. La historia del movimiento obrero ha demostrado ya esta verdad.

Sin embargo, es necesario no exagerar el alcance de esta lucha entre obreros y patronos sobre el terreno exclusivamente económico. Los patronos pueden ceder, y con frecuencia ceden, ante las exigencias obreras enérgicamente formuladas, mientras no se trate de pretensiones demasiado grandes; pero tan pronto como los obreros comiencen —y es urgente que comiencen— a pretender un tratamiento que absorba el beneficio del patrono, haciendo así una expropiación indirecta, podemos estar seguros de que sin tardanza los patronos llamarán al gobierno en su auxilio y procurarán obligar, por medio de la violencia, a los obreros, a permanecer en sus posiciones de esclavos asalariados.

Y aun antes, mucho antes de que los obreros puedan pretender recibir en compensación de su trabajo el equivalente de todo lo que han producido, la lucha económica se vuelve impotente para continuar produciendo el mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores.

Los obreros lo producen todo y sin ellos no se puede vivir; parece, pues, que negándose a trabajar han de poder imponer lo que quieran. Pero la unión de todos los trabajadores, aun de un solo oficio, es difícil de obtener, y a la unión de los operarios se opone la unión de los patronos. Los obreros viven al día y si no trabajan pronto se mueren de hambre, mientras que los patronos disponen, mediante el dinero, de todos los productos ya acumulados, y por lo tanto pueden esperar muy tranquilamente que el hambre reduzca a discreción a sus asalariados. El invento o la introducción de nuevas máquinas vuelve inútil la obra de gran número de obreros y aumenta el ejército de los sin trabajo, a los que el hambre obliga a venderse en cualquiera condición. La inmigración aporta, en seguida, en aquellos países donde los trabajadores viven algo mejor, una oleada de proletarios famélicos que, queriendo o no, ofrecen a los patronos modo de rebajar los salarios. Y todos estos hechos, derivados necesariamente del sistema capitalista, consiguen contrabalancear el progreso de la conciencia y de la solidaridad obrera: con frecuencia caminan más rápidamente que este progreso y lo detienen o lo eliminan. Pronto se presenta, pues, para los obreros que intentan emanciparse, o sencillamente mejorar las condiciones de su existencia, la necesidad de defenderse contra el gobierno, la necesidad de atacar al gobierno que legitimando el derecho de propiedad y sosteniéndolo con la fuerza, constituye una barrera para el progreso, barrera que debe derribarse con la fuerza de

no querer permanecer indefinidamente en el estado actual o en otro peor.

¡Socialismo! ¡Qué bello era y a lo que se ha reducido!

Nacido fuera de las especulaciones filosóficas, de los sueños utopistas y de las revueltas populares, el socialismo se anunció al mundo como la buena nueva de la era moderna. Era una promesa de civilización superior; era la rebelión contra toda opresión y toda injusticia; era la abolición del odio, de la competencia, de la guerra y el triunfo del amor, de la cooperación y de la paz. Era el advenimiento del bienestar y de la libertad para todos; la realización, en lo futuro, de aquel Edén que la fantasía del pueblo y de los poetas, llena de ideales e ignorante de la Historia, había señalado como origen de la humanidad.

Representaba la dicha humana por excelencia, y elevándose sobre los sentimientos de raza y de patria, sobre los de religión y sobre las preocupaciones de toda escuela filosófica, como asimismo sobre las de clases y las de castas, unía a todos los hombres y a todas las mujeres en un santo ideal de igualdad y de solidaridad.

No pedía la sustitución de un partido por otro, de una clase por otra; no pedía el advenimiento al Poder y al uso de la riqueza de un nuevo estado social —*cuarto estado*— sino la abolición de clases, la solidarización de todos los seres humanos en el trabajo y en los goces comunes.

Y entonces los socialistas fueron apóstoles y mártires; sentían que en sí mismos llevaban un mundo nuevo, tenían la conciencia de su misión sublime, y esta conciencia les hacía bondadosos y les daba valor y energía.

Ignorantes o doctos, jóvenes ingenuos o ancianos curtidos en otras luchas, una parte salida del proletariado y otra de entre los propios hijos de la burguesía, en rebelión contra la clase de la cual habían nacido, que consideraban sus privilegios de nacimiento como una deuda que les imponía mayores deberes para la causa de los desheredados, todos tenían fe en el bien y en sí mismos, todos amaban al pueblo; poseían la ciencia y eran combatientes valerosos; afrontaban la befa y la calumnia, las pequeñas y las grandes persecuciones, la cárcel y el presidio, la miseria y el patíbulo. Y aun así, marchaban siempre adelante.

Entregados a una lucha a muerte contra todas las instituciones políticas, económicas, religiosas, jurídicas y universitarias del mundo burgués; tropezando con tantos prejuicios; teniendo que resistir a seducciones y amenazas de todas clases, se separaban de los explotadores y opresores del pueblo, tanto por repugnancia natural como por táctica de combate; se separaban, repetimos, en absoluto, de todo lo que no era pueblo y de los que no luchaban por la emancipación integral del proletariado. Y así formaban un partido valeroso, una escuela paternal, estamos por decir que una clase distinta de todas las demás.

Solos contra todos, escribieron en su bandera el lema del que tiene fe en sí mismo

y en su propia causa, el lema santo del día del combate: *el que no está con nosotros, está contra nosotros*. Y reunieron a su alrededor a todos los miserables, a todos los oprimidos, a todos los que hacían propia la causa de los desheredados y luchaban por la justicia, por la libertad y por el bienestar general, al par que tenían por enemigos a todos los emperadores, a todos los papas, ministros, polizontes, explotadores, agiotistas, usureros; a todos los representantes de las religiones; a todos los farsantes, fuesen los que fuesen.

Entonces no había ni otro socialismo ni otros socialistas.

¿Ocurre hoy lo mismo?

Hoy existe también un socialismo que sólo sirve para engañar al pueblo con vanas promesas, a fin de mantenerlo dócil y convertirlo en escabel de ciertas ambiciones; hoy hay socialistas que se prostituyen en las casas reales y en los Parlamentos; que se postran ante los ministros; que aclaman a un emperador; que se venden a un soldado; que engañan a sus compañeros; que degradan sus ideales, su programa y su conciencia para conseguir un voto que valga y poder introducirse entre la burguesía.

Socialistas, hombres sencillos y puros, aquellos en cuyos pechos hierve el santo amor a la humanidad, si seguís, alucinados, a quienes de este modo obran, ¡hacéis inconscientemente la causa de la burguesía! ¿No os avergonzáis viendo vuestra bandera gloriosa arrojada en el fango?

No tengáis la menor duda: esos mercaderes de votos, esos comediantes, no son socialistas. Son los mayores enemigos del socialismo y los socialistas verdaderos deben arrojarlos de su lado.

En cuanto a vosotros, buenos trabajadores, socialistas verdaderos, ¡volved, tornad a la lucha formidable que suprimirá del mundo la miseria y la esclavitud!

La palabra *anarquía* viene del griego y significa propiamente *sin gobierno*, estado de un pueblo que se rige sin autoridad constituida, sin núcleo gobernante.

Antes de que tal organización principiase a ser considerada como posible y aceptable por toda una muchedumbre de pensadores de categoría, y tomada por bandera de un partido que es actualmente uno de los factores más importantes en la moderna lucha social, la palabra de que hablamos era empleada en el sentido de desorden y confusión, y aun en nuestros días es usada en el mismo sentido por la masa ignorante y por los adversarios que tienen interés en desfigurar la verdad.

No entraremos aquí en disquisiciones filológicas, porque la cuestión no pertenece a la filología, sino a la historia. El sentido vulgar de la palabra no tiene ninguna relación con su sentido verdadero y etimológico, aunque, indudablemente, es un derivado hijo del prejuicio de que el gobierno es un órgano necesario de la vida social y que, por tanto, una sociedad sin gobierno sería sin cesar presa del desorden y oscilaría entre la prepotencia desenfrenada de los unos y la venganza ciega de los otros.

La existencia de tal prejuicio y su influencia en el sentido que la generalidad de los hombres han dado a la palabra anarquía, se explica fácilmente. El hombre, como todos los seres vivos, se adapta o acostumbra a las condiciones en que vive, y transmite por herencia los hábitos adquiridos.

Así el hombre, como nace y crece en la servidumbre y es el heredero de una larguísima progenie de esclavos, cuando comienza a pensar, cree que la esclavitud es condición esencial de la vida, en tanto que le parece imposible la libertad.

De igual manera casi, el obrero, obligado durante siglos y siglos, y hasta habituado a esperar el trabajo, es decir, el pan, de la buena voluntad del patrón, y a ver su vida siempre a merced de los poseedores de la tierra y del capital, ha concluido por creer que el patrón es quien le da de comer, y se pregunta, naturalmente, cómo podría vivir si no hubiese patronos.

Esto es lo mismo que si, no obstante haber nacido con las piernas atadas, encontrásemos un medio cualquiera de andar y achacásemos la facultad de movernos precisamente a aquellas ligaduras que no hacían otra cosa que disminuir o paralizar la energía muscular de nuestras piernas.

Dadas todas estas condiciones, si a los efectos naturales de la costumbre se agrega la educación del patrón, del sacerdote, del maestro, etcétera, interesados en predicar que el gobierno y el patrón son necesarios, si se agrega la presión del juez y del policía, esforzándose siempre en reducir al silencio a los que piensan de otra manera y tratan de propagar su distinta manera de pensar se comprenderá fácilmente cómo ha podido hacer presa en el cerebro poco cultivado de la masa laboriosa el prejuicio de la utilidad y la necesidad del gobierno y del patrón.

Imaginémonos que, en el supuesto caso de tener ligadas las piernas, un médico nos expone toda una teoría y mil ejemplos hábilmente inventados para convencernos de que con las piernas en libertad no podríamos andar ni vivir; defenderíamos con rabia nuestras ligaduras y tendríamos por enemigo al que tratase de cortarlas.

Por esto, como se cree que el gobierno es necesario y que sin gobierno sólo habría desorden y confusión, es natural, es lógico que la anarquía, que quiere decir ausencia de gobierno, suene a ausencia de orden.

El hecho tiene, por otra parte, su explicación histórica. En el tiempo y en los países en que el pueblo creyó necesario el gobierno de uno solo (*monarquía*), la palabra *república* (gobierno de varios), fue siempre empleada en el sentido de desorden y confusión, hasta el extremo de que este sentido aun se conserva vivo en el lenguaje popular de casi todas las naciones.

Modifíquense las opiniones, convénzase a las gentes de que el gobierno no sólo no es necesario, sino que hasta resulta dañoso, y entonces la palabra anarquía, por lo mismo que equivale a ausencia de gobierno, significará para todos, orden natural, armonía de los intereses y las necesidades de todos los seres, libertad absoluta en la

absoluta solidaridad humana.

Sabido es que hay muchas personas que dicen que los anarquistas hemos escogido mal nuestro nombre, porque éste es comprendido de un modo erróneo por la masa se presta mucho a una equivocada interpretación. El error no depende de la palabra misma, depende de su significación, y las dificultades con que tropiezan los anarquistas en la propaganda, no dependen del nombre que se han dado, sino del hecho de que aquél va contra todo prejuicio inveterado que tiene el pueblo de las funciones gubernamentales, o como se dice generalmente, sobre el Estado.

Antes de seguir adelante, será conveniente que nos expliquemos acerca de esta última palabra, la cual, en nuestro concepto, es causa verdadera de muchas confusiones.

Los anarquistas, y entre ellos nosotros, se han servido generalmente de la palabra, Estado, entendiendo por tal el conjunto de todas las instituciones políticas, legislativas, jurídicas, militares, financieras, etc., por medio de las cuales se arrebata al pueblo la gerencia de sus propios asuntos, la dirección de su propia seguridad, confiándolas a algunos que, por usurpación, por delegación, hállanse investidos del derecho de legislar sobre todo y para todos y de forzar al pueblo a respetarlos, valiéndose del apoyo que les presta el poder de todos.

En este caso, la palabra Estado quiere decir gobierno, o bien la expresión impersonal, abstracta, de aquel estado de cosas que el gobierno personifica. En este caso, las expresiones *abolición del Estado, sociedad sin Estado,* etcétera, no responden exactamente al concepto que los anarquistas quieren significar de destrucción de todo orden político basado en la autoridad y de constitución de una sociedad de hombres libres e iguales, basada en la armonía de los intereses y en el concurso voluntario de todos al cumplimiento de los deberes y cuidados sociales.

Pero la palabra Estado tiene otros muchos significados, y entre éstos, algunos que se prestan al equívoco, mucho más en cuanto se trata con hombres cuya triste posición social no les ha dejado acostumbrarse a las delicadas distinciones del lenguaje científico, o peor aún, cuando se trata con adversarios de mala fe que tienen interés en confundirlo todo y en no querer entender nada.

La palabra *Estado* se usa, por ejemplo, con frecuencia, para indicar una determinada sociedad, cierta colectividad humana reunida en un determinado territorio, formando lo que suele denominarse un cuerpo moral, independientemente de la manera de agruparse y entenderse de sus miembros.

Se usa también, sencillamente, como sinónimo de Sociedad, a causa de cuyo significado creen nuestros contrarios, o más bien, fingen creer, que los anarquistas queremos abolir toda relación social, todo trabajo colectivo, y reducir al hombre al aislamiento, o sea, a una condición peor que la del salvaje.

Asimismo se entiende por Estado la administración suprema de un país, el poder

central diferente del poder provincial o municipal, y por este otro sentido se figuran que los anarquistas queremos una simple descentralización territorial, dejando en tal estado el principio de gobierno, y confunden de este modo la anarquía con el comunalismo o con el cantonalismo.

Estado significa, en fin, condición, manera de ser, régimen de vida social, etc.; y por esto decimos, por ejemplo, que *es preciso cambiar el estado económico de la clase obrera o* que *el estado anárquico es el único estado social fundado sobre la base de solidaridad,* y otras frases por el estilo que, en nuestros labios, ya que por otra parte decimos que aspiramos a la abolición del Estado, pueden, a primera vista, parecer paradójicas y contradictorias.

Por estas razones opinamos que es conveniente emplear lo menos posible la expresión *abolición del Estado, y* reemplazarla por esta otra, más clara y más concreta: *abolición del gobierno.*

Se ha dicho que anarquía significa sociedad sin gobierno.

Mas, ¿es posible, es deseable, es conveniente la supresión del gobierno?

Veámoslo.

La tendencia metafísica —una enfermedad por la cual el hombre, luego de haber separado, por lógico proceso de su ser, sus cualidades, experimenta una alucinación especial que le hace tomar la abstracción resultante por un ser real—, hemos dicho, sigue haciendo presa en el cerebro de la generalidad de nuestros contemporáneos, no obstante los golpes certeros de la ciencia positiva, y es la que determina en muchos la concepción del gobierno como un ente moral con ciertos atributos de razón, de justicia, de equidad, que son independientes de las personas encargadas de la función gubernamental. Para estas gentes, el gobierno, o, de un modo más abstracto, el Estado, es el poder social abstracto; es el representante, abstracto siempre, de los intereses generales; es la expresión del derecho de todos, considerado como límite del derecho de cada uno.

Esta manera de comprender el gobierno, cualquiera que sea su forma, y salvo siempre el principio de su autoridad, es defendida por aquellos a quienes interesa, y sobrevive a los errores de todos los partidos que se suceden en el ejercicio del poder.

Para nosotros, el gobierno es el conjunto de gobernantes, y gobernantes —rey, presidente, ministros, diputados, etc.— son todos los que poseen la facultad de hacer leyes para regular las relaciones de los hombres entre sí y hacer que se cumplan; de decretar y distribuir los impuestos; de obligarnos al servicio militar; de juzgar y castigar a los contraventores de las leyes; de someter a reglas, registrar y sancionar los contratos privados; de monopolizar ciertas ramas de la producción y ciertos servicios públicos, o, si así lo desean, todos los servicios y toda la producción; de declarar la guerra o ultimar la paz con los gobiernos de las otras naciones; de otorgar

o negar franquicias y otra multitud de cosas por el estilo. Gobernantes son, en resumen, todos aquellos que tienen la facultad, en mayor o menor grado, de valerse de la fuerza social, es decir, de la fuerza física, intelectual y económica de todos, para obligarles a hacer lo que ellos quieran. Y esta facultad constituye, en concepto nuestro, el principio gubernamental, el principio de autoridad. Mas, ¿cuál es la razón de ser del gobierno? ¿Por qué depositar en vanos individuos la libertad y la iniciativa propias? ¿Por qué proporcionarles esa facultad de valerse de la voluntad de cada uno, para que de ella dispongan según les acomode? ¿Están tan excepcionalmente dotados como para poder con alguna apariencia de razón reemplazar a la masa y atender todos los intereses de los hombres mejor que pudieran atenderlos ellos mismos? ¿Son infalibles e incorruptibles hasta el extremo de poderles fiar, con alguna prudencia, la suerte de cada uno y la de todos, confiando en su ciencia y en su bondad?

Y aun cuando existieran hombres de una bondad y un saber infinitos, y aunque, por una hipótesis que no se ha realizado nunca en la historia, y que a nosotros nos parece de imposible realización, el poder gubernativo fuese encomendado a los más capaces y mejores entre los más buenos, ¿añadiría la posesión del gobierno alguna cosa a su potencia benéfica, o más bien la paralizaría y destruiría por la necesidad en que están todos los hombres en las esferas del poder de ocuparse de innumerables cosas que no entienden, y sobre todo, de emplear la mejor parte de su energía en mantenerse en el poder, contentar a los amigos, tener a raya a los descontentos y someter a los rebeldes?

Todavía no es esto todo; buenos o malos, sabios o ignorantes, ¿qué son los que gobiernan? ¿Qué es lo que les indica para función tan elevada? ¿Impónense por sí mismos en virtud del derecho de guerra, de conquista, o de revolución? Y en tal caso, ¿quién garantizará al pueblo que se inspirarán en la general utilidad?

Pero, si todo es asunto de usurpación, no resta a los vencidos y a los descontentos otra cosa que la apelación a la fuerza para cambiar la marcha del juego. ¿Son los elegidos entre una cierta clase o partido? En caso tal, triunfarán sin duda alguna los intereses y las ideas de aquella clase o de aquel partido, y la voluntad y los intereses de los otros serán sacrificados. ¿Son, en fin, elegidos por sufragio universal? El solo criterio, entonces, es el número, el cual no es prueba ni de razón, ni de justicia, ni de capacidad.; Los elegidos serán siempre los que mejor sepan engañar a la masa, y la minoría, que puede hallarse constituida por la mitad menos uno, quedará, lo mismo que antes, destinada al sacrificio. Y esto, sin contar que la experiencia ha demostrado la imposibilidad de hallar un mecanismo electoral por el que los elegidos sean por lo menos representantes verdaderos de la mayoría.

Muchas y diferentes son las teorías merced a las cuales se ha tratado de explicar y justificar la existencia del gobierno. Pero todas se basan en el prejuicio, fundado o no,

de que los hombres tenemos intereses contrarios y que, por consiguiente, se necesita una fuerza externa, superior, para obligar a los unos a respetar los intereses de los otros, dictando e imponiendo aquellas reglas de conducta que mejor armonicen los intereses en lucha y permitan a cada uno hallar el máximo de satisfacción con el menor sacrificio posible.

Si los intereses, dicen los teólogos del autoritarismo, las tendencias y los deseos de un individuo se hallan en oposición con los de otro individuo o con los de toda la sociedad, ¿quién tendrá derecho y suficiente poder para obligar al uno a respetar los intereses del otro? ¿Quién podrá impedir al simple ciudadano que viole la voluntad general? La libertad de cada cual, dicen, tiene por límite la voluntad de los demás; pero, ¿quién establecerá este límite y lo hará respetar? Los naturales antagonismos de intereses y pasiones, hicieron nacer la necesidad del gobierno y justificaron la autoridad como fuerza moderadora en la lucha social y determinadora de los derechos y deberes de cada uno.

Esa es la teoría; pero la teoría, para ser justa, debe fundarse en hechos y explicarlos, y no como la economía política, que con demasiada frecuencia ha inventado las teorías para justificar los hechos, es decir, para defender el privilegio y hacerlo aceptar tranquilamente por todas sus víctimas.

Atengámonos, pues, a los hechos. En todo el curso de la historia, así como en la época presente, el gobierno, o es la dominación brutal, violenta, arbitraria, de unos pocos sobre la mayoría, o bien es un instrumento pronto para asegurar el dominio y el privilegio de los que, por la fuerza, por astucia o por violencia, se han apoderado de todos los medios de vida, principalmente del suelo, con el fin de mantener de tal modo al pueblo en la servidumbre y obligarle a trabajar para sí mismos.

Los hombres son oprimidos de diversas maneras: o directamente, con la fuerza brutal, con la violencia física, o de un modo indirecto, despojándoles de los propios medios de subsistencia y obligándoles así a rendirse a discreción.

La primera opresión dio origen al poder, o sea, al privilegio político; la segunda hizo nacer el peder o privilegio económico.

También se oprime a los hombres de otro modo: influyendo sobre su inteligencia y su sentimiento, lo que constituye el poder religioso o universitario. Mas como el espíritu no existe sino como resultante de las fuerzas materiales, así la mentira y las corporaciones constituidas para propagarla no tienen razón de ser sino como consecuencia del privilegio político y económico, y son un medio de defenderlo y consolidarlo.

En las sociedades primitivas, poco numerosas y de relaciones poco complicadas, cuando una circunstancia cualquiera impidió que se establecieran costumbres de solidaridad, o destruyó las que existían estableciendo el dominio del hombre sobre el hombre, los dos poderes, el político y el económico, halláronse reunidos en unas

mismas manos, que podrían ser las de un solo hombre. Los que vencían por la fuerza, disponían de las personas y de las cosas de los vencidos y los obligaban a servirles, a trabajar para ellos, y hacer en todo lo que éstos tenían por conveniente. Eran los vencedores a la vez propietarios, legisladores, jueces y verdugos.

Pero al ensancharse la sociedad, aumentaron las necesidades, se complicaron las relaciones sociales, llegando a hacerse imposible, por esta causa, la existencia prolongada de un despotismo semejante. Los dominadores, o por seguridad, o bien por encontrarlo más cómodo, o por imposibilidad de proceder de otra manera, se ven en la necesidad de apoyarse por una parte en una clase privilegiada, en cierto número de individuos cointeresados en su dominio, y de dejar, por otra parte, que cada cual provea como le sea posible su propia existencia, reservándose para sí el supremo dominio, que es el derecho de disfrutar todo lo más posible y la manera de saciar la vanidad del mando.

Así, al abrigo del poder, por su protección y complicidad, y con frecuencia por su ignorancia y por causas que escapan a sus dominios, se desarrolla la riqueza privada, es decir, la clase de propietarios, la cual, concentrando poco a poco en sus manos todos los medios de producción, la verdadera fuente de la agricultura, industria, comercio, etc., acaba por constituir un poder que, por la superioridad de sus medios y la gran masa de inteligencia que abarca, concluye siempre por someter más o menos abiertamente al poder político, es decir, al gobierno, y convertirlo en su propio guardián.

Este fenómeno se ha repetido en la historia con frecuencia. Toda vez que por invasión u otra cualquiera empresa militar, la violencia física, brutal, ha hecho presa en una sociedad, los vencedores han tendido siempre a concentrar en sus manos el gobierno y la propiedad. Mas siempre también la necesidad experimentada por el gobierno de conseguir la complicidad de una clase potente, las exigencias de la producción, la imposibilidad de ordenarlo y dirigirlo todo, establecieron la propiedad privada, la división de los dos poderes y con ella la dependencia efectiva entre los que tenían en sus manos la fuerza, el gobierno, y los que disponían del origen mismo de la fuerza, la propiedad. El gobierno acaba siempre y fatalmente por constituirse en guardián del propietario.

Mas este fenómeno nunca se acentúa tanto como en la época moderna. El desarrollo de la producción, la inmensa difusión del comercio, la desmesurada potencia que ha conquistado el dinero y todos los hechos económicos provocados por el descubrimiento de América, la invención de las máquinas, etc., aseguraron tal supremacía a la clase capitalista, que no satisfecha ésta con disponer del apoyo del gobierno, ha querido que éste llegue a salir de su propio seno.

Un gobierno que se derivaba del derecho de conquista —*derecho divino*, según los reyes y sus secuaces—, por cuanto se sobreponía a la clase capitalista, conservaba

siempre un continente altanero y despreciativo ante sus antiguos esclavos, luego de enriquecidos, y hacía alarde de sus veleidades de independencia y dominación: semejante gobierno, claro está, era defensor y guardián de los propietarios, pero era de aquellos defensores y guardianes que se dan importancia y hacen siempre el arrogante con los que deben escoltar y defender, cuando no los desvalijan y atormentan. La clase capitalista, naturalmente, conspiró por reemplazar tal guardián y defensor, con medios más o menos violentos, por otro defensor salido de sus mismas gentes, compuesto por miembros de su clase, siempre bajo su vigilancia y organizado especialmente para defender la clase, contra las posibles reivindicaciones de los desheredados.

De aquí el origen del sistema parlamentario moderno.

En la actualidad, el gobierno, compuesto de propietarios y de gentes de su devoción, se halla a merced en todo de los propietarios mismos, y tanto es así, que los más ricos desdeñan con frecuencia formar parte de él. Rotschild no tiene ninguna necesidad de ser diputado ni ministro; bástale tener bajo su dependencia a ministros y diputados.

En bastantes países, el proletariado tiene nominalmente una participación mayor o menor en la designación del gobierno. Es una concesión que la burguesía ha hecho, bien por valerse del concurso popular en la lucha contra la realeza y la aristocracia, o bien por distraer al pueblo de sus deseos de emancipación dándole una apariencia de soberanía. Mas, lo preveyese o no, la burguesía, cuando por vez primera concedió al pueblo el derecho al voto, la verdad es que tal derecho se ha tornado excesivamente irrisorio y bueno solamente para consolidar el poder de la burguesía, dando a la parte más enérgica del proletariado la ilusoria esperanza de ocupar el poder.

Hasta con el sufragio universal, y se puede decir que especialmente por el sufragio universal, el gobierno continúa siendo el siervo y el guardián de la burguesía.

Si otra cosa ocurriera, si el gobierno llegase a serle hostil, si la democracia no pudiese nunca ser más que un fuego fatuo para engañar al pueblo, la burguesía, amenazada en sus intereses, se apresuraría a rebelarse y concentraría toda la fuerza y toda la influencia que se deriva de la posesión de la riqueza, para reducir al gobierno a las funciones de un simple siervo suyo. En todos los tiempos y en todos los lugares, cualquiera que sea el nombre que tome el gobierno, cualquiera que sea su origen y su organización, su función esencial es, siempre, oprimir y explotar a la masa y defender a los opresores y explotadores; y sus órganos principales, característicos, indispensables, son el policía y el recaudador, el soldado y el carcelero, a los cuales se une espontáneamente el mercader de mentiras, sacerdote o profesor, pagado y protegido por el gobierno para educar los espíritus y hacerles dóciles al yugo gubernamental.

Ciertamente que a estas funciones primitivas, a estos órganos esenciales del gobierno, se han agregado, en el curso de la historia, otras funciones y otros órganos.

Admítase, sin embargo, que no haya habido jamás en un país algo civilizado un gobierno que desempeñase las funciones opresoras y expoliadoras y que no se atribuyese sino a las verdaderamente útiles e indispensables a la vida social. Esto no destruye el hecho de que el gobierno es por naturaleza opresor y expoliador, y que por su origen y su posición, se ve inclinado fatalmente a defender y consolidar la clase dominante; por el contrario, lo afirma y lo hace más significativo.

En realidad, el gobierno toma a su cargo, en más o en menos proporción, la protección de la vida de los ciudadanos contra los ataques directos y brutales; reconoce y legaliza cierto número de derechos y deberes primordiales y usos y costumbres, sin los cuales es imposible vivir en sociedad; organiza y dirige ciertos servicios públicos, como las comunicaciones, la higiene, el reparto de aguas, la bonificación y protección forestal, etc., funda casas de huérfanos y hospitales, y se complace con frecuencia de mostrarse, sólo en apariencia, desde luego, protector del pobre y del débil. Pero basta observar cómo y por qué causa cumple el gobierno esta misión y desarrolla sus funciones, para dar en seguida con la prueba experimental, práctica, de que todo lo que hace se inspira siempre en el espíritu de dominación y tiende a defender, ensanchar y perpetuar sus propios privilegios, así como los de la clase que representa y defiende.

Un gobierno no puede durar mucho tiempo sin ocultar su naturaleza bajo un pretexto de general utilidad; no puede hacer respetar la vida de los privilegiados sin darse aires de hacer respetar la de todo el mundo; no puede hacer aceptables los privilegios de algunos, sin fingirse guardador de los derecho? de todos.

«La ley —dice Kropotkin— y todos los que hicieron la ley —el gobierno— utilizaron los sentimientos sociales del hombre para hacer pasar como preceptos morales, que aceptaban los hombres, lo que era útil a la minoría explotadora y contra lo cual se hubiese aquél rebelado ciertamente en caso contrario.»

No puede el gobierno desear que la sociedad se desorganice, porque a él y a la clase dominadora les faltaría entonces el material de explotación; no puede consentir que por sí misma se rija, que se gobierne sin intervención oficial, porque en ese caso el pueblo no tardaría en percatarse de que el gobierno sólo sirve para defender a los propietarios, y se apresuraría a desembarazarse del gobierno y de los propietarios.

En la actualidad, frente a las insistentes y amenazadoras reclamaciones del proletariado, los gobiernos tienden a intervenir en las relaciones de obreros y patronos, con lo que procuran desviar el movimiento obrero e impedir, con algunas engañosas reformas, que los pobres se tomen por sí mismos lo que es suyo, esto es, una parte de bienestar igual a la que todos disfrutan.

Se hace necesario, además, tener en cuenta, por una parte, que los burgueses *y*

propietarios se hallan siempre en guerra unos con otros y tratan de devorarse mutuamente, y por otra, parte, que el gobierno, hijo de la burguesía y siervo protector de ella, tiende como todo protector y todo siervo, a emanciparse y a dominar a su protegido. De aquí que el juego de prestidigitación, el tira y afloja, el acto de echar al pueblo contra los conservadores y a los conservadores contra el pueblo, que es de los gobiernos toda la ciencia, sea lo que engañe a las gentes sencillas y perezosas que esperan que la salvación les venga de lo alto.

Con todo esto, la naturaleza del gobierno no cambia. Si se muestra regulador y garantía de los deberes y derechos de cada cual, pervierte el sentimiento de justicia, toda vez que califica de delito y castiga todo lo que ofende o amenaza los privilegios de los potentados y de los propietarios, y declara justa, legal, la más feroz explotación de los miserables, el lento y constante asesinato material y moral cometido por los que todo lo poseen en las personas de los que no poseen nada.

Si se convierte en administrador de los servicios públicos, se cuida señaladamente de los intereses de su clase; de los de la clase trabajadora, nada más que lo necesario para que dicha clase consienta en pagar.

Si se mete a enseñar, prohíbe la propaganda de la verdad, y tiende a preparar el cerebro y el corazón de los niños para que lleguen a ser tiranos implacables o dóciles esclavos, según la clase a que pertenezcan. En manos del gobierno, todo se convierte en medio de explotación, todo se traduce en instituciones de policía, útiles únicamente para tener dominado al pueblo.

Y es natural que sea así. Si la vida de los hombres consiste en la lucha entre sí mismos, habrá, naturalmente, vencidos y vencedores y el gobierno, que es el premio de la contienda o un medio para asegurarse los vencedores el resultado de la victoria y perpetuarla, ya se libre el combate en el terreno de la fuerza física e intelectual, o bien en el económico. Y los que en lucha intervinieran para vencer y asegurarse mejores rendimientos que los otros y conquistar privilegios y dominios, juntamente con el poder, una vez alcanzada la victoria, no harán uso de ella para defender los derechos de los vencidos y fijar límites a sus propias facultades arbitrarias y a las de sus partidarios y amigos.

El gobierno, o como suele decirse, el Estado, justiciero, moderador desinteresado de los bienes del público, es una mentira, es una ilusión, es una utopía nunca realizada y nunca realizable.

Si en realidad los intereses de los hombres debieran ser contrarios; si en realidad la lucha entre los hombres fuese ley necesaria de la sociedad humana y la libertad de cada uno tuviese su límite en la libertad de los otros, entonces cada uno trataría de hacer triunfar sus propios intereses sobre los intereses de los demás, cada uno por sí procuraría hacer mayor la libertad propia a expensas de la voluntad de los otros, y existiría el gobierno, no ya porque fuese más o menos útil a la totalidad de los

miembros sociales, sino porque los vencedores habrían de asegurarse los frutos de la victoria, sometiendo fuertemente a los vencidos y librarse de la incomodidad de ocuparse constantemente de la defensa, confiando esta labor a los hombres especialmente adiestrados en el arte de gobernar.

Vedase así ¡a humanidad destinada a perecer o a agitarse eternamente entre la tiranía de los vencedores y la rebelión de los vencidos.

Afortunadamente, el porvenir de la humanidad es más risueño, porque es más dulce la ley que lo gobierna.

Esta ley es la *Solidaridad*.

Tiene el hombre por propiedad fundamenta], necesaria, el instinto de la propia conservación, sin el cual ningún ser vivo existiría, y el instinto de la conservación de la especie, sin el cual ninguna especie se hubiera podido formar y subsistir. Se ve, pues, naturalmente impulsado a defender la existencia y el bienestar de sí mismo y de su progenie contra todo y contra todos.

Dos maneras hay en la naturaleza, para los seres vivos, de asegurarse la existencia y hacerla más y más agradable: es la primera la lucha individual contra los elementos y contra los individuos de la misma especie, o de especie distinta; la segunda es el apoyo mutuo, la cooperación, que puede también llamarse la asociación para la lucha, contra todos los factores naturales opuestos a la existencia, desenvolvimiento y bienestar de los asociados.

No trataremos de indagar aquí, ni es preciso para nuestro objeto, ahora, qué parte tienen respectivamente en la evolución del reino orgánico los dos principios de la lucha y de la cooperación. Basta hacer constar que en la humanidad la cooperación —forzosa o voluntaria— ha sido el único medio de progreso, de perfeccionamiento, de seguridad, y que la lucha —resto atávico— ha sido absolutamente incapaz de favorecer el bienestar de los individuos y ha causado, en cambio, el mal de todos, vencidos y vencedores.

La experiencia, acumulada y transmitida de generación en generación, ha enseñado al hombre que, uniéndose a sus iguales, su conservación está mejor asegurada y su bienestar aumenta.

Así, como consecuencia de la misma lucha por la vida, sostenida contra la naturaleza circundante y contra los individuos de la misma especie, se ha desarrollado en el hombre el instinto social, que ha transformado completamente las condiciones de su existencia. Gracias a esto mismo ha podido el hombre salir de la animalidad, adquirir gran potencia y elevarse tan por encima de los otros animales.

Muchas causas han concurrido y contribuido a la formación de este instinto social que, partiendo de la base animal, del instinto de la conservación de la especie, que es el instinto social limitado a la familia natural, ha llegado a su más elevado grado de

intensidad y extensión y constituye el fondo mismo de la naturaleza moral del hombre.

Este, aunque descendiente de los tipos inferiores de la animalidad, débil y desarmado para la lucha individual contra las bestias carnívoras, pero con un cerebro capaz de gran desenvolvimiento, un órgano vocal apto para expresar con ayuda de varios sonidos las distintas vibraciones cerebrales, y manos especialmente adecuadas para dar forma a capricho a la materia, debía sentir muy pronto la necesidad y las ventajas de la asociación. Así cabe decir que sólo entonces pudo abandonar la animalidad, al hacerse social y adquirir el uso de la palabra, que es a la vez consecuencia y factor poderoso de la sociabilidad.

El número relativamente corto de la especie humana, haciendo menos áspera, menos continua, menos necesaria, la lucha por la existencia entre hombre y hombre, aun fuera de la asociación, debía favorecer mucho el desarrollo de los sentimientos de simpatía y dejar tiempo para que la utilidad del mutuo apoyo se pudiese conocer y apreciar.

Por último, la capacidad adquirida por el hombre, gracias a su primitiva cualidad aplicada en cooperación con un número más o menos grande de asociados, de modificar al medio ambiente externo y adaptarlo a las propias necesidades; la multiplicación de los deseos al aumentar con los medios de satisfacerlos y convertirlos en necesidades; la partición del trabajo, consecuencia de la explotación metódica de la naturaleza en provecho del hombre, han hecho que la vida social sea el ambiente necesario del individuo, que no pueda vivir sin él, que cayera, viviendo fuera de él, otra vez en el estado de animalidad primitiva.

Y al afirmarse la sensibilidad con la multiplicación de las relaciones por la costumbre impresa en la especie, merced a la transmisión hereditaria en millares de siglos, esta necesidad de la vida social, de cambio de pensamientos y de afectos entre hombre y hombre, se ha convertido en una manera de ser necesaria de nuestro organismo, se ha metamorfoseado en simpatía, en amistad, en amor, y subsiste independientemente de las ventajas materiales debidas a la asociación, tanto, que para satisfacerla, se afrontan mil sufrimientos y hasta la muerte.

En resumidas cuentas, las grandiosas ventajas que la asociación reporta al hombre; el estado de inferioridad física, por completo desproporcionada a su superioridad intelectual, en que se halla frente a frente de los animales dañinos; la posibilidad para el hombre de asociarse a un número siempre creciente de individuos y en relaciones cada vez más íntimas y complejas, hasta extender la asociación a toda la humanidad y a la vida toda, y principalmente la posibilidad que tiene también de producir, trabajando en cooperación con otros, más de lo que necesita para existir, y los sentimientos de afecto que de todo esto se derivan, han dado a la lucha por la vida un carácter completamente distinto de la lucha general, que tiene efecto entre los

demás animales.

Por otra parte, se sabe en la actualidad —y las investigaciones de los naturalistas modernos aportan de ello más pruebas cada día— que la cooperación ha tenido y tiene en el desarrollo del mundo orgánico una parte importantísima que no sospechaban los que se proponían justificar el reino de la burguesía por medio de la teoría de Darwin, bastante inútilmente, porque la distancia entre la lucha humana y la lucha animal es enorme y proporcional a la distancia que separa al hombre de las bestias. Estas combaten individualmente, y con más frecuencia en pequeños grupos fijos y transitorios contra la naturaleza, e incluso contra los demás individuos de su propia especie. Hasta los animales más sociables, como la abeja y la hormiga, son solidarios si se encuentran en un mismo hormiguero o en una misma colmena; pero pelean o permanecen indiferentes con las demás comunidades de su misma especie. La batalla humana, en cambio, tiende siempre a ensanchar la asociación entre los hombres, a solidarizar sus intereses, a desarrollar los sentimientos de amor de cada uno hacia todos los otros, a vencer y a dominar la naturaleza externa con y para la humanidad.

Toda contienda encaminada a conquistar beneficios independientemente de los otros hombres y en su perjuicio, contradice la naturaleza sociable del hombre moderno, y tiende a devolverlo a su primitiva animalidad.

La *solidaridad*, es decir, la armonía de los intereses y de los sentimientos, el concurso de cada uno en el bien de todos, y el de todos en provecho de cada uno, es el estado en que el hombre puede únicamente manifestar su naturaleza y obtener el máximo de desarrollo en el máximo de bienestar. Esta es la meta hacia la cual camina la humana evolución; es el principio superior que resuelve todos los actuales antagonismos, entre tanto insolubles, y hace que la libertad de cada uno no halle un límite, sino un complemento y las condiciones necesarias de existencia, en la libertad de los demás.

Bakunin ha dicho:

«Ningún individuo puede reconocer su propia humanidad, ni, por consiguiente, realizarla en la vida, sino reconociéndola en los otros y cooperando a la realización de tal objetivo. Ningún hombre se puede emancipar como no sea emancipando a la vez a cuantos le rodean. Mi libertad es la libertad de todos, porque yo no soy realmente libre, libre no sólo en la teoría, sino también en los hechos, mas que cuando mi libertad y mi derecho hallan su conformación y la sanción suya en la libertad y en el derecho de todos mis iguales.

»Mucho me importa lo que son los otrosí hombres, pues que por independiente que parezca o me juzgue por mi posición social, aun cuando sea papa, rey o emperador, no soy más que el producto incesante de lo que son los restantes hombres entre sí. Si son ignorantes, miserables y esclavos, mi existencia se determina por su

ignorancia, por su miseria y por su esclavitud. Yo, hombre iluminado e inteligente, por ejemplo, soy estúpido a causa de su estupidez; valeroso, soy esclavo por su esclavitud; privilegiado, palidezco ante su justicia; rico, temo a su miseria y tiemblo ante ella. Yo que quiero ser libre, no puedo serlo porque a mi alrededor todos los hombres no quieren ser libres a su vez, y no queriéndolo, se transforman para mí en instrumento de opresión.»

La solidaridad es, pues, la condición en la cual el hombre encuentra el mayor grado de seguridad y de bienestar; y por eso mismo el egoísmo, es decir, la consideración exclusiva del propio interés empuja al hombre a la solidaridad, o mejor dicho, egoísmo y altruismo, consideración de los intereses de los demás, se confunden en un solo sentimiento, como se confunden en uno el interés individual y el interés social.

Pero el hombre no podía de un golpe pasar de la animalidad a la humanidad, de la lucha brutal entre hombre y hombre a la lucha solidaria de todos los hombres contra la naturaleza exterior. Guiado por las ventajas que presenta la asociación y consiguiente distribución de trabajos, el hombre evolucionaba hacia la solidaridad; mas esta evolución encontró un obstáculo que la desvió y la desvía aun hoy de su finalidad; el hombre, cuando menos hasta cierto punto y por las necesidades materiales y primitivas, que eran las que entonces sentía únicamente, descubrió que podía realizar las ventajas de la cooperación sometiendo a los otros hombres en lugar de asociarles; y como todavía eran potentes en él los instintos feroces y antisociales heredados de la animalidad originaria, obligó a los más débiles a trabajar para él, prefiriendo la dominación a la asociación.

Tal vez en la mayoría de los casos, por la explotación de los vencidos, empezó el hombre a comprender los beneficios de la asociación, la utilidad que podía recabar de su semejante.

Así, pues, la presencia de la utilidad de la cooperación, que debía llevar al triunfo de la solidaridad en todas las relaciones humanas, nos ha conducido por el contrario a la propiedad individual y al gobierno, es decir, a la explotación del trabajo de todos en provecho de unos cuantos privilegiados.

La asociación fue siempre la cooperación, fuera de la cual no hay vida humana posible; pero un sistema de cooperación impuesto y reglamentado por unos pocos en provecho de sus intereses particulares ha falseado por completo el principio de asociación.

De este hecho se deriva la gran contradicción —que ocupa toda la historia del género humano— entre la tendencia a asociarse y fraternizar para la conquista y la adaptación del mundo exterior a las necesidades del hombre y para la satisfacción de los sentimientos de afecto, y la tendencia a dividirse en tantas unidades separadas y hostiles cuantas son las agrupaciones determinadas por las condiciones geográficas y

etnográficas, cuantas las posiciones sociales y económicas, cuantos los hombres que aciertan a conquistar una ventaja y quieren asegurarla y aumentarla, cuantos los que esperan la posesión del privilegio, cuantos sufren una injusticia y se rebelan y tratan de redimirse.

El principio *cada uno para sí*, que es la guerra de todos contra todos, ha venido en el curso de la historia a complicar, a desviar, a paralizar la guerra de todos contra la naturaleza en pro del mayor bienestar de la especie humana, que sólo puede tener éxito basándose en el principio: *todos para uno, uno para todos*.

Muchos y muy grandes son los males que ha sufrido la humanidad por la intrusión de la tendencia dominadora y explotadora en la asociación humana. Mas a pesar de la atroz opresión, a pesar de la miseria, a pesar de los vicios, de los delitos, de la degradación que la miseria y la esclavitud han producido a esclavos y amos a pesar de los odios acumulados, a pesar de la guerra exterminadora, a pesar del antagonismo de los intereses, artificialmente creados, el instinto, social ha sobrevivido y se ha desarrollado.

Siendo siempre la cooperación condición precisa para que el hombre pudiese luchar con éxito contra el mundo exterior, fue asimismo la causa permanente de la aproximación de los sentimientos de simpatía entre todos los hombres. La misma opresión de las masas ha hecho que los oprimidos fraternicen entre sí; y ha sido sólo merced a la solidaridad, más o menos consciente, más o menos intensa, que siempre ha existido entre los oprimidos, como éstos han podido soportar la opresión; a ella se debe también que la humanidad haya resistido a las causas de muerte que en ella, originadas de la opresión, se han introducido.

En la actualidad, el desarrollo que ha adquirido la producción, el acrecentamiento de aquellas necesidades que no se pueden satisfacer sino mediante el concurso de gran número de hombres de todos los países, los medios de comunicación, la costumbre de viajar, la literatura, el comercio, hasta la guerra, han estrechado y estrechan más cada vez a la especie humana en un solo cuerpo, cuyas partes, entre sí solidarias, sólo pueden hallar su plenitud y libertad de desarrollo en la salud de las otras partes y del todo.

Los habitantes de Nápoles están tan interesados en la limpieza de su población como en el mejoramiento de las condiciones higiénicas de la ciudad del Ganges, de donde el cólera procede. El bienestar, la libertad, el porvenir de un montañés extraviado entre las gargantas de los Apeninos, no sólo dependen del estado de bienestar o de miseria en que se hallen los habitantes de su lugar; no sólo dependen de las condiciones generales del pueblo italiano, sino que dependen también del estado de los trabajadores en América o en Australia, de los descubrimientos que pueda hacer un hombre de ciencia de Sidney, de las condiciones morales y materiales del pueblo chino, de la guerra o de la paz en África, de toda la suma de

circunstancias, grandes o pequeñas, que en lugar cualquiera del universo se den en *un* determinado ser humano.

En las presentes condiciones de la sociedad, la vasta solidaridad que a todos los hombres une, es en gran parte inconsciente, porque surge de un modo espontáneo de la rutina de los intereses particulares, mientras los hombres se preocupan poco o nada de los intereses generales. Y esta es la prueba más clara de que la solidaridad es la ley natural de la humanidad, que se manifiesta y se impone a pesar de todos los obstáculos, a pesar de todos los antagonismos hijos de la actual constitución social.

Por otra parte, la masa oprimida, que ya no se resigna completamente a la opresión y a la miseria, y que hoy más que nunca se muestra ansiosa de justicia, de libertad, de bienestar, empieza a comprender que no podrá emanciparse sino por medio de la unión, de la solidaridad entre los oprimidos, entre los explotados de todo el mundo. Y comprende también que es condición imprescindible de su emancipación la posesión de los medios de producir, del suelo y de los instrumentos de trabajo, y por consiguiente la abolición de la propiedad individual. Además, la ciencia, la observación de los fenómenos sociales, demuestra que tal abolición sería de grandísima utilidad para los mismos privilegiados con que quisieran tan sólo renunciar a su propósito de dominación y concurrir con todos al trabajo por el bienestar común.

Ahora bien: si un día la masa oprimida se negara a trabajar para los demás, y arrancase a los propietarios la tierra y los instrumentos de trabajo, y quisiera utilizar estos elementos por su cuenta y en provecho propio, es decir, en beneficio de todos; si no quisiera sufrir por más tiempo la dominación ni de la fuerza brutal ni del privilegio económico; si la fraternidad popular, el sentimiento de solidaridad humana, reforzada por la mancomunidad de los intereses, pusiese fin a la guerra a la conquista, ¿qué razón de ser tendría el gobierno?

Abolida la propiedad individual, el gobierno, que es su defensor, debería desaparecer. Si, por el contrario, sobreviviese, tendería constantemente a reconstituir, bajo una forma cualquiera, una clase privilegiada y opresora.

La abolición del gobierno no significa, no puede significar el rompimiento de los lazos sociales Muy al contrario, la cooperación, que actualmente es ventajosa sólo para unos cuantos, sería libre, ventajosa y voluntaria para todos, y por eso se haría mucho más intensa y eficaz.

El instinto social, el sentimiento de solidaridad se desarrollaría en un grado mucho más alto, y cada hombre haría cuanto pudiese por el bien de los otros hombres, tanto por satisfacer sus sentimientos de afecto, cuanto por bien entendido interés propio.

Del libre concurso de todos, mediante la asociación espontánea de los hombres con arreglo a sus simpatías y necesidades, de abajo arriba, de lo simple a lo

compuesto, partiendo de los intereses más inmediatos para llegar luego a los más lejanos y generales, surgiría una organización social que tendría por fin el mayor bienestar y la mayor libertad de todos, reuniría a toda la humanidad en fraternal lazo y se modificaría y mejoraría conforme se modificasen las circunstancias y las enseñanzas de la experiencia.

Esta sociedad de hombres libres, esta sociedad de amigos, es la *Anarquía*.

Hasta aquí se ha considerado el gobierno tal como es, tal como ha de ser necesariamente en una sociedad fundada en el privilegio, en la explotación y en el despotismo del hombre por el hombre, en el antagonismo de intereses, en la lucha intersocial; en una palabra, en la propiedad individual.

Se ha visto cómo el estado de lucha, lejos de ser una condición necesaria de la vida de la humanidad, es contraria a los intereses, a los individuos y a la especie humana; se ha visto que la cooperación es la ley del progreso humano; y hemos deducido de todo ello que, aboliendo la propiedad individual y todo predominio del hombre sobre el hombre, el gobierno pierde toda su razón de ser y debe abolirse.

«Pero —se nos podrá decir—, cambiando el principio en que hoy se basa la organización social, substituida la lucha por la solidaridad, la propiedad individual por la propiedad común, el gobierno cambiaría a su vez de naturaleza y, en lugar de ser protector y representante de los intereses de una clase, sería, porque ya no habría clases, el representante de todos los intereses de toda la sociedad. Tendría la misión de asegurar y regular, en interés de todos, la cooperación social, desempeñar los servicios públicos de general importancia, defender a la sociedad de las posibles tentativas de restablecimiento del privilegio y reprimir los atentados que cualquiera cometiese contra la vida, el bienestar o la libertad de cada uno y de todos.

»En la sociedad hay funciones demasiado necesarias, que requieren mucha constancia y gran regularidad para que puedan ser abandonadas a la voluntad libre de los individuos, sin peligro de que cada cosa tire por su lado.

»¿Quién organizaría y quién aseguraría, de no ser un gobierno, los servicios de alimentación, de distribución, de higiene, de comunicaciones postales y telefónicas, de transportes, etcétera, etcétera?

»¿Quién cuidaría de la instrucción popular?»

»¿Quién emprendería los grandes trabajos de exploración, de bonificación, de aspecto científico, que transforman la faz de la tierra y multiplican las fuerzas humanas?

»¿Quién atendería a la conservación y aumento del capital social para transmitirlo, mejorado, a la futura humanidad?

»¿Quién impediría la devastación de los montes, la explotación irracional y, por consiguiente, el empobrecimiento del suelo?

»¿Quién tendría la facultad de prevenir y reprimir los delitos, los actos antisociales?

»¿Y los que, faltando a la ley de solidaridad, no quisiesen trabajar? ¿Y los que esparciesen la infección en un país, negándose a someterse a las reglas higiénicas prescritas por los hombres de ciencia? ¿Y los que, locos o cuerdos, intentasen prender fuego a las meses violar a las niñas o abusar de los más débiles por su fuerza física superior?

»Destruir la propiedad individual y abolir los gobiernos existentes, sin reconstituir luego un gobierno que organizase la vida colectiva y asegurase la solidaridad social, no sería abolir los privilegios y dar al mundo la paz y el bienestar; sería romper todo lazo social, volver a la humanidad a la barbarie, al reino del *cada uno para sí*, que es el triunfo de la fuerza brutal primero y del privilegio económico después.»

He ahí las objeciones que nos hacen los autoritarios, aun cuando sean socialistas, es decir, aunque quieran la abolición de la propiedad individual y del gobierno de clase que de ella se deriva.

Responderemos a esas objeciones.

No es cierto, en primer lugar, que cambiando las condiciones sociales, el gobierno cambie de naturaleza y de funciones. Órgano y función son términos inseparables. Quítese a un órgano su función, y o el órgano muere o la función se reconstituye. Métase a un ejército en un país en el cual no haya motivos ni asomos de guerra, interna o exterior, y ese solo hecho provocará la guerra, si dicho ejército no se disuelve. Una policía donde no haya delitos que descubrir ni delincuentes que aprehender, provocará, inventará delitos y delincuentes, o bien dejará de existir.

Hay hace siglos en Francia una institución, actualmente agregada a la administración forestal —la lobetería—, cuyos empleados tienen a su cargo la destrucción de los lobos y demás animales dañinos. Nadie se sorprenderá al saber que precisamente a causa de esta institución hay en Francia lobos, que en las estaciones rigurosas hacen mil estragos. El público se ocupa poco o nada de tales fieras, porque los empleados de la administración son los que tienen este cargo; y los tales empleados organizan la caza de lobos; pero la organizan naturalmente, con inteligencia, respetando sus madrigueras y dando tiempo a la reproducción, para no exponerse a destruir una especie tan interesante.

Bien es verdad que los campesinos franceses tienen ya muy poca confianza en estos cazadores de lobos, y los consideran más bien como conservadores dentales animales. Y se comprende que así ocurra; ¿qué harían los jefes de la institución si no hubiese lobos en el territorio de la república?

Un gobierno, o lo que es lo mismo, un cierto número de personas encargadas de dictar las leyes y de valerse de la fuerza de todos para hacerlas respetar de cada uno, constituye ya una clase privilegiada y separada del pueblo. Tratará instintivamente,

como todo cuerpo constituido, de aumentar sus atribuciones, de substraerse a la dirección del pueblo, de imponer sus tendencias y de hacer predominar sus intereses particulares. Colocado en una posición privilegiada, el gobierno se encuentra ya en antagonismo con la masa de cuya fuerza dispone.

Por lo demás, un gobierno cualquiera, hasta queriéndolo, no podría contentar a todos los gobernados y habría de limitarse a contentar solamente a unos cuantos. Tendría, pues, que defenderse de los descontentos y cointeresar, por consiguiente, a una parte del pueblo para que le prestase su ayuda. Y así comenzaría nuevamente la vieja historia de una clase privilegiada, formándose con la complicidad del gobierno y que, si de una vez no se hacía dueña del suelo, acapararía ciertas posiciones de favoritismo, creadas con tal intención, y que no sería menos opresora ni menos explotadora que la clase capitalista de nuestros días.

Los gobernantes, acostumbrados al mando, no querrían volver a confundirse con la masa, y si no podían conservar el poder en sus manos, se asegurarían por lo menos la posesión del privilegio para cuando tuviesen que depositar aquél en otros individuos. Recurrirían a los medios que da el poder para que los sucesores fuesen elegidos entre sus amigos, a fin de que éstos les apoyasen y protegiesen a su vez. De este modo el gobierno pasaría de unas manos a otras, siempre las mismas en realidad, y la democracia, que es el pretendido gobierno de todos, acabaría siempre en la oligarquía es decir, en el gobierno de unos pocos, de una clase.

¡Y qué oligarquía omnipotente, opresora y absorbente sería la que tuviese a su cargo, a su disposición, todo el capital social, todos los servicios públicos, desde la alimentación hasta la confección de alpargatas, desde la universidad hasta el teatro de opereta!

Supongamos, no obstante, que el gobierno no constituye en sí una clase privilegiada y pudiese vivir sin crear a su alrededor una nueva clase de privilegiados, permaneciendo, como se pretende, en su naturaleza de representante, de siervo, si se quiere, de toda la sociedad.

¿Para qué serviría? ¿En qué y de qué manera aumentaría la fuerza, la inteligencia, el espíritu de solidaridad, el cuidado del bienestar de todos y de la humanidad venidera, que en un momento dado existiesen en una sociedad determinada?

Siempre la antigua historia del hombre con las piernas ligadas, condenado a vivir a pesar de las ligaduras y creyendo, no obstante, vivir en virtud de ellas.

Estamos acostumbrados a vivir bajo la dirección de un gobierno que acapara toda la fuerza, toda la inteligencia, toda la voluntad que puede dirigir en su provecho, y dificulta, paraliza y suprime las que le son inútiles u hostiles, y nos figuramos que todo lo que se hace en la sociedad se hace porque así lo quiere el gobierno, y que, por consiguiente, sin gobierno no habría en el cuerpo social ni fuerza, ni inteligencia, ni buena voluntad. Así, pues, como hemos dicho, el propietario que se posesiona de la

tierra, la hace cultivar en su provecho particular, dejando al trabajador lo estrictamente necesario para que pueda y quiera seguir trabajando, mientras éste piensa que no podría vivir sin el patrón o burgués, cual si éste crease la tierra y las fuerzas de la naturaleza.

¿Qué puede agregar, por sí, el gobierno a las fuerzas morales y materiales que existen en una sociedad? ¿Será acaso el dios de la Biblia que crea el mundo de la nada?

Así como nada se crea en el mundo que suele llamarse material, nada es creado tampoco en esta más complicada forma del mundo material que es el mundo social.

Por esta razón los gobernantes no pueden disponer más que de las fuerzas existentes en la sociedad, menos las que la acción gubernativa paraliza y destruye, las fuerzas rebeldes y todas las que se pierden entre las mismas forzosamente grandísimas de un mecanismo tan artificioso. Si de su parte ponen algo, pueden hacerlo como hombres, no como gobernantes. Más todavía. De aquellas fuerzas morales y materiales que quedan a disposición del gobierno, sólo una parte pequeña recibe un destino verdaderamente útil a la sociedad. Las otras se consumen en actividades represivas, para poder dominar a las fuerzas rebeldes, o son substraídas al interés general, para acumularlas en beneficio de unos pocos y en perjuicio de la mayoría de los hombres.

Mucho se ha discurrido acerca de la parte que tiene, en la vida y en el progreso de la sociedad humana respectivamente,]a iniciativa social, pero se ha embrollado tanto la cuestión, con el auxilio del artificio del lenguaje metafísico, que son muy pocos los hombres que se han atrevido a tener la osadía de afirmar que todo se rige y marcha en el mundo humano a impulsos de la iniciativa individual.

En realidad, es ésta una verdad de sentido común que aparece evidente, en cuanto se trata de percatarse de lo que la palabra significa. El ser real es el hombre, es el individuo; la sociedad o colectividad —y el Estado o gobierno que pretende representarla— si no son abstracciones puras, no pueden ser más que agregaciones de individuos. Y justamente en el organismo de cada individuo tienen su origen todos los pensamientos y todos los actos humanos, los cuales de individuales se transforman en colectivos cuando son o se hacen comunes a muchos individuos. Por consiguiente, la acción social no es ni la negación ni el complemento de la iniciativa individual, sino pura y sencillamente el resultado de la iniciativa de los pensamientos y de las acciones de todos los individuos que componen la sociedad, resultando que, comparado con otro de naturaleza de la misma índole, es más o menos grande, según que las fuerzas simples concurran al mismo fin, o que sean divergentes y opuestas. Y si, como hacen los autoritarios, en vez de esto se entiende por acción social la acción gubernativa, entonces ésta no es más que el resultado de las fuerzas de los individuos que componen el gobierno, o que por su posición pueden influir sobre la conducta del

gobierno.

De aquí que la contienda secular entre la libertad y la autoridad, o, en otros términos, entre el socialismo y el Estado de clase, no sea en verdad cuestión de aumentar la independencia individual a expensas de la limitación de la ingerencia social, o ésta a expensas de aquélla.

Se trata más bien de impedir que algunos individuos puedan tiranizar a otros, de dar a todos los individuos los mismos derechos y los mismos medios de acción y de sustituir con la iniciativa de todos la iniciativa de unos pocos, que produce forzosamente la opresión de los demás. Trátase, en suma, por siempre y para siempre, de destruir la tiranía y la explotación del hombre por el hombre, de manera que todos se interesen por el bien común, y de que las fuerzas individuales, en lugar de anularse por la lucha, hallen la posibilidad de un desarrollo completo y se asocien para el mayor provecho de todos.

De lo dicho resulta que la existencia de un gobierno, aun cuando fuese, siguiendo nuestra hipótesis, el gobierno ideal del socialismo autoritario, lejos de ocasionar un aumento de las fuerzas productoras, organizadoras y protectoras de la sociedad, las disminuiría incesantemente, limitando en algunos la iniciativa y dando a éstos el derecho de hacerlo todo sin poderles dar naturalmente la facultad de saberlo todo.

En realidad, si se separa de la legislación y de la obra entera de un gobierno todo lo que tiende a defender a los privilegiados y que representa la voluntad de los privilegiados mismos, ¿qué resta que no sea el resultado de la actividad de todos?

«El Estado —escribe Sismondi— es siempre un poder conservador que pone de manifiesto, regula y organiza las conquistas del progreso —y la historia agrega que las dirige en provecho propio y de la clase privilegiada—, pero no las inicia. Siempre tienen su origen abajo, nacen en el fondo de la sociedad, del pensamiento individual, que cuando se divulga, se convierte en opinión, en mayoría; pero ha de encontrar a su paso, y combatirlos en los poderes estatuidos, la tradición, la costumbre, el privilegio y el error.»

Para comprender cómo una sociedad puede vivir sin gobierno, basta observar un poco a fondo la misma sociedad presente, y se verá que, en realidad, la mayor parte, la más esencial de la vida colectiva, cúmplese fuera de la intervención gubernamental y que el gobierno interviene sólo para explotar a la masa, para defender a los privilegiados, y que en lo demás viene a sancionar, bien inútilmente, todo lo que se ha hecho, prescindiendo de él y frecuentemente en su contra y a su pesar.

Los hombres trabajan, cambian y estudian, viajan, siguen como lo entienden las reglas de la moral y de la higiene, se aprovechan de los progresos de la ciencia y del arte, tienen infinitas relaciones entre sí, sin que experimenten necesidad de que nadie les imponga un modo de conducirse.

Por esta razón todas las cosas en que no interviene el gobierno son las que

marchan mejor, las que dan lugar a menos diferencias y se acomodan, por la voluntad de todos, de tal manera, que todos las encuentran útiles y agradables.

No es el gobierno más necesario para las grandes empresas y para los servicios públicos, que reclaman el concurso regular de mucha gente de países y condiciones distintas. Mil empresas de índole tal son actualmente obra de asociaciones privadas, libremente constituidas, que en opinión de todo el mundo son también las que dan mejor resultado. No hablamos de las sociedades de capitalistas organizadas para la explotación, aunque también demuestran la posibilidad y el poder de la asociación libre; y, como ésta, pueden extenderse hasta abrazar gentes de todos los países e intereses inmensos y distintos. Hablamos ante todo de aquellas asociaciones que, inspiradas en el amor a los semejantes o en la pasión de la ciencia, y aun sencillamente en el deseo de divertirse y hacerse aplaudir, representan mejor el sistema de agrupaciones, tal cual serán en una sociedad en la que, abolida la propiedad individual y la lucha intestina entre los hombres, cada uno tendrá confundido su interés con el interés de todos y su más agradable satisfacción en hacer el bien y complacer a los demás. Las sociedades y congresos científicos, las asociaciones internacionales de salvamento, la sociedad de la Cruz Roja, las asociaciones geográficas, las agrupaciones obreras, los cuerpos de voluntarios que prestan sus socorros en todas las grandes calamidades públicas, son ejemplos de ese poder del espíritu de asociación, que se manifiesta siempre que se trata de una necesidad o de una pasión verdaderamente sentida y no faltan los medios apropiados. Si la asociación voluntaria no llena el mundo y no abraza todas las ramas de la actividad material y moral, ocurre esto a causa de los obstáculos que le opone el gobierno, por el antagonismo creado por la propiedad individual y por la impotencia y el envilecimiento a que el acaparamiento de la riqueza por unos pocos reduce a la inmensa mayoría de los seres humanos.

El gobierno toma a su cargo, por ejemplo, el servicio de correos, ferrocarriles, etc. Pero, ¿en qué ayuda verdaderamente a estos servicios? Cuando el pueblo, puesto en el caso de poderlos disfrutar, experimenta la necesidad de estos servicios, trata de organizados, y los hombres técnicos no esperan para nada una orden gubernativa, y desde luego ponen manos a la obra. Y cuanto más general y urgente es la necesidad, más abundan los que de buen grado se disponen a satisfacerla. Si el pueblo tuviese la facultad de pensar en la producción y en la alimentación, ¡oh!, no habría que temer que se dejase morir de hambre esperando que un gobierno redactase leyes a este respecto. Si hubiese de existir un gobierno, se vería todavía obligado a esperar a que el pueblo lo hiciese todo primero y todo lo organizara para venir después a sancionar con las leyes y a explotar aquello mismo que ya estaba hecho y organizado.

Demostrado está que el interés privado es el gran estímulo de la actividad. Ahora bien; cuando el interés de todos se halle identificado con el de cada uno —y lo estará

necesariamente si no existe la propiedad individual—, entonces todos trabajarán; y si las cosas se hacen cuando interesan a unos pocos, más y mejor se harán cuando interesen a todos.

Se comprende con dificultad que haya gentes que crean que la ejecución y la marcha regular de los servicios públicos, indispensables a la vida social, están mejor asegurados si se hacen por orden de un gobierno que cuando los trabajadores los tomen directamente a su cargo, bien por acuerdo de los demás o bien por propia elección, y los ejecuten bajo la inmediata vigilancia de todos los interesados.

No hay duda de que en todo trabajo colectivo es necesaria la división del trabajo, la dirección técnica, la de la administración, etc. Pero en mala hora los autoritarios hacen frases para deducir de ellas la razón de ser del gobierno. No se confunda, pues, la función gubernamental con la función administrativa, que son esencialmente distintas y que si hoy se ven extremadamente confundidas, es debido solamente al privilegio económico y político.

Pasemos ahora a las funciones por las cuales el gobierno es considerado, por todos los que no son anarquistas, realmente indispensable; la defensa exterior e interna de una sociedad, es decir, la guerra, la policía y la justicia.

Abolido el gobierno y puesta la riqueza social a disposición de todos, pronto no habría antagonismos entre los pueblos, y la guerra ya no tendría razón de ser. Se puede decir también que, en el estado actual del mundo, si la revolución se hiciese en un país y no hallase el eco debido en los otros, inspiraría ciertamente tantas simpatías que ningún gobierno se atrevería a mandar sus ejércitos al extranjero, por temor de que surgiese la revolución en su propia casa.

¿Y la policía? ¿Y la justicia? Muchos se figuran que si no fuese por la guardia civil, los policías y los jueces, cada uno sería libre de matar, o perjudicar a los demás a su antojo, y que los anarquistas, en nombre de sus principios, respetarían aquella extraña libertad que destruye la libertad y la vida de todos. Se figuran que después de haber destruido el gobierno y la propiedad individual, nosotros dejaríamos que se reconstituyese el uno y la otra por respeto a la libertad de los que experimentaran la necesidad de ser gobernantes y propietarios. ¡Extraña manera de comprender nuestras ideas!

La libertad que, para nosotros y para los demás, nosotros queremos, no es la libertad absoluta, abstracta, metafísica, que en la práctica se traduce fatalmente en opresión del débil, sino la libertad real, la libertad posible, que es la comunidad consciente de intereses, la solidaridad voluntaria. Nosotros proclamamos la máxima «Haz lo que quieras», en la cual casi resumimos nuestro programa; porque, fácil es comprenderlo, entendemos que en una sociedad sin gobierno y sin propiedad, todos harán lo que deban.

No obstante, si, bien a causa de la educación recibida en la presente sociedad, o

bien por enfermedad física o por cualquier otro motivo, alguno quisiese hacernos daño o hacerlo a los demás, nos apresuraríamos, si otros no lo hacían, a impedirlo con todos los medios que estuviesen a nuestro alcance.

Pero como de una manera cierta sabemos que el hombre es la consecuencia de su propio organismo y del ambiente cósmico y social en que vive; como no confundimos el derecho sagrado de la defensa con el pretendido y absurdo derecho de castigar; como no vemos en el culpable, en el que ejecuta actos antisociales el esclavo rebelde como ocurre a los jefes de nuestros tiempos, sino al hermano enfermo, necesitado de curación, no alimentaremos el odio en la represión y procuraremos no traspasar los límites de la necesidad en la defensa, ni pensaremos en vengarnos, sino en curar y redimir al infeliz culpable por todos los medios que la ciencia nos enseñe.

De cualquier manera que entiendan el asunto los anarquistas —a quienes puede ocurrir lo mismo que a todos los teóricos, es decir, que pierdan de vista la realidad para correr en pos de una apariencia lógica—, la verdad es que el pueblo no entendería que hubieran de dejarse impunes los atentados contra su libertad y su bienestar, y si se presentase la ocasión, trataría de defenderse contra los actos antisociales de algunos. Mas, para hacerlo, ¿de qué sirven esas gentes cuyo oficio es hacer leyes, y esas otras que viven inventando contraventores de esas leyes? Cuando el pueblo reprueba realmente una cosa y la juzga mala, procura impedirla siempre mejor que todos los legisladores, todos los jueces y todos los esbirros de profesión. Cuando, en las insurrecciones, el pueblo quiso, bien a pesar de muchos, hacer respetar la propiedad privada, hízola respetar como no lo hubiese logrado, de ningún modo, un ejército de polizontes.

Las costumbres siguen siempre los sentimientos y las necesidades de la generalidad, y son tanto más respetadas cuanto menos sujetas están a la sanción de la ley, porque todos ven y entienden su utilidad y porque los interesados, amparándose en la protección del gobierno, las hacen respetar por sí mismos.

¿Se debe a los policías que el número de asesinatos no sea mayor? La mayoría de los municipios de Italia no ven, como los de España, a los guardias o gendarmes más que de tiempo en tiempo; millones de hombres andan por los montes y por los campos, lejos del ojo tutelar de la autoridad, de manera que podían ser maltratados sin el menor peligro de penalidad, y, sin embargo, no están menos seguros que los que viven en los centros más vigilados. La estadística demuestra que el número de los delincuentes apenas cambia por efecto de las medidas represivas, mientras que varía rápidamente al variar las condiciones económicas y el estado de la opinión pública.

Las leyes penales, por otra parte, no comprenden más que los hechos extraordinarios, excepcionales. La vida cotidiana se desenvuelve fuera de la acción del código y se regula casi inconscientemente, por tácito y voluntario consentimiento de todos, en virtud de una cierta cantidad de usos y costumbres mucho más

importantes para la vida social que los artículos del código, y mejor respetados, aunque completamente ajenos a toda sanción que no sea la natural del menosprecio en que incurren los violadores y del daño que de ese menosprecio se deriva.

Y cuando surgiesen diferencias entre los hombres, el arbitraje, libremente aceptado, o la opresión de la opinión pública, ¿no serían más aptos para dar la razón a quien la tuviese que una magistratura irresponsable que tiene el derecho de juzgarlo todo y a todos y que es necesariamente incompatible y aun injusta?

Así como el gobierno sólo sirve para proteger a la clase privilegiada, asimismo la policía y la magistratura no sirven nada más que para reprimir los delitos que el pueblo no considera como tales, o sea aquellos que lastiman los privilegios de los gobernantes y de los propietarios. Para la verdadera defensa social, para la defensa de la libertad y del bienestar de todos, no hay nada tan pernicioso como la formación de una clase que vive con el pretexto de defender a todos, la cual se acostumbra a considerar a cada hombre como una fiera que es necesario enjaular y nos maltrata sin saber por qué, por orden de un jefe, como sicarios inconscientes y asalariados.

—Muy bien —dicen algunos—. Admitamos que la Anarquía puede ser una forma perfecta de convivencia social. Pero no queremos dar un salto en las tinieblas. Explicadnos, con detalles, cómo se organizaría vuestra sociedad.

Y aquí sigue toda una serie de preguntas, que son interesantísimas si se trata de estudiar los problemas cuya solución se impondrá a la sociedad emancipada, pero que son inútiles o absurdas, o ridículas, si de nosotros se pretende una solución definitiva.

¿Con arreglo a qué método se educará a los niños? ¿Cómo se organizará la producción y el reparto? ¿Seguirán formándose grandes ciudades, o la población se distribuirá igualmente en toda la superficie de la tierra? ¿Y si todos los habitantes de la Siberia quisieran pasar el invierno en Niza? ¿Y si todos quisieran comer jamón y beber buen vino de Jerez? ¿Y quién será minero y marinero? ¿Y los enfermos, serán asistidos a domicilio, o en los hospitales? ¿Y quién fijará la marcha de los trenes? ¿Y qué se hará si un maquinista cae enfermo mientras el tren avanza?

Y así sucesivamente, hasta pretender que nosotros poseyésemos toda la ciencia y toda la experiencia de la edad futura y que, en nombre de la Anarquía, prescribiésemos a los hombres del porvenir a qué hora debieran acostarse y qué día de la semana tendrían que cortarse las uñas.

En verdad, si nuestros lectores esperan de nosotros respuesta a esas preguntas, o, por lo menos, a aquellas que son serias e importantes, y esperan una contestación que sea algo más que nuestra opinión personal del momento, querrá esto decir que no hemos cumplido bien, en cuanto llevamos dicho, nuestro propósito de explicar lo que es la Anarquía.

No somos nosotros más profetas que el resto de los hombres, y si pretendiéramos

dar una solución oficial a todos los problemas que se presentarán en la vida de la sociedad futura, entenderíamos la abolición del gobierno en un sentido realmente extraño. Y resultaría entonces que nosotros mismos nos constituiríamos un gobierno y prescribiríamos, como los legisladores religiosos, un código universal para el presente y para el porvenir. Como, afortunadamente, no tenemos hogueras ni calabozos para imponer nuestra Biblia, la humanidad podría reírse impunemente de nosotros y de nuestra pretensión.

Nos preocupan mucho todos los problemas de la vida social, y en interés de la ciencia contamos ver implantada la Anarquía y concurrir como podamos a la organización de la nueva sociedad. Tenemos, por tanto, nuestras soluciones que, según los casos, las daríamos por definitivas o transitorias. Mas el hecho de que nosotros, hoy, con los datos que poseemos, pensemos de un modo dado acerca de una determinada cuestión, no quiere decir que precisamente se hará tal cual nos lo imaginamos en el porvenir. ¿Quién puede prever la actividad que se desarrollará en la humanidad cuando se halle emancipada de la miseria y de la opresión, cuando todos tengan medios de instruirse y desenvolverse, cuando no ¡haya ni amos ni esclavos y la lucha contra los otros hombres y los odios y rencores que de ella se derivan no sean ya una necesidad de la vida? ¿Quién puede prever los progresos de la ciencia, los nuevos medios de producción, de comunicaciones, etc., etc.?

Lo esencial es que se constituya una sociedad en que la explotación sea cosa imposible, así como la dominación del hombre por el hombre; en la que todos tengan a su disposición los medios de existencia, de trabajo y de progreso y puedan concurrir, según quieran y sepan, a la organización de la vida social. En semejante sociedad, todo será hecho, naturalmente, de la manera que mejor satisfaga las necesidades generales, dadas las condiciones y la posibilidad del momento, y lodo se hará mejor a medida que crezcan los conocimientos y los medios.

En el fondo, un programa que afecta a las bases de la constitución social, no puede hacer más que indicar un método. El método es, justamente, lo que principalmente diferencia los partidos y determina su importancia en la historia.

Dejando aparte el método, todos dicen que quieren el bien de los hombres, y muchos lo desean francamente; los partidos desaparecen y con ellos toda la acción organizada y dirigida a un fin determinado. Es necesario, pues, principalmente, considerar la Anarquía como un método.

Los métodos de que los diversos partidos, no anarquistas, esperan, o dicen que esperan, el mayor bien de cada uno y de todos, se pueden reducir a dos: el autoritario y el llamado liberal. El primero confía a unos cuantos la dirección de la vida social y fomenta la explotación y opresión de la masa por parte de algunos privilegiados. El segundo se ampara en la libre iniciativa individual y proclama, si no la abolición, la reducción del gobierno al mínimum de atribuciones posible; mas como respeta la

propiedad individual y todo lo funda en el principio *Cada uno para sí*, y, por consiguiente, en la competencia entre los hombres, su libertad es sólo la libertad de los fuertes, de los poderosos, de los propietarios, para oprimir y explotar a los débiles, a los que no tienen nada; y lejos de producir la armonía, tiende a aumentar siempre la distancia entre los ricos y los pobres y da origen a la explotación y a la tiranía, es decir, a la autoridad. Este segundo método, o sea el liberalismo, es teóricamente una especie de Anarquía sin socialismo, y por eso no es más que una mentira, pues la libertad no es posible sin la igualdad, y la verdadera Anarquía no puede existir fuera de la solidaridad, fuera del socialismo. La crítica que los amigos de la libertad hacen del gobierno, se limita a pretender arrebatarle cierto número de atribuciones e invitar a los capitalistas a defenderse, mas no puede atacar las funciones represivas que constituyan su esencia, porque sin el soldado y el policía no podrían existir los propietarios, y así las fuerzas represivas del gobierno han de crecer conforme crecen, por obra de la libre competencia, la inarmonía y la desigualdad.

Los anarquistas presentamos un método nuevo: la libre iniciativa de todos y el pacto libre después de que, abolida revolucionariamente la propiedad privada, todos estén en posesión de igualdad de condiciones para disponer de la riqueza social. Este método, no dejando lugar a la reconstitución de la propiedad privada, debe conducir, por medio de la libre asociación, al triunfo del principio de solidaridad.

Consideradas así las cosas, se ve que todos los problemas que se plantean con el fin de combatir la Anarquía, son más bien un argumento en su favor, porque ella es la que únicamente indica la manera de encontrar experimentalmente las soluciones que mejor correspondan al dictamen de la ciencia y a los sentimientos y necesidades de todos.

¿Cómo se educará a los niños? No lo sabemos. ¿Y qué decís de eso? Los padres y los pedagogos y todos los que se interesen por la suerte de las nuevas generaciones se reunirán, discutirán y se pondrán de acuerdo o se dividirán, y pondrán, por último, en práctica los medios que tengan por más eficaces.

Y con la práctica, el método que realmente sea mejor acabará por triunfar. De igual modo se resolverán todos los problemas que se presenten.

De cuanto se ha dicho resulta que la Anarquía, tal como la entiende el partido anarquista y tal como únicamente puede ser entendida, se basa en el socialismo. Así, si no fuese por las escuelas socialistas, que rompen artificialmente la unidad natural de la cuestión social y por los equívocos con que se trata de estorbar el paso a la revolución, podríamos decir que la Anarquía es sinónimo de socialismo, porque la una y el otro significan la abolición de la tiranía y de la explotación del hombre por el hombre, ya se ejerzan mediante la fuerza de las bayonetas, ya por medio del acaparamiento de los medios de vida.

La Anarquía, lo mismo que el socialismo, tiene por base, por punto de partida,

por ambiente necesario, la igualdad de condiciones; tiene por fin, la solidaridad; tiene por método, la libertad.

No es esto la perfección, el ideal absoluto que, como el horizonte, se aleja siempre a medida que se avanza; pero es el camino abierto a todos los progresos, a todos los perfeccionamientos realzados en beneficio de todos.

Una vez demostrado que la Anarquía es el modo de convivencia social que sólo deja camino al mayor bien posible de los hombres, porque es la única que destruye toda clase interesada en tener en la miseria y en la esclavitud a la masa; una vez demostrado que la Anarquía es posible porque realmente no hace más que desembarazar a la humanidad de un obstáculo, el gobierno, contra el cual hubo siempre que luchar para avanzar en su penoso sendero, los autoritarios se ocultan tras la última trinchera con el refuerzo de muchos que, siendo fervientes amantes de la libertad y de la justicia, tienen miedo a la libertad y no pueden imaginarse una sociedad que viva y camine sin tutores, y que, convencidos de la verdad, piden piadosamente que se deje la cosa para más tarde, para lo más tarde posible.

He ahí la sustancia de los argumentos que se nos ponen en este punto de la discusión.

Aun a costa de repetirnos, vamos a responder a estas y a otras objeciones.

Nos encontramos siempre frente al prejuicio de que el gobierno es una fuerza nueva, salida no se sabe de dónde, que por sí sola agrega algo a la suma de la fuerza y de la capacidad de los que lo componen y los que le obedecen. La verdad es todo lo contrario, o sea, que todo lo que se hace en la humanidad lo hacen los hombres, y el gobierno, como tal, no pone por su parte más que la tendencia a convertirlo todo en un monopolio a beneficio de un determinado partido o clase y la resistencia a toda iniciativa que surja fuera de sus consejos.

Abolir la autoridad, abolir el gobierno, no significa destruir las fuerzas y las capacidades individuales y colectivas de la especie humana, ni la influencia que los hombres ejercen a porfía unos sobre otros; esto equivaldría a reducir a la humanidad al estado de una masa de átomos inmóviles e inertes, cosa imposible y que sería la destrucción de todo organismo social, la muerte de la humanidad. Abolir la autoridad significa abolir el monopolio de la fuerza y de la influencia, significa abolir aquel estado de cosas en virtud del cual la fuerza social, o sea la fuerza de todos, se convierte en instrumento del pensamiento, de la voluntad, de los intereses de un reducido número de individuos, quienes mediante la fuerza de todos, suprimen en beneficio propio y de sus ideas la libertad de cada uno y de todos los demás; significa destruir un sistema de organización social con el que el porvenir es acaparado entre una revolución y otra, en provecho de los que vencieron por el momento.

Ciertamente que, en el estado actual de la humanidad, cuando la inmensa mayoría

de los hombres, presa de la miseria y embrutecida por la superstición, yace en la abyección, los humanos destinos dependen de la acción de un número relativamente escaso de individuos; ciertamente que no se podría conseguir que de un momento a otro todos los hombres se eleven lo suficiente para sentir el deber y hasta el placer de regular las propias acciones, de modo que redunden en el mayor bien posible de los demás. Pero si actualmente las fuerzas punzantes y directoras de la humanidad son escasas, no es esta una razón para paralizar una parte de ellas y para someter muchas a unas cuantas particulares. No es una razón para constituir la sociedad de manera que, gracias a la inercia que produce una posición segura, gracias a la herencia, al proteccionismo, al espíritu del cuerpo y a todo cuanto constituye el mecanismo gubernativo, las fuerzas más vivas y las capacidades más reales acaben por encontrarse fuera del gobierno y casi privadas de su influencia sobre la vida social; y los que gozan del gobierno, encontrándose fuera de su natural ambiente y sobre todo interesados en mantenerse en el poder, pierden toda potencia de obrar y sólo sirven de obstáculo a los otros.

Abolido este poder negativo, que es precisamente el gobierno, la sociedad será lo que pueda ser, dadas las fuerzas y la capacidad del momento. Si fuésemos hombres instruidos y deseáramos extender la instrucción, organizaríamos escuelas y nos esforzaríamos en hacer extender a todos la utilidad y el placer de instruirse. Y si fuésemos pocos y no hubiese quien se interesase por la instrucción, no podría un gobierno crear hombres de tales condiciones; tan sólo podría, como hace hoy, disponer de los pocos que hubiese, substraerlos del trabajo fecundo, dedicarlos a redactar reglamentos que ha de imponer con la policía, y de maestros inteligentes y apasionados hacer hombres políticos, parásitos, inútiles, preocupados con la imposición de sus ficciones y con el mantenimiento en el poder.

Si fuésemos médicos e higienistas, organizaríamos el servicio de sanidad. Y lo mismo que antes, si no hubiese tales hombres, el gobierno no podría crearlos; solamente podría, por la sospecha demasiado justificada que el pueblo tiene de todo lo que le es impuesto, arrebatar su crédito a los médicos existentes y hacerles sacrificar como envenenadores cuando van a curar el cólera.

Si fuésemos ingenieros, maquinistas, etc., organizaríamos los ferrocarriles. Y si no hubiese quien lo hiciera, una vez más, el gobierno no podría crearlos.

Aboliendo el gobierno y la propiedad individual, no creará el gobierno fuerzas que no haya; pero dejará libre el campo a la manifestación de todas las fuerzas, de todas las capacidades existentes; se destruirá toda clase interesada en mantener a la masa en el embrutecimiento y se hará porque todos puedan influir y obrar en proporción a su capacidad y conforme a sus pasiones y a sus intereses.

Tal es el único medio que hay para que la masa popular pueda elevarse, porque sólo con la libertad se aprende a ser libre, como sólo trabajando se aprende a

trabajar» Aunque no tuviese otros inconvenientes, el gobierno tendría siempre el de acostumbrar a los gobernados a la sujeción y el de tender siempre a hacerse más opresivo y necesario cada vez.

Por otra parte, si se quiere un gobierno que eduque al pueblo y le prepare para la Anarquía, es necesario indicar cuál sería el origen, el sistema de formación de este gobierno.

¿Sería la dictadura de los mejores? Pero, ¿quiénes son los mejores? ¿Quién reconocerá esta cualidad? La mayoría está comúnmente tocada de viejos prejuicios y tiene ideas e instintos ya abandonados por una minoría más favorecida; mas entre todas las minorías que se figuran tener razón, y todas pueden tenerla en cierta parte, ¿a quién y con qué criterio se escogerá para poner a su disposición la fuerza social, cuando sólo el porvenir puede decidir el litigio?

Sí se trata de cien partidarios de la dictadura, se descubre en seguida que cada uno de ellos se figura que él debería ser, si no precisamente el dictador, uno de los dictadores, o por lo menos uno de sus próximos consejeros. Así, pues, dictadores serían todos los que de un modo o de otro tratasen de imponerse.

¿Será en su lugar un gobierno elegido por sufragio universal, y, por consiguiente, la emancipación más o menos sincera de la voluntad de la mayoría? Mas si consideráis a los electores incapaces de proveer por sí solos a sus intereses, ¿cómo sabrán jamás escoger los pastores que han de guiarles? ¿Y cómo podrán resolver el problema de alquimia social, que consiste en hacer surgir la elevación de un genio del voto de una masa de imbéciles? ¿Y qué será de la minoría, que es regularmente la parte más inteligente, más activa, más avanzada de una sociedad?

Los anarquistas queremos conquistar la libertad de todos los hombres, la libertad efectiva, claro está, lo cual supone los medios para ser libres, los medios para poder vivir sin ser obligados a ponerse bajo la dependencia de un explotador, individual o colectivo.

Nosotros no reconocemos el derecho de la mayoría para dictar la ley a la minoría, aun cuando la voluntad de la mayoría fuese, en cuestiones poco complejas, realmente verdadera. El hecho de tener mayoría no demuestra absolutamente que uno tenga razón; antes bien la humanidad se ha visto impulsada, casi siempre, hacia adelante, por la iniciativa y la obra de los individuos y de las minorías, mientras que las mayorías han sido y son, por propia naturaleza, lentas, conservadoras, obedientes a los más fuertes, a los que se encuentran en posiciones ventajosas precedentemente adquiridas.

Pero si no admitimos para nada el derecho de las mayorías de dominar a las minorías, rechazamos aun más fervorosamente el derecho de las minorías de dominar a las mayorías. Sería absurdo sostener que se tiene razón porque se es minoría. Si en todas las épocas ha habido minorías avanzadas y progresistas, han existido también

minorías atrasadas y reaccionarias; si existen hombres geniales que se adelantan a los tiempos, también los hay dementes, imbéciles y especialmente inertes, que se dejan arrastrar inconscientemente por la corriente en que se encuentran.

Por lo demás, no es cuestión de tener razón o de no tenerla: es cuestión de libertad, de libertad para todos, de libertad para cada uno a condición de que no viole la libertad igual de todos los demás.

Nadie puede juzgar, de manera segura, quien tiene razón o sinrazón, quien está más cerca de la verdad, y cuál es el camino que conduce mejor al mayor bien para todos y para cada uno. La libertad es el único medio para llegar, mediante la experiencia, a lo verdadero y a lo mejor; y no hay libertad cabal si no existe la libertad del error.

Para nosotros, pues, es necesario llegar a la pacífica y próxima convivencia entre mayorías y minorías mediante el libre acuerdo, la mutua condescendencia, el reconocimiento inteligente de las necesidades prácticas de la vida colectiva y la utilidad de las transacciones que las circunstancias hacen precisas.

Nosotros no queremos imponer nada a nadie, pero no queremos tampoco aceptar imposición alguna.

Felices de ver hacer a otros lo que no podemos hacer nosotros, dispuestos a colaborar con los demás en todas aquellas cosas que reconozcamos no poderlas hacer mejor, nosotros reclamamos, nosotros queremos, para nosotros y para todos, la libertad de propaganda, de organización y de experimentación.

La fuerza bruta, la violencia material del hombre contra el hombre, debe cesar de ser un factor en la vida social.

La voluntad del pueblo, formulada y aplicada por medio de la ley, es una pura ficción.

Hoy el pueblo, es decir, la totalidad de individuos que habitan un territorio, está dividido en distintas clases que tienen intereses y sentimientos opuestos y cuyo antagonismo crece a medida que se desarrolla en las clases sometidas la conciencia de la injusticia de qué son víctimas. Y las leyes, a pesar del sufragio universal, son hechas siempre por las clases dominantes para que les sirvan como instrumento de dominación y de defensa. Abatid el gobierno, proclamad la república, convocad la Constituyente: mientras subsista la división de clases, el privilegio de unos y la inferioridad de otros, el gobierno nuevo caerá siempre en manos de los capitalistas y las leyes republicanas estarán hechas, como las anteriores que hubiese, para consolidar el privilegio y someter a los trabajadores.

Mañana, cuando el privilegio económico y político esté destruido y todos puedan considerarse hombres libres, desarrollados intelectual moral mente, no existirá, ni aun entonces, ello es indudable, una voluntad del pueblo. Sobre cada cuestión habrá

siempre mil opiniones, mil voluntades distintas que se armonizarán por espíritu de fraternidad y bajo la presión de la necesidad y coexistirán y se aplicarán libremente por grupos diversos, pero que no deben jamás estar oprimidas por la fuerza de las leyes bajo el pretexto de una voluntad general que no existe.

El problema de la tierra es quizá el más grave y el más preñado de peligros que ha de resolver la revolución. En justicia —justicia abstracta que se compendia en la frase: a cada uno lo suyo— la tierra es de todos y debe estar a disposición de cualquiera que la desee trabajar, sea cual fuese el método que adoptase para ello, ya individualmente, o bien en pequeñas fracciones, en beneficio propio o por cuenta de la comunidad.

Pero la injusticia no basta para asegurar la vida civil y si no está atemperada, anulada casi, por el espíritu de fraternidad, por la conciencia de la solidaridad humana, la justicia puede levantar la cabeza a través de la lucha de cada uno contra todos, hasta llegar a producir la sumisión y la explotación de los vencidos, lo que ya sería la injusticia en todas las relaciones sociales.

A cada uno lo suyo. Lo suyo de cada uno debería ser la parte alícuota que le corresponde de los bienes naturales y de aquellos acumulados por las generaciones pasadas, más todo lo que es directamente producto de su propio esfuerzo. Pero, ¿cómo dividir justamente los bienes naturales y cómo determinar, en la complejidad de la vida civil y en el encadenamiento de los procesos de producción, aquello que es el producto individual? ¿Y cómo medir el valor de los productos a los fines del intercambio?

Si se parte del principio de cada uno para sí, esperar justicia es una utopía y reclamarla una hipocresía, probablemente inconsciente, que sirve para ocultar el más grande egoísmo, el deseo de falsía y de avidez de cada individuo.

El comunismo, por lo tanto, aparece como la única solución posible; como el único sistema que, fundado sobre la solidaridad natural que liga a los hombres entre ellos y sobre la solidaridad aceptada conscientemente que los hermana, podrá conciliar los intereses de todos y ser la base de una sociedad en la cual a todos les sea garantizado el bienestar máximo y la máxima libertad posible.

En cuanto a la posesión y utilización de la tierra, el problema es más evidente que nunca. Si toda la extensión cultivable fuera igualmente fértil, igualmente buena, y estuviera en iguales condiciones para la comodidad de los cambios, se podría concebir su división en partes iguales o equivalentes entre todos los trabajadores, los cuales después se asociarían si así lo juzgaran conveniente y en la forma en que mejor les pareciera, en el interés de la producción.

Pero las condiciones de productibilidad, de salubridad y de comodidad de las diferentes parcelas de tierra son tan variadas, que no puede pensarse en un reparto ecuánime.

Un gobierno, nacionalizando la tierra y acordándola a los cultivadores, podría, teóricamente, resolver la cuestión mediante una tasa que rindiera al Estado lo que los economistas llaman renta económica, o sea, el tanto por ciento que un pedazo de tierra puede, con trabajo igual, producir más que el pedazo peor. Es el sistema preconizado por el americano Henry George. Pero se ve en seguida que tal sistema supone la continuación del orden capitalista, sin mencionar la potencia acrecentada del Estado y de los árbitros gubernamentales y burocráticos a los cuales habría que recurrir.

Por lo tanto, para nosotros, que no queremos gobierno y que no creemos posible, ni deseable, económicamente y moralmente, la posesión individual del suelo cultivable, la única solución es el comunismo. Y por esto nosotros somos comunistas.

Pero el comunismo debe ser voluntario, libremente deseado y aceptado, pues si, por el contrario, debiera ser impuesto, produciría la tiranía más monstruosa para después causar el retorno al individualismo capitalista. Ahora, esperando que el comunismo haya demostrado, con el ejemplo de las colectividades que lo practicaran desde el principio, sus ventajas, y que sea deseado por todos, ¿cuál es nuestro programa agrario práctico para ser realizado inmediatamente después de una revolución triunfante?

Quitada la protección legal a la propiedad, los trabajadores deberán tomar posesión de toda la tierra que no esté cultivada directamente, con sus propios brazos, por los actuales propietarios; constituirse en asociaciones y organizar por sí mismos la producción, utilizando todas las aptitudes, todas las capacidades técnicas de las cuales estén provistos tanto aquellos que han sido siempre trabajadoras como los antiguos propietarios que habiendo sido expropiados y no pudiendo vivir del trabajo de los demás se hayan vuelto, por la necesidad de las circunstancias, trabajadores también.

Prontamente se efectuarán acuerdos con las asociaciones de trabajadores industriales para el cambio de los productos, sea sobre las bases netamente comunistas o sea según los diversos criterios que puedan llegar a prevalecer en las localidades diversas.

Entretanto, todos los artículos alimenticios serían secuestrados por el pueblo revolucionado y la distribución a las distintas localidades y a los individuos sería organizada por libre iniciativa de los grupos revolucionarios. La semilla, los abonos, los instrumentos agrícolas, las bestias para el trabajo, deberían ser entregados a los cultivadores. Así quedaría asegurado el libre acceso a la tierra a todo aquel que quisiera trabajarla.

Queda la cuestión de los campesinos propietarios. Si éstos se negaran a asociarse con los otros, no existiría razón alguna para molestarles siempre que trabajasen ellos mismos y no explotaran el trabajo de los demás; tampoco encontrarían trabajadores a

quienes explotar, porque ninguno querría trabajar para ellos pudiendo hacerlo por su propia cuenta en asociaciones libres. Las desventajas, la casi imposibilidad del trabajo aislado, los atraerían bien pronto hacia la órbita de la colectividad.

El comunismo, para nosotros, será la consecuencia benéfica, necesaria, del hecho de que cada uno tendrá completo derecho a todos los medios de trabajo y nadie podrá explotar el trabajo ajeno.

Estamos perfectamente de acuerdo sobre la superioridad económica y moral del trabajo asociado sobre el trabajo individual, del comunismo sobre el individualismo.

Tan de acuerdo, que yo considero imposible, casi inconcebible, un trabajo productivo realmente individual. El llamado trabajador propietario que cultiva por sí mismo, junto con su familia, un pedazo de tierra, consigue salir adelante solamente porque goza de hecho de la cooperación social y explota directamente o indirectamente el trabajo asalariado. Además de los objetos de consumo personal, él tiene necesidad de instrumentos de trabajo, de abonos, de medios de transporte, y toda posibilidad de trabajo y de vida arreglada le faltaría si quisiera aislarse de verdad y proveer por sí mismo a todas sus necesidades.

De acuerdo, pues, sobre la utilidad, sobre la necesidad de propagar las ideas comunistas y criticar la pequeña propiedad.

Pero la excepción que yo he hecho antes, hablando del pequeño propietario, se refería solamente al tiempo inmediatamente después de la revolución. Se me dirá, acaso, que será peligroso el sistema de permitir a cualquiera el substraerse a la socialización prefiriendo la forma de pequeña propiedad.

Para evitar esto, sería necesario prohibir. ¿Y quién prohibiría? ¿Y con cuáles medios ejecutaría su prohibición? ¿Violentamente? Entonces, ¿qué se volvería el anarquismo?

Nosotros admitimos, invocamos el ejercicio de la fuerza, en tanto sea para defendernos contra la fuerza enemiga, pero no podemos desear el triunfo de una dada organización social mediante la fuerza, ni aquélla impuesta por una minoría a despecho de la mayoría, ni la deseada por una mayoría, real o ficticia, contra la voluntad de la minoría. Nuestra fuerza es, por así decirlo, negativa: sirve para destruir aquellos estados de cosas que por medio de la fuerza organizada en gobierno obligan a los hombres a obedecer a la voluntad ajena y a dejarse explotar por los demás. Y lo que substituirá a los sistemas actuales, la organización que deberá conciliar la eficiencia económica con la completa libertad social de todos, deberá ser el resultado de la libre voluntad de los individuos, iluminada por la propaganda, sublimizada por el entusiasmo, guiada y contenida por las necesidades naturales y sociales de la vida.

La nueva sociedad debe ser una resultante de las cosas, no de las leyes.

Si de verdad hubiera pequeños propietarios que persistieran en trabajar solos, sin el concurso de los demás, a duras penas conseguirían alimentarse, y se apresurarían,

sin duda, a acudir a las asociaciones libres. Los pequeños propietarios se solidarizarían, más pronto o más tarde, todos, con los proletarios, porque no podrían vivir bien trabajando por sí solos sobre su pequeño pedazo de tierra.

Y si esto no ocurría así, ello querría decir que aun no habíamos vencido.

Y seguiríamos luchando para vencer.

El mayor mal del capitalismo —lo decimos continuamente— no está en el hecho, si bien dañoso moral y materialmente, de que algunos hombres vivan sin producir, sino en el hecho de gran importancia de que aquellos que no trabajan, dirigen la producción y, naturalmente, lo hacen en provecho propio sin tener en cuenta las necesidades del público sino cuando les sirven de guía a sus especulaciones.

De esto se deriva que el capitalismo limita la producción y hasta destruye el producto cuando piensa que la abundancia produciría la baja de los precios y una disminución en la ganancia. De ahí las tierras incultas o mal cultivadas, la desocupación con frecuencia creciente cuando es más urgente la necesidad de producir, la limitación en el uso de las máquinas, etc., etc. De ahí el despilfarro enorme de fuerzas humanas en trabajos inútiles o dañosos y el despilfarro más enorme aun causado por la competencia que industriales y comerciantes se hacen entre sí —reclame, transporte de mercaderías de un lado a otro sin utilidad ni necesidad, cantidad enorme de intermediarios, viajantes, revendedores, etc., etc.—. Y a todo esto, agréguese lo que cuesta la defensa del capitalismo contra las revueltas, actuales o posibles, de los trabajadores y de los oprimidos: policías, soldados, cárceles, etc., etc.

Una vez abolido ese caos informe y absurdo, organizad la producción desde el punto de vista de la satisfacción de las necesidades, utilizad para los trabajos útiles todas las fuerzas naturales que el hombre ha conquistado, substituid la competencia por la cooperación y las ventajas económicas que gozarán los trabajadores serán inmensas, sin hablar de los beneficios morales que, una vez satisfechas las más urgentes necesidades materiales, tienen una importancia aun mayor.

Los economistas, gentes que gustan de hablar en difícil, y de confundir las cosas más claras a fuerza de términos técnicos empleados con mucha frecuencia en sentido diverso, según la preferencia de cada uno, acostumbran llamar renta económica al valor que un pedazo de tierra produce de más, dado el mismo trabajo, sobre lo que produce el pedazo menos favorecido por fertilidad natural o por posición.

Como el precio en el mercado tiende a ser único para la misma mercancía y este precio debe ser siempre tal como para inducir a trabajar las tierras más malas puestas en cultivo, es claro que aquel que trabaja tierras mejores y obtiene mayor producto

aprovecha del precio determinado por las tierras menos fértiles. Y si se considera compensación suficiente del trabajo lo que recibe el agricultor peor situado, lo que en exceso de esto gana el agricultor más afortunado puede denominarse producto de la fertilidad de la tierra.

En términos corrientes, decimos: si todas las tierras fuesen igualmente fértiles, igualmente buenas y bellas, igualmente bien situadas en relación a los centros de consumo, sería compatible con la justicia y con la paz, si no con la utilidad social, un sistema en el cual cada uno trabajara su pedazo de tierra y gozara de todo el producto que de la tierra sacase.

Pero como las condiciones reales son otras y hay tierras que es una delicia vivir en ellas y dan productos abundantes con poco trabajo, mientras que hay otras malsanas y estériles que llegan apenas a quitar el hambre a quien se mata de trabajo para cultivarlas, no hay otra solución definitiva que el comunismo, en el cual todos ti abajan para todos y en el cual la colectividad se ocuparía de bonificar toda la superficie del país y hacerla toda, en cuanto fuera posible, fértil, buena y bella.

Pero el comunismo no se puede imponer a los recalcitrantes so pena de transformarlo en tiranía odiosa, que después provocaría la reacción y el retorno al pasado.

En consecuencia, déjese también gozar a alguno la ventaja de cultivar tierras más fértiles, si para impedírselo fuese necesario recurrir a la violencia estatal. Su privilegio sería mínimo frente a las ventajas ofrecidas por el trabajo en común y pronto él sería atraído a la colectividad por el interés material de un mayor producto y de una mayor comodidad y por el interés moral de la estimación y de la amistad de sus coterráneos.

La renta económica proveniente de la mayor productibilidad de un pedazo de tierra —para decirlo en un lenguaje que agradará a los economistas— seria superada y anulada por la *renta económica* producida por la cooperación.

Se nos dice con mucha frecuencia: «Sois muy partidarios del libre acuerdo en todo, pero, ¿y si los hombres no quisieran ponerse de acuerdo?»

Si el acuerdo es útil y necesario, si sin el acuerdo la vida social y, por lo tanto, la vida individual, se vuelve imposible y penosa, el buen sentido, el interés, a falta de motivos superiores, induciría a los hombres a ponerse de acuerdo. Y si no, la lucha continuaría como hoy. Y los vencedores se harían propietarios y gobernantes.

En tal caso, naturalmente, no habría anarquía y a nosotros nos quedaría el deber de continuar luchando contra los nuevos propietarios y el nuevo gobierno.

Se podría criticar nuestro régimen ideal en la hipótesis de que hubiésemos vencido; pero no suponiendo que los hombres quieran todavía someterse a la violencia brutal de un gobierno, antes que aceptar de buen grado los temperamentos

necesarios a la convivencia social.

La anarquía existirá para todos cuando todos sean anarquistas.

En cuanto a aquellos que son anarquistas hoy o que lo serán el día de la revolución, todos ellos, nosotros lo creemos así, estarán dispuestos a todas las condescendencias, a todas las transacciones, a todas las renuncias necesarias, pero siempre por propia voluntad libre. Estos anarquistas no aceptarán jamás, solamente obligados por la fuerza brutal, la imposición de un hombre, o de una corporación de hombres, que haga leyes y tenga los medios para obligar a los demás a respetarlas.

El socialismo, desde su nacimiento, con las armas de la crítica positiva, crítica que se apoya en los hechos y en los hechos busca las causas y prevé las consecuencias, había hecho justicia al sufragio universal y a toda la variedad de mentiras parlamentarias. Claro está que si no hubiera hecho esto, el socialismo no hubiera tenido razón de existir como idea y como partido nuevo. Todo lo más, habría podido confundirse con la absurda utopía liberal que espera la armonía, la paz y el bienestar general de la lucha libremente combatida —¡como si hubiera libertad en esta lucha!— entre la clase poseedora de todas las riquezas y de toda la fuerza social y los pobres demacrados a quienes falta muchas veces un pedazo de pan con que alimentarse.

El socialismo, en la acepción más extensa y auténtica de la palabra, significa la sociedad constituida en instrumento de libertad, de bienestar y de desarrollo progresivo e integral para todos sus miembros, es decir, para todos los seres humanos. Partiendo de la verdad fundamental de que la evolución de las facultades morales e intelectuales presupone la satisfacción de las necesidades materiales, y de que no puede existir libertad donde no hay igualdad y solidaridad, el socialismo reconoce que la servidumbre en todas sus formas —política, moral y material— dimana de la dependencia económica en que vive el trabajador; y después de haber buscado su camino entre una serie de proyectos artificiosos, encontró su base sólida en el principio, científicamente demostrado, de la justicia, utilidad y necesidad de la socialización de la riqueza y del poder.

Encontrado este principio, urgía ocuparse de los medios y de los caminos para llegar a él. Naturalmente, para ello, hubo que abandonar la especulación abstracta, inadecuada en absoluto. El socialismo, pues, comenzó a penetrar en las masas sufrientes y a hacer sus primeras armas en las luchas prácticas de la vida. Entonces, casi todos los socialistas se percataron de que se encontraban encerrados en un círculo de hierro, el cual sólo podía ser roto con la acción directa de las masas.

Imposible ser libres —el socialismo bien entendido lo demostraba— sin ser económicamente independientes. Mas, ¿cómo se puede llegar a la independencia económica permaneciendo esclavos? El pueblo, despojado de todo lo que la naturaleza ha creado para la vida del hombre y de todo lo que el trabajo humano ha

agregado a la obra de la naturaleza, depende, para poder vivir, del beneplácito de los propietarios y se encuentra reducido a la miseria, al envilecimiento y a la impotencia. Para consolidar y defender ese estado de cosas, están los gobiernos con toda la fuerza de que las costumbres políticas le han rodeado. ¿Cuál es el medio legal de emancipación, cuando la ley tiende, toda ella, a defender el estado de cosas que forzosamente, para emanciparse, debe ser destruido?

No puede ser la acción política de las masas, que toda se reduce al voto, porque esta arma, para tener un valor real, supone ya en la masa del pueblo aquella independencia que precisamente se trata de conquistar. Por otra parte, el capitalismo, o sus gobiernos, no conceden el voto sino cuando están persuadidos de su inocuidad, o cuando, frente a la actitud amenazadora del pueblo, lo consideran un medio oportuno para aplacar sus protestas, o para desviarlo de caminos de emancipación más certeros que el voto. Y si el pueblo se empeña en hacer del voto un uso inconveniente para los intereses de los capitalistas, los gobernantes le privan de él. Al pueblo, entonces, no le queda otro medio de resurgimiento que la revolución, que el voto hubiera, sin duda, hecho fracasar.

No son tampoco los expedientes económicos legales —socorros mutuos, ahorro, cooperativas, huelgas— muy valederos. La fuerza aplastadora del capital, cada vez más creciente, apoyada, cuando es necesario, por la fuerza de que dispone el gobierno, y las condiciones morales y materiales a que por ellas fue reducido el proletariado, hacen que esos expedientes sean inútiles, ilusorios, o simplemente ridículos.

No existen, realmente, para la emancipación, más que dos caminos de salida: o la renuncia, voluntaria de las clases dominantes a la posesión exclusiva de la riqueza y de todos los privilegios de que gozan, bajo la influencia de los buenos sentimientos que la propaganda socialista pueda hacer nacer en ellos, o la revolución, la acción directa de las masas, excitadas y movidas por la minoría consciente que se organiza en las filas del socialismo.

El primero de esos caminos, en el que generosos e ingenuos filósofos creyeron un momento, es evidente, por la historia del pasado y por la cruenta experiencia de los hechos contemporáneos, que debe ser desechado por ilusorio. Un gobierno, una clase privilegiada, no ha renunciado nunca a su dominio; nunca han hecho una sola concesión verdadera, como no sea obligados por la fuerza. La conducta cotidiana del capitalismo, las persecuciones incesantes y feroces con las que responde a las reivindicaciones del proletariado, los crímenes inauditos que no ha vacilado en cometer, los armamentos excesivos con que se prepara demuestran que, igualmente que las clases que le han precedido en el dominio, no se decidirá a desaparecer de la historia sino es por obra de una revolución.

Queda, pues, únicamente el camino de la revolución. Todos los socialistas que del

socialismo no han hecho un objeto de distracción contemplativa, sino un programa práctico que quisieran ver implantado, son, naturalmente, revolucionarios.

Hay, sin embargo, en el socialismo, dos fracciones, que responden a dos corrientes de ideas. Una de estas fracciones, la autoritaria, quiere servirse, para emancipar al pueblo, del mismo mecanismo que hoy lo tiene esclavizado: se proponen la conquista del poder. La otra fracción, la anarquista, considerando que el Estado no tiene razón de existir sino cuando representa y defiende los intereses de una clase, y que debe desaparecer cuando por la universalización del poder y de la iniciativa se difunde en la totalidad de los ciudadanos, se propone la abolición total del poder político.

Los primeros quieren posesionarse del gobierno y decretar, con formas y modos dictatoriales, la comunidad de la tierra y de los instrumentos de trabajo, y organizar, desde arriba, la producción y la distribución, de manera socialista. Los segundos quieren abatir, simultáneamente, el poder político y la propiedad individual, y organizar la producción y el consumo y toda la vida social, por medio de la obra directa y voluntaria de todas las capacidades que existen en la humanidad y que buscan, naturalmente, los medios de entenderse y de ayudarse.

Pero todos, lo repetimos, quieren la revolución, desean hacer la revolución. Y para madurarla, practican la propaganda constante de las verdades descubiertas por el socialismo y la organización de las fuerzas conscientes del proletariado. Han atraído hacia sí a aquel pequeño grupo de capitalistas que son capaces de elevarse por encima de los mezquinos intereses de clase y despreciar los propios privilegios por el gran ideal de una humanidad; han infundido entre las masas el espíritu revolucionario y han preparado la falange que, aprovechando cualquier circunstancia oportuna, debía dar la iniciativa para lanzarse a la conquista de la emancipación de todos, de la independencia de todos.

La lucha habría sido, sin duda, larga y fatigosa; pero el camino estaba trazado y se habría llegado directamente a la victoria plena y completa. Pero he aquí que, contradiciendo todas las tendencias de programa que ellos mismos habían hecho con celo e inteligencia, algunos socialistas de la fracción autoritaria han creído encaminarse bien por las sendas tortuosas y sin salida del parlamentarismo.

El socialismo, al principio mofado y negado, después combatido con ferocidad, ya estaba haciéndose muy poderoso y los capitalistas empezaban advertir en él un peligro serio para sus intereses y una fuerza inmensa que avasallaría su predominio. Ante esto, mientras algunos de ellos han creído oportuno agregar a las persecuciones la ponzoña de la corrupción y del engaño, otros, más astutos, bajo el manto de la democracia, han procurado apoderarse del gobierno para apresurarse a mixtificarlo y servirse de él para sus propios fines.

En la fracción autoritaria del socialismo, había también muchos hombres

dispuestos a transigir con estos capitalistas astutos, a los que antes, sin distinguir a unos de otros, tan enérgicamente habían combatido. Cansados de la lucha, domados acaso por las persecuciones, o bien quizá porque el sentimiento socialista revolucionario no había, en realidad, penetrado en ellos jamás, más allá de la epidermis, desconcertándoles el descubrir obstáculos no sospechados, esperaban, probablemente sin darse cuenta de ello, una ocasión, un pretexto cualquiera para, sin que lo pareciera, pasarse al campo enemigo, que no otra cosa significa esa transigencia. El medio de dar este paso ha sido esa aceptación del parlamentarismo, que aunque ellos lo llaman un cambio de táctica, esconde, disimuladamente, una traición.

El terreno común sobre el cual se han encontrado los capitalistas astutos que buscaban corromper al socialismo, y esos socialistas que buscaban, inconscientemente acaso, ser corrompidos, ha sido el de las urnas electorales.

El daño podía no haber sido mucho. Los cansados *y* los ambiciosos, al retirarse de un partido, en vez de causarle mal, lo purifican; pero en este caso, los traidores, los ambiciosos y los agotados, han arrastrado, desgraciadamente, a muchos de los hombres que, bondadosos, creen con sinceridad haber conquistado una nueva arma contra el capitalismo, y aproximar, valiéndose de ella, el advenimiento de la revolución emancipadora.

Naturalmente, para disimular mejor la falsa maniobra, el cambio se ha ido efectuando por grados. Al principio no se afirmó ninguna de las conclusiones ajenas al programa socialista. La expropiación por medio de la revolución —se repetía— es el único medio para emanciparse. El sufragio universal, como todas las reformas —se seguía diciendo— no modifican la situación de los trabajadores; no son nada más que lazos tendidos a la ingenuidad popular. Pero —se insinuaba— debemos aprovecharnos de todo; debemos hacer servir como armas todas las concesiones que podemos arrancar al enemigo; debemos ensanchar nuestro campo de acción; debemos ser prácticos.

En seguida se presentó el proyecto de ir a las armas, fin a que tendía y se reducía toda la pretendida ampliación de táctica. Pero, como no se osaba aún renegar de todo lo que se había dicho sobre la acción corruptora del ambiente parlamentario, se dijo que se necesitaba votar simplemente para contarse, como si fuera necesario ir a las urnas y hacerse contar por el enemigo para juzgar de los progresos del propio partido. Después, como quien no quiere la cosa, los que así hablaban se transformaron en hombres que querían ir al parlamento y quedarse allí. Pero aun no había el atrevimiento de confesarlo. Se trataba siempre de candidaturas de protesta. Los electos no entrarían en el parlamento, rehusarían el juramento allá donde era exigido, o entrarían solamente para arrojar a la cara del capitalismo todas sus maldades, con lo que se harían expulsar de aquel recinto como enemigos que no transigen. Después, ni

siquiera esto. Al parlamento era preciso ir para descubrir y denunciarlos entretelones de la política, para tener puestos avanzados en el campo enemigo.

El diputado socialista no debía ser legislador, no debía tener ninguna unión con los diputados del capitalismo, pero sí quedarse en el parlamento como espectro amenazador de la revolución social en medio de aquellos que viven del sudor y de las fatigas del pueblo.

Así se empezó a estar en la pendiente y, claro está, una vez en ella, no había más remedio que llegar al fondo. El partido revolucionario que entraba en el parlamento tenía que acabar forzosamente en reformista, y así ha sido.

La emancipación integral —han acabado por decir— es una hermosa cosa, pero es como el paraíso: algo que nadie ha visto nunca. El pueblo tiene necesidad de mejoramientos inmediatos: mejor poco que nada. La revolución será tanto más fácil cuanto más concesiones se hayan arrancado al capitalismo.

Y aun hay algunos de ellos, pocos por suerte, que han saltado totalmente al fondo de la pendiente, y que afirman, sin vacilar, que se puede llegar al fin deseado por medio de evoluciones pacíficas.

Se ha invocado la ciencia —esa pobre ciencia que se allana a todas las mixtificaciones— para sofisticar hasta el infinito sobre el tema de la revolución y de la evolución, como si alguien negara esta última y como si la revolución no fuera, ella misma, más que una forma de evolución, más rápida, que se produce, provocada o espontáneamente, cuando las necesidades y las ideas nacidas de una evolución precedente no hallan ya posibilidad de satisfacerse sin la intervención de la acción revolucionaria.

Todos estamos de acuerdo en que, para vencer, es necesario preparar el ambiente de la victoria; en que, contra la regresión u obstrucción capitalista, procede una evolución que conduzca a hacerlas ineficaces; pero la cuestión es ver cuál es la forma de evolución que lleve más directamente, con menos pérdida de tiempo y de fuerza, al fin que se quiere alcanzar.

Así, en el caso de que estamos tratando, para llegar al punto en que el pueblo se sienta y se declare dueño de todo lo que existe para utilizarlo todo en provecho de todos, y comience a hacer de por sí las cosas suyas, es necesario una evolución que sólo puede facilitarla la propaganda de la cuestión social y el ejercicio de la acción revolucionaria contra las instituciones enemigas, y no una evolución que deba esperarse de la acción parlamentaria, la cual induce al abandono de la propia iniciativa en manos ajenas; o de las cooperativas, que hacen nacer en el trabajador la esperanza de la propiedad y con ella el egoísmo en la clase proletaria.

No insistiremos nuevamente acerca de la impotencia del sufragio universal y del parlamentarismo para resolver la cuestión social, ni sobre la futilidad de todas las reformas no fundadas sobre la abolición de la propiedad individual, pero, como la

razón y el pretexto que sirve a ciertos socialistas para tomar parte en las elecciones y para hacerse llevar al parlamento es la ventaja que podría tocarle a la propaganda, nosotros demostraremos, en cambio, el daño que la ocasiona.

De ordinario, los que elogian la utilidad, para el proletariado, de tener representantes en el parlamento y en todos los otros cuerpos electivos, razonan como si para ser elector bastara sólo quererlo.

—Nosotros tendremos allá —dicen ellos— hombres que gozarán de grandes ventajas económicas, las cuales les permitirán entregarse con mayor eficacia a la propaganda; hombres que podrán observar de cerca las lacras del mundo político y denunciarlas al público; hombres que podrán, sobre todo, servirse de la tribuna parlamentaria para defender sus ideales y forzar a todo el país a estudiarlos y discutirlos. ¿Por qué renunciar a estos beneficios?

Ante todo hay un prejuzgamiento: ¿mantendrán los electos el programa que sostenían cuando candidatos y usarán en su defensa de la misma energía?

Ciertamente sería honroso para la naturaleza humana poder afirmar que cualesquiera que fuesen las convicciones de los hombres y el método de lucha elegido, nunca disminuirían su sinceridad y su valentía; pero la prueba está hecha y, desgraciadamente, cuando se piensa en la conducta innoble y hasta vil que han tenido en cualquier parte casi todos los diputados socialistas, no es posible conservar tales ilusiones.

El ambiente parlamentario corrompe, y el obrero y el revolucionario dejan de ser tales por el solo hecho de haber llegado a diputados.

Por lo demás, esto no es para maravillarse. Si tomáis un trabajador, lo sacáis de su medio, lo substraéis al trabajo, lo alejáis de los que con él compartían la miseria y lo colocáis entre los señores, en pleno gran mundo donde se goza y no se trabaja, lo exponéis a todas las tentaciones. ¿Por qué extrañarse si él se adapta a ese ambiente más confortable que aquel en que vivía antes, y si trata de asegurarse el insólito bienestar y olvida más tarde o más temprano a sus hermanos de fatigas y los compromisos con ellos contraídos?

Si tomáis un revolucionario acostumbrado a pasar su vida en una u otra prisión y lo hacéis legislador, ¿por qué os habéis de extrañar después si él se deja domar por los halagos de una libertad y una seguridad personal nunca hasta entonces gozada?

Después de todo, el sentimiento de la impotencia en medio de gentes refractarias, en absoluto, a su influencia, ¿no hace que se pierda estérilmente un factor, útil en otro terreno?

Admitamos, sin embargo, si así lo queréis, que ninguno se pervierta, y que los hombres sean todos héroes… aun los que se desvelan por ser diputados. Admitido eso, decidnos: ¿cómo se llega a enviar socialistas al parlamento? La mayoría de los electores no son socialistas, pues que si lo fueran no habría necesidad de nombrar

diputados. Para formar, pues, una mayoría, es necesario transigir, aliarse con éste o aquel partido conservador, mixtificar el programa, prometer reformas inmediatas, hacer creer a éste una cosa y otra a aquél, de modo que los capitalistas lo toleren, el gobierno no lo hostilice demasiado y el pueblo confíe. ¿Qué papel desempeña en todo esto la propaganda?

Por otra parte, como cada hombre se precia de honrado y casi todos se estiman capaces, sucede que aquel que sabe pronunciar dos palabras, se considera, a sí mismo, tan digno de ser diputado como cualquier otro. La noble ambición de hacer el bien y de ser el primero en los peligros y sacrificios, se cambia gradualmente en pretensión personal, en baja ambición de honores y privilegios. Y nacen las rivalidades, los celos y las sospechas. La propaganda de los principios cede el paso a la propaganda de las personas; la victoria de las candidaturas se torna el más grande, más aún, el único interés del partido, y una turba de politicastros, que ven en el socialismo un medio como cualquier otro de hacer carrera, se lanzan en medio del pueblo a mixtificar la cuestión social.

¿Y que diremos de la esperanza de obtener, por medio de los diputados socialistas, reformas, que en todo caso apenas si servirían para aliviar un poco el dolor del pueblo? Los privilegiados no ceden sino a la fuerza o ante el temor de que peligren sus intereses. Si en el régimen actual es posible algún mejoramiento, el único medio de obtenerlo es la agitación fuera y contra las instituciones del enemigo, mostrando la firme decisión de quererlo cueste lo que cueste. Confiar a los diputados el patrocinio de la voluntad popular, sirve únicamente para proveer al gobierno del medio de burlarla, pues que el pueblo, así, confía en esperanzas totalmente vanas.

La fracción autoritaria del partido socialista, aceptando en la práctica el parlamentarismo, en el actual ambiente económico, y esperando y haciendo esperar reformas y mejoramientos de la obra de los poderes legales, ha cesado de ser revolucionaria y, en último análisis, hasta socialista, para convertirse en simple nueva forma democrática, republicana donde existe la república, monárquica donde aun hay monarquía, pues que, en efecto, todo su programa se reduce… al sufragio universal.

Es la lógica de los hechos que se impone.

Republicanos y monárquicos demócratas dicen: «que el pueblo haga su voluntad… por medio de las asambleas elegidas por sufragio universal». Y las asambleas hacen la voluntad de los propietarios, de los capitalistas y de los gobernantes, de quienes son y serán compuestas mientras duren las actuales condiciones económicas.

Los socialistas debían saber muy bien que «el pueblo no puede hacer lo que quiere, ni sabrá lo que debe querer, mientras sea económicamente esclavo». Pero habiendo, por necesidad electoral y por conveniencias personales, abandonado primero y después combatido la propaganda revolucionaria, ¿qué remedio les

quedaba sino aceptar el terreno que les ofrecían los adversarios naturales del socialismo? Y lo han aceptado, hasta el punto de olvidar, con harta frecuencia, las afirmaciones teóricas que aun conservaban, única platónica diferencia entre ellos y los demócratas burgueses.

Para los anarquistas, la cosa era muy distinta. Para los anarquistas, que combaten la delegación del poder, y confían siempre en la acción libre, dirigida por todos, esa nueva táctica significa, además de abandonar la propaganda revolucionaria y de entregar el partido en los brazos del capitalismo, crear una situación llena de inconvenientes, debido a los cuales se había de dar, en lo sucesivo, hasta a la parte más consciente de las masas, una educación diametralmente opuesta al propósito del anarquismo, el cual ha de ser alcanzado por el libre ejercicio de la iniciativa individual. Por lo tanto, los anarquistas han quedado libres del error parlamentario. Y si algunos de entre ellos, por las razones ya mencionadas, se sintieron vacilantes, desde ese, momento cesaron de ser anarquistas, quedando unidos a los socialistas parlamentarios y precipitándose, con ellos, en los bajos fondos de la politiquería.

La evolución de las ideas y de los hechos, la lógica del método, la influencia determinante que los medios usados han ejercido sobre el fin que se trataba de alcanzar, han probado ya, con plena claridad, que el verdadero socialismo no está hoy representado nada más que por los socialistas anarquistas, pues que el socialismo anarquista es, por su naturaleza, antiparlamentario y revolucionario, Naturalmente, hacemos esta afirmación dándole a la palabra *socialismo* el significado que le dieron sus apóstoles y sus mártires. El socialismo, según ese significado, es la palanca que debe derrumbar el régimen capitalista. Claro está que esto es muy distinto de lo que todavía llaman socialismo, sin lógica ni razón, los socialistas de ayer que hoy son parlamentarios.

Es viejo tema el de la *revolución y evolución*, continuamente discutido y de continuo renaciente, a causa, señaladamente, del equívoco producido por el diverso significado que se puede dar a ambas palabras. A veces, la palabra evolución se toma en el sentido genérico de cambio, y entonces significa un hecho general de la Naturaleza y de la Historia, sobre el cual se puede discutir desde el punto de vista de la ciencia, pero que nadie pone en duda en el campo de la sociología. Otras veces, se toma en el sentido de cambio lento, gradual, regido por leyes fijas en el tiempo y en el espacio, que excluye todo salto, toda catástrofe, toda posibilidad de ser empujado o retardado y, sobre todo, de ser violentado y dirigido por la voluntad humana en uno u otro sentido, y entonces suele oponerse a la palabra y a la idea de *revolución*.

También la palabra revolución, según mejor convenga a la tesis que se desea sostener, tan pronto se entiende en el sentido de cambio radical, profundo, de las instituciones sociales —y en este sentido todos (menos los religiosos tal vez, que creen que las cosas son como son por la voluntad de Dios y que serán siempre así),

absolutamente todos los hombres pueden llamarse revolucionarios, con tal de que dejen para tiempos lejanísimos (para tiempos maduros, como suelen decir) la realización de los cambios deseados, —como se entiende, asimismo, en el sentido de cambio violento, efectuado por la fuerza contra la fuerza conservadora que se oponga, y entonces implica lucha material, insurrección armada, con su cortejo de barricadas, de secuestro de los bienes de la clase contra la cual se lucha, de expropiación, *etc.*, etc. Por entender de tan diversa manera el significado de la palabra se ha discutido tanto, y se vuelve a discutir, sin llegar nunca a entenderse ni a no entenderse de modo claro y definitivo.

En realidad, esta vieja discusión, siempre renovada, no es otra cosa, en el campo de la contienda social, que una tentativa de justificación teórica de propósitos precedentes, y la ciencia, la filosofía de la historia, y otro sin fin de palabras sonoras de esa misma índole, esgrimidas en la polémica, no han servido ni sirven nada más que para embrollar la cuestión y para ocultar, muchas veces, el pensamiento y las intenciones verdaderas de los contendientes.

Creemos muy conveniente decir nuestro parecer sobre tema tan interesante y, para poner la mayor suma de claridad en nuestro juicio, en lugar de contraponer revolución y evolución, diremos insurrección y evolución. Diremos esto, no con la esperanza de poner de acuerdo a cuantos nos lean, sino con el deseo de evitar confusiones y de distinguir bien entre aquellos que quieren hacer la revolución hoy, mañana, o cuanto antes sea posible, y entre aquellos otros que, predicando que la revolución tendrán que hacerla nuestros hijos o nuestros nietos, inducen a los hombres, aun de modo involuntario, a sacar de las circunstancias actuales lo más que se pueda, y a no pensar ya en una revolución relegada a las generaciones futuras, con lo cual se crea, por consiguiente, un ambiente poco propicio que puede dar lugar a que nos encuentre sorprendidos y nada preparados cualquier ocasión que pueda presentarse de hacer la revolución.

La cuestión es esta:

Para producir un cambio político-social, ¿es necesario que el régimen vigente esté agotado y que en la conciencia de todos, o por lo menos de la mayoría, se haya formado un deseo y un concepto claro de la especie de cambio que ha de efectuarse? ¿Es posible que en un dado régimen social se forme una conciencia universal favorable al cambio fundamental de dicho régimen?

O al contrario: ¿no es verdad que todo régimen nacido por imposición de la fuerza sobre las masas recalcitrantes, pero acaso incapaces de acción colectiva y consciente, con objetivos determinados, tiende a consolidarse y a hacerse aceptar, corrigiendo sus defectos, compensando del mejor modo posible los males que produce y oreando una mentalidad pública adaptada a su mantenimiento, y, por lo tanto, este régimen se hace tanto más fuerte cuanto más duradero? ¿No es verdad que

las revoluciones y los progresos de toda especie se efectúan por obra de las minorías, con frecuencia desaparecidas, que, alternando de hecho —con la fuerza cuando se trata de instituciones que con la fuerza niegan a las minorías el derecho a obrar— las condiciones del ambiente y utilizando los instintos obscuros y las necesidades inconscientes de las masas, las arrastran y las encaminan por la nueva ruta?

Los marxistas, que tanta y tan nefasta influencia han tenido sobre las tendencias del socialismo contemporáneo, han matado en flor muchas rebeldías y muchos descontentos con la idea de que el sistema capitalista llevaba en sí el germen de su muerte, y con la idea de que, con la concentración de la riqueza en manos de un número cada vez menor de personas y la miseria creciente que se derivaría de este hecho, seríamos conducidos fatalmente a la transformación social.

Los educacionistas, por su parte, han creído y creen todavía que en fuerza de propagar la instrucción, de predicar el librepensamiento, la ciencia positiva, etc., etc., de instituir universidades populares y escuelas modernas, se puede destruir en las masas el prejuicio religioso, la sujeción moral al dominio estatal, la creencia en los derechos sacrosantos de la propiedad, y de este modo hacer que a todos los hombres les sea insoportable y, por lo tanto, incapaz de subsistir, el régimen de mentira, de injusticia y de opresión, que se trata de destruir. Por su parte, del sindicalismo doctrinario, también pretende que la organización obrera, el sindicato, nos lleva, por su propia virtud, automáticamente, a la abolición del salario y del Estado.

Ahora bien; sucede, al contrario, que el capitalismo se extiende y se refuerza y que los marxistas, renunciando en la práctica, ya que no teóricamente, a los dogmas de su escuela, se consagran a predicar y a apoyar reformas que, aun cuando fuesen posibles, no harían otra cosa que consolidar al propio capitalismo, instigando sus homicidas efectos y sustituyendo la lucha de clases con un acuerdo entre trabajadores y capitalistas, lo cual haría, naturalmente, que fuesen más estables y más seguras las condiciones de tinos y otros y tendería a evitar aquellos conflictos de los cuales podría originarse la revolución. En efecto, allí donde el capitalismo individual se considera ya impotente para garantizar la estabilidad social, es decir, la perpetuación del privilegio, está a punto de ser sustituido por un capitalismo de Estado, en el cual los privilegiados, en vez de llamarse capitalistas, se llamarían funcionarios, con lo que el pueblo trabajador quedaría reducido a mero rebaño, tal vez mejor alimentado, acaso un poco menos expuesto a no tener trabajo cuando viejo, pero que sería más esclavo aún que en el régimen capitalista.

Por otra parte, ese movimiento tiende, a mecida que se amplía y se normaliza el movimiento obrero, a salvaguardar los intereses inmediatos, del mejor modo posible, y mediante convenios con los patronos y, lo que es peor aún, tiende a crear privilegios y, consecuentemente, rivalidades de categorías, preparando un cuarto estado, una nueva clase de privilegiados que tendría bajo sus pies a la gran masa, más oprimida y

más incapaz que nunca de rebelarse.

Los educacionistas deberían asimismo ver cuán impotentes son sus esfuerzos generosos, paralizados de continuo, cómo se hallan, por la escasez de medios, por las persecuciones, o, cuando menos, por la sorda oposición de los poderes públicos y, sobre todo, por la influencia del ambiente. Con dolor y desilusión deben Observar cómo las supersticiones, religiosas o laicas, se mantienen triunfantes a despecho de los progresos y de la propagación de la ciencia.

Por consiguiente, según nuestra opinión, mientras duren las condiciones económicas y políticas actuales, no podemos hacernos la ilusión de poder elevar sensiblemente la conciencia de las masas ni transformar el ambiente de modo adecuado y capaz para realizar nuestros ideales.

Sin embargo, a pesar de todo eso, el mundo no permanece inmóvil. Afortunadamente, en todos los tiempos y lugares ha habido y hay minorías que escapan, en mayor o menor grado, a la influencia del ambiente y que son capaces de rebeldía moral que después se transforma en rebeldía material, pudiendo triunfar cuando las circunstancias se prestan para ello y las diversas minorías dispersas saben entenderse y concurrir a una obra común.

Si el objetivo fuese una simple revolución política, un simple cambio de gobierno, o aun un cambio más profundo, pero hecho por obra de gobierno, bastaría la insurrección triunfante de esas minorías para realizarlo, para llevar a cabo su propósito, como ha bastado en las revoluciones pasadas y contemporáneas. Pero nosotros queremos una revolución profunda que transforme todas las condiciones de la vida, que ponga a todo el pueblo, es decir, a todos los individuos que forman el pueblo, en grado de poder concurrir directamente en la constitución de las nuevas formas de convivencia social, y por esto nosotros no esperamos, no podemos esperar, de la insurrección, la realización inmediata y general de nuestras ideas, sino sólo la creación de circunstancias más favorables a nuestra propaganda y a nuestra acción, el principio, en suma, de nuestra revolución.

Y esto podemos conseguirlo en cuanto, cualquiera que sea el gobierno anterior, sea derribado por la insurrección contra él dirigida, puesto que ya no tendremos en nuestra contra todas las fuerzas de que dispone el Estado, y aun cuando los demás partidos procurasen, como ciertamente lo intentarían, constituir nuevos gobiernos, nuevos organismos autoritarios y opresivos. Nosotros, entretanto que esto ocurra, no prometeremos al pueblo el bienestar, sino que le empujaremos a que se lo labre él mismo, a que tome posesión de la riqueza, a que ejercite de hecho la libertad conquistada. Y todo esto lo haremos de modo que el pueblo vea inmediatamente las ventajas de la revolución y se interese por su triunfo y se ponga, en parte al menos, a nuestro lado, para oponerse al nuevo yugo a que otros partidos quisieran uncirle.

Prácticamente, en todas partes donde se ha hedió propaganda con cierta actividad

y cierta constancia, se ha conseguido crear núcleos de hombres partidarios de nuestras ideas, más o menos numerosos. Esperar que estos núcleos aumenten indefinidamente hasta abarcar toda la población de cada localidad, o, por lo menos, su mayor parte, sería exponerse a sufrir una desilusión segura. Toda localidad contiene, en circunstancias dadas, un número limitado de individuos más o menos susceptibles de comprender y aceptar nuestras aspiraciones y, por consiguiente, cuanta más propaganda se haya hecho en un sitio, más fáciles son sus progresos ulteriores. Pero estamos lejos de haber reunido, aun en las localidades mejor trabajadas, todos los elementos disponibles y de haberlos cultivado lo suficiente y, lo que no es posible olvidar, existen un infinito número de localidades, regiones enteras, donde nuestra propaganda no ha entrado nunca. Por esto la revolución, una revolución de marcado sello nuestro, es hoy difícil, por no decir imposible. Pero si trabajamos con actividad y constancia, si intensificamos nuestra labor en los lugares donde ya damos fe de vida, si hacemos todo cuanto nos sea posible para penetrar en los lugares donde no se nos conoce, pronto podremos cubrir una gran parte de la tierra con una red de agrupaciones capaces de entenderse y de actuar concertadamente.

Y entonces, si tenemos la firme voluntad de hacer la revolución, de hacerla nosotros, cuanto antes, entonces no faltarán las ocasiones. Y si faltaran, estaremos preparados para crearlas.

Porque tenemos mucha simpatía por los movimientos obreros, y porque hemos hecho y hacemos muchos esfuerzos por que esos movimientos tengan un carácter libre y abierto, nos parece conveniente advertir el peligro que existe en confundir el movimiento puramente anarquista con esta o aquella organización obrera, y el anarquismo con el sindicalismo, sea lo que fuere lo que este último pueda significar como programa en sí.

Veamos el fondo de la cuestión.

Cualquier movimiento, para resistir y luchar contra los patronos, tiende a despertar en los trabajadores la conciencia de la injusticia de que son víctimas, los anima a desear y pretender condiciones de vida siempre mejores, les hace experimentar la fuerza que se obtiene con la unión y la solidaridad, pone en evidencia y agudiza el antagonismo de intereses que existe entre quien trabaja y quien hace trabajar y es, por lo tanto, ensayo y preparación de la total transformación social a la cual nosotros aspiramos.

Pero, sin embargo, el movimiento obrero no es por sí mismo revolucionario, ni por sí mismo podría conducir a la revolución. Al contrario, si falta en él la obra activa de hombres y partidos que se inspiren en ideales superiores a los ideales actuales e inmediatos y que piensen servirse del movimiento obrero como de un medio para

propagar sus ideas y para arrastrar a las masas hacia la lucha radical y definitiva contra las instituciones vigentes, la organización obrera se vuelve fácilmente un elemento de conservación social, de conciliación y de colaboración entre las clases y tiende a crear una aristocracia y una burocracia obrera que se constituye en el grupo inicial de una nueva clase privilegiada, dejando a la gran masa en un estado definitivo de inferioridad.

Abundantes pruebas de esta degeneración del movimiento obrero existen en América, en Inglaterra, en Francia, en Alemania, en Italia, en España… Ha sucedido siempre que las organizaciones obreras, surgidas por obra de hombres animados de una ferviente aspiración al bienestar común y henchidos de espíritu de sacrificio, y por lo tanto revolucionarios en el más puro y limpio aspecto, a medida que se han vuelto fuertes han degenerado, porque se ha desarrollado en ellas el espíritu de cuerpo, porque los intereses específicos de la organización han sido antepuestos a los intereses generales, porque las pequeñas ventajas inmediatas obtenidas han sido preferidas a las grandes conquistas futuras que, entretanto no se consiguen, exigen luchas y sacrificios.

Esto se explica fácilmente. Una organización obrera no puede estar compuesta solamente por obreros intelectualmente y moralmente emancipados que tengan un programa ideal y luchen por su triunfo. En tal caso, la organización sería simplemente un duplicado de varias agrupaciones políticas y resultaría inútil, ya fuese como medio de lucha contra los patronos, ya como medio de propaganda.

Cada organización obrera hace llamamientos a la masa trabajadora y busca alistar en su seno tanta cuanta mayor parte de hombres le sea posible. Para esto, a la organización le es preciso mantenerse en un terreno de generalidades e insistir señaladamente en el aspecto de los intereses inmediatos de los trabajadores, pedir las mejoras que sean posibles entonces, no sobrepasar, ni mucho menos, el nivel de las aspiraciones que se deseen en las varias corporaciones de las diversas localidades, tratar con los patronos y la autoridad, hacer, en resumidas cuentas, obra de reformismo, Y el reformismo es un pozo en cuyo fondo existen toda clase de intrigas y de traiciones.

Afortunadamente, hay hombres conscientes del peligro que están siempre en guardia, y hay masas de espíritu rebelde y generoso que desdeñan las pequeñas mejoras y están dispuestas para la lucha final; pero el peligro existe y para evitarlo es necesario que en medio y por encima de las organizaciones obreras haya el movimiento político, la agrupación idealista para la cual la revolución social —anárquica por lo que a nosotros concierne— sea el fin y todo lo restante nada más que un medio. Colocados en este punto de vista, a nosotros, las desconfianzas y las rivalidades entre las distintas organizaciones, nos parecen, naturalmente, cosa de importancia secundaria. Favorezcamos las organizaciones que más se acercan a

nosotros, combatamos las que traicionan, según nosotros, la causa de la revolución, pero sostengamos también, al mismo tiempo, la necesidad que tenemos, todos nosotros, de llevar nuestra influencia, tanto cuanto nos sea posible, a todas partes, con nuestra propaganda y el espíritu de nuestro ideal.

Las masas son, más o menos, las mismas en cualquier organización de que se trate. Y aquellas masas que están fuera de toda organización, no son, ciertamente, las más avanzadas.

Deber nuestro es trabajar junto a las masas, a todas las masas. Y sobre todo, deber nuestro es ser siempre nosotros mismos: anarquistas y revolucionarios.

No cabe duda de que en una sociedad como esta que sufrimos, fundada sobre el egoísmo individual, sobre la lucha de cada uno contra todos y de todos contra cada uno, no es cierto que, en tanto nos movamos dentro de los límites de la moral y del orden burgués, los intereses de los trabajadores sean solidarios; no es cierto que la lucha por la vida sea naturalmente una lucha de clases.

Los intereses de los trabajadores se vuelven solidarios cuando los mismos trabajadores aprenden a amarse entre sí y quieren estar todos bien: la lucha de cada uno para sí se vuelve lucha de clase cuando una moral superior, un ideal de justicia y una mayor comprensión de las ventajas que la solidaridad puede procurar a cada individuo, viene a fraternizar a todos aquellos que se encuentran en una posición análoga.

Naturalmente, en régimen individualista, en régimen de competencia, el bien de uno está hedió del mal de los demás. Si una categoría de trabajadores mejora de condición, los precios de sus productos aumentan y todos aquellos que no pertenecen a su categoría se ven perjudicados. Si los obreros ocupados consiguen impedir el ser licenciados por los patronos y se convierten así en algo parecido a propietarios de sus puestos, los desocupados ven disminuidas las probabilidades de empleo. Si por nuevas invenciones, o por el cambio de las modas, o por otras razones, un oficio decae y desaparece, unos trabajadores serán perjudicados y otros favorecidos; si un artículo viene del exterior y se vende a un precio inferior al que cuesta producirlo en el país, los consumidores ganan, pero los que fabrican este artículo se ven en la ruina. En general, todo nuevo descubrimiento, todo progreso en los métodos de producción, aunque en el porvenir pueda llegar a ser aprovechado por todos, comienza siempre por producir un, desarreglo de intereses que se traduce siempre, fatalmente, en sufrimientos humanos.

Ciertamente, tienen mucha razón los obreros que piden, de vez en vez, que en el trabajo y en las recompensas se debiera tener en cuenta las necesidades y ocupar con preferencia a quienes más necesitan de una ocupación: pagar más a quienes tienen más personas —hijos, parientes, padres ancianos inhabilitados— que mantener; dar

los trabajos más livianos a los más débiles Y los más fáciles a los menos dotados, proporcionando la compensación no con arreglo a la productividad, sino de acuerdo con las necesidades de los trabajadores.

Pero esta es una moral que no podrá encontrar su aplicación nada más que en una sociedad comunista: comunista más en el espíritu que en las formas concretas de organización.

Por esta razón es por la que nosotros, persuadidos de que los antagonismos entre hombre y hombre no podrán superarse si no es transformando completamente el sistema social y aboliendo la posibilidad de la explotación del trabajo ajeno, nos interesamos sólo muy superficialmente en las luchas gremiales, en las luchas económicas, cuando éstas no se elevan a cuestiones de reivindicaciones de orden moral y de intereses generales.

Tiene razón cada uno en defender su pan cotidiano y en procurar hacerlo lo más abundante que le sea posible; tiene razón cada uno en querer comer y en conquistar una posición lo menos penosa que le sea dado, desde ahora, sin esperar la revolución; pero nosotros, que no representamos intereses particulares de individuos o de gremios, nos ocupamos con preferencia de las agitaciones, de los movimientos que tienden a extender el sentimiento de solidaridad y a preparar la revolución.

Los obreros que combaten a otros obreros porque esto conviene a sus intereses, francamente, no nos resultan simpáticos. En cambio, admiramos a aquellos trabajadores que saben unir a la lucha por sus intereses actuales e inmediatos, la lucha por intereses generales y la lucha por razones ideales.

Así los ferroviarios y los trabajadores del mar que, con riesgo propio, rehúsan el transportar hombres y elementos destinados a fines liberticidas; así aquellos trabajadores de los campos o de las fábricas que por medio de propias oficinas de colocación y de la limitación de la jornada de trabajo, intentan hacer participar a todos en el trabajo disponible; así aquellos trabajadores que, como más de una vez los mineros ingleses, mientras exigen e imponen a los patronos aumentos de salario, imponen igualmente que esos aumentos sean tomados de la ganancia patronal y no sean descargados sobre las espaldas de los consumidores, con el aumento de precios; así todos aquellos obreros que rehúsan hoy o rehusaron ayer hacer trabajos nocivos, fabricar casas que se desmoronen para desgracia de los pobres y sólidas prisiones en provecho del gobierno, adulterar las substancias alimenticias, imprimir mentiras contra ellos mismos o contra sus compañeros de otros oficios, etc., etc.

Todo esto sirve para elevar la conciencia de los trabajadores y para preparar la revolución moral y material de la que debe surgir un mundo nuevo.

En cambio, las luchas inspiradas en mezquinos intereses y realizadas con medios mezquinos, son dañosas a la preparación revolucionaria y ni siquiera sirven, bien estudiadas, en la práctica, para resolver las cuestiones inmediatas.

Nosotros hemos dicho muchas veces que los obreros de las artes gráficas deberían negarse a componer y a imprimir cosas contrarias a la clase obrera y, en general, todo aquello que ellos no encuentren justo y verdadero, e insistimos aún sobre esto que, a nuestro juicio, debiera ser considerado, por cada impresor consciente, como una deuda de honor. No otra cosa debe ser ese problema, para cada impresor que se sienta hombre, con sus ideas y sus pasiones, y no una simple máquina de emborronar papel.

Nosotros lo hemos dicho y lo repetimos: del mismo modo que los demás obreros debían negarse a fabricar armas, a falsificar substancias alimenticias, a construir casas propicias a hundirse a la primera lluvia, del mismo modo, en fin, que cada obrero debería negarse a ser el cómplice del patrón para engañar y defraudar al público, así cada impresor debería considerar una deshonra el contribuir a la difusión de la mentira que tendiera a defender a los opresores y explotadores del trabajo ajeno.

Planteado así el problema, no es extraño que los reaccionarios, es decir, los peores enemigos de la libertad, surjan indignados, en nombre de esta, y nos digan:

> *¡Bonita libertad de imprenta! Vosotros os llamáis anarquistas, pero quisierais la libertad sólo para vosotros; para los demás, la mordaza*.

Estos señores, que invocan la libertad para combatir ese aspecto de nuestro pensamiento, todos sabemos que si pudieran nos harían permanecer en la cárcel, para siempre, por el simple delito de pensar, cuando no hubiera hechos más concretos que atribuirnos.

Y si creen apabullarnos con la invocación a la libertad, tengan por seguro que se equivocan.

Nos explicaremos.

Nosotros les dejaremos plena y completa libertad de prensa, puesto que aborrecemos toda clase de tiranía, aun sí fuera ella ejercida en nombre del proletariado, por el socialismo o por el anarquismo.

Nosotros creemos nefasta y absurda toda clase de censura, porque creemos que nadie puede estar seguro de poseer la verdad y que no hay libertad verdadera sin la libertad del error.

Sin embargo, verdad o error —compréndanlo bien esos contradictores reaccionarios—, deben ser propagados por quienes los profesan.

Ellos, si son escritores, escriben, ciertamente —¡quién sabe qué disparates, estoy por decir!, —según su conciencia. ¿Lo es cierto? Pues bien; ¿admitirían un director o un editor que les hiciera escribir cosas contrarias a sus convicciones?

Si ellos, pues, se consideran deshonrados cuando escriben, por dinero, cosas que sus conciencias creen malas, ¿por qué no aceptar lo mismo para los obreros de las

artes gráficas?

En una sociedad como la que nosotros queremos, todos encontrarían los instrumentos de trabajo y los medios para aprender a usarlos, pero nadie podría imponer a los demás trabajar para otro y producir cosas que ellos consideraran inútiles o dañinas.

Cuando los obreros de las artes gráficas se negaran a servir a la reacción, los reaccionarios podrían aún imprimir sus juicios; pero tendrían que aprender a hacerlo ellos mismos, con sus propias manos.

¿Está clara nuestra explicación?

Hemos dicho más de una vez que, si los trabajadores quieren hacer triunfar definitivamente la revolución, deben prepararse para grandes sacrificios, para un trabajo intenso y profundo, para una vida ejemplar, para duras privaciones hasta el día en que el capitalismo sea definitivamente abatido en el interior y en el exterior y la solidaridad humana quede establecida en todos los países.

También hemos dicho que, en espera de ese día, a fin de asegurar el éxito de la revolución, todas las máquinas existentes y toda la tierra disponible *deben dar el máximo rendimiento, deben ser explotadas en el más alto grado para restablecer las reservas que poco a poco se agoten y para obtener de la tierra cosechas abundantes y siempre más abundantes*.

Por si nuestro juicio no era muy seguro, ahí está el ejemplo de la revolución bolchevique rusa, que ha venido a darle firmeza y consistencia. En efecto, en Rusia, la militarización de los obreros y la dictadura en las fábricas, no ha constituido un remedio, sino, por el contrario, una de las causas de la menor producción. ¡Lo que se hace por la fuerza, se hace siempre de mala gana y mal!

Si en la historia no se ha visto jamás aumentar la productividad después de una revolución es, ciertamente, porque ninguna revolución ha dado jamás los instrumentos del trabajo a los propios trabajadores. O más bien, el aumento se ha producido solamente en esas raras ocasiones en que gente habituada a trabajar para otros se vio de improviso en condiciones de trabajar para sí misma. Así en Francia, después de la revolución, un gran número de campesinos llegaron a ser patronos de un pedazo de tierra y comenzaron a trabajarlo por su cuenta.

Naturalmente, un cambio político que deja, en sustancia, las cosas tal como estaban antes, no puede producir en las masas esa revolución moral, esa duda vibrante de entusiasmo que es necesaria para instaurar una nueva sociedad fundada sobre el amor y la solidaridad.

El autoritarismo es una enfermedad del espíritu hecha a base de soberbia y de

humildad. Es una pretensión a la infalibilidad propia y una fe en la infalibilidad de los demás que hace a uno, por una parte, secuaz, servil y ciegamente obediente de quien es o se cree superior, y, por la otra, intolerante hacia toda oposición que venga de quien es o se cree inferior.

La mayoría de los partidos socialistas autoritarios, no obstante gustar de llamarse científicos y críticos, han mostrado siempre la necesidad de jefes intelectuales por cuyo verbo jurar y de dirigentes prácticos a quienes obedecer.

El jefe supremo era Marx y teóricamente sigue siéndolo. En toda la literatura socialista y en toda la propaganda oral se recurre a Marx y al manifiesto comunista de 1848, como a un profeta y a un evangelio; y más que sostener las propias razones con argumentos racionales, se discute si tal afirmación o tal táctica está conforme con los textos sagrados. Es lo que hacen los católicos, lo que hacen los mazzinianos, lo que hacen ¡os juristas, lo que hacen todos los religiosos y todos los autoritarios, que son, en verdad, de igual conformación espiritual.

Pero Marx murió hace ya mucho tiempo y, como sucede siempre con los profetas que hablaron en jerga, sus secuaces lo han interpretado de diversos modos, de tal suerte, que mal se puede, en su nombre, llegar a justificar una doctrina y una táctica unitaria. Por esta razón, ante las exigencias de la política práctica, se fue dejando a un lado a Marx y casi amenazaba ya el que fuese por completo olvidado.

Pero he aquí que estalló la revolución rusa y apareció con ella Lenin, que con el prestigio de la fuerza triunfante, arrastró tras sí a casi todos los socialistas —digo casi todos porque no cuento a los que se pasaron al enemigo— que le reconocieron como el más verdadero y mejor intérprete de Marx. Naturalmente, se pusieron, sin reservas, detrás de él.

Pero Lenin es ultra-autoritario: él manda, aunque su modo de mandar ofenda. Sucede con Lenin lo que con todos los advenedizos, lo que con todos los recién llegados al poder o a la riqueza.

El nuevo rico es siempre más odioso, más insoportable que el señor de nacimiento. Este, habiendo nacido y vivido en el privilegio, cree tener derecho a su posición, cree que el mundo no puede marchar de distinta manera de cómo marcha, y, en consecuencia, explota y oprime con perfecta tranquilidad de conciencia y con un sentimiento de seguridad que le da, salvo casos de especial maldad individual, una cierta moderación y una cierta afabilidad de modos que, desgraciadamente, con frecuencia lo hacen simpático a sus sometidos. El nuevo rico, en cambio, como advenedizo, siente ansia de goces, tiene necesidad de ostentación y parece que quisiera sofocar, con el lujo y con la altanería, el remordimiento de conciencia y el miedo de volver a ser pobre.

Lo mismo que en ese aspecto de la riqueza, sucede con el poder político. Los viejos revolucionarios llegados al gobierno son más tiránicos que aquellos salidos de

las clases gobernantes tradicionales; los liberales son, a la postre, más reaccionarios y más villanos que los conservadores.

En Rusia no podía ocurrir lo contrario. Hombres que habían sido perseguidos durante toda su vida, vida amenazada siempre por el policía y por el carcelero y con frecuencia por el verdugo, al conseguir de un solo golpe encaramarse al poder y tener a su disposición policías y carceleros y verdugos, ¿cómo maravillarse si se han embriagado, si han sufrido rápidamente la deformación psíquica profesional y se han puesto a mandar como zares y creen poder mandar hasta allá donde no llegan sus esbirros, es decir, hasta en las organizaciones socialistas de otros países?

Nosotros creemos que la mayor parte de los males que afligen a los hombres dependen de la mala organización social y que los hombres, queriendo y sabiendo, pueden destruirlos.

La sociedad actual es el resultado de las luchas seculares libradas por los hombres. No comprendiendo las ventajas que podían haber obtenido de la cooperación y de la solidaridad, viendo en todos sus semejantes —excepto en los más cercanos a ellos por el vínculo de la sangre— competidores y nada más que competidores, cuando no enemigos, han procurado acaparar, cada uno para sí, la mayor cantidad posible de goces sin preocuparse del interés de los demás.

Dada esta lucha, naturalmente, debían salir vencedores los más fuertes o los más afortunados, sometiendo y oprimiendo a los vencidos de modos diversos y múltiples.

Mientras el hombre no fue capaz de producir sino lo que necesitaba para su sostén, los vencedores no pudieron hacer otra cosa que matar al vencido y apoderarse de los productos por éste cosechados.

Más tarde, cuando con el descubrimiento del pastoreo y de la agricultura un hombre pudo ya producir más de lo que necesitaba para vivir, los vencedores encontraron más ventajoso reducir a los vencidos a esclavitud y hacerles producir para ellos, para sus dueños.

Más tarde aun, los vencedores se dieron cuenta de que era más cómodo, más productivo y más seguro explotar el trabajo ajeno con otro sistema: el de retener la propiedad exclusiva de la tierra y de todos los medios de trabajo y dejar nominalmente libres a los despojados, los cuales, no teniendo ya medios para vivir, se veían obligados a recurrir a los propietarios y a trabajar para éstos en las condiciones que éstos querían.

De este modo, poco a poco, gradualmente, a través de toda una red complicadísima de luchas de todo género —invasiones, guerras, rebeliones, represiones, concesiones arrancadas, asociaciones de vencidos unidos para la defensa y de vencedores unidos para la ofensa—, se ha llegado al estado actual de la sociedad, en el cual unos cuantos hombres poseen hereditariamente la tierra y toda la

riqueza social, mientras la gran mayoría de los individuos, desheredada de todo, se ve oprimida y explotada.

De este estado de cosas depende la situación miserable en que generalmente se encuentran los trabajadores y, además, todos los males que de la miseria se derivan: ignorancia, delitos, prostitución, miseria física, abnegación moral y muertes prematuras. De este estado de cosas depende la constitución de una clase especial —el gobierno—, la cual, provista de medios materiales de represión, tiene la misión de legalizar y defender a los propietarios contra las reivindicaciones de los proletarios, sirviéndose, además, de esta fuerza, para crearse para sí misma ciertos privilegios y para someter, cuando puede, hasta a la misma clase propietaria. De este estado de cosas depende que otra clase —el clero— se haya convertido en la ayuda más eficaz para la perpetuación de la injusticia, pues que procura persuadir a los oprimidos para que soporten dócilmente al opresor, trabajando de paso, como la clase gubernamental, al propio tiempo que por el interés de los propietarios, por sus propios intereses. De este estado de cosas depende la formación de una ciencia oficial que es, en todo aquello que puede servir al interés de los dominadores, la negación de la verdadera ciencia. De este estado de cosas depende el espíritu patriótico, los odios de raza, las guerras y la paz armada, más desastrosa que todas las guerras. De este estado de cosas depende el amor transformado en tormento o en objeto vil de mercado. De este estado de cosas depende el odio más o menos intenso, la rivalidad, la desconfianza, la incertidumbre y el miedo que reina en las relaciones de todos los hombres.

Este estado de cosas es el que nosotros, anarquistas, queremos cambiar radicalmente. Puesto que todos esos males de que hemos hecho mención son la consecuencia de la lucha entre los hombres, de esa busca del bienestar individual efectuada por cuenta propia y contra todos, queremos remediarlos substituyendo al odio con el amor, a la competencia con la solidaridad, a la busca exclusiva del propio bienestar con la cooperación fraternal para el bienestar de todos, a la opresión y la imposición con la libertad, a la mentira, cualquiera que sea su índole, religiosa o seudo-científica, con la verdad.

Para realizar ese cambio, creemos preciso:

1. Abolición de la propiedad privada de la tierra, de las primeras materias y de los instrumentos de trabajo, con el fin de que nadie pueda tener el modo de vivir explotando el trabajo ajeno y de que, teniendo todos los hombres garantizados los medios de producir y de vivir, puedan ser verdaderamente independientes y puedan asociarse con los demás libremente, conforme a las propias simpatías, y con el propósito de colaborar en el interés de todos.
2. Abolición del gobierno y de todo poder que pueda hacer leyes e imponerlas a los demás, es decir, abolición de las monarquías, de las repúblicas, de los parlamentos, de los ejércitos, de los policías, de las magistraturas y de todas las

demás instituciones dotadas de medios coercitivos.

3. Organización de la vida social mediante la obra de asociaciones libres, de federaciones de productores y de consumidores, hedías y edificadas a tenor de la voluntad de sus componentes, guiados por la ciencia y la experiencia y libres de toda imposición que no derive de las necesidades naturales, a las cuales, vencido el hombre por el sentimiento de la misma necesidad inevitable, voluntariamente se somete.
4. Garantizar, señaladamente, los medios de vida, de desarrollo y de bienestar, de los niños y de todos los que no estén en estado de proveer a sus necesidades.
5. Hacer la guerra a todas las mentiras, aunque se oculten bajo el manto de la ciencia y procurar la instrucción científica, hasta en su más elevado grado, para todos los hombres.
6. Acabar con el patriotismo, aboliendo las fronteras y trabajando por la confraternización de todos los pueblos.
7. Reconstituir la familia de modo que resulte de la práctica del amor, libre de todo vínculo legal, de toda opresión económica o física, de todo prejuicio religioso.

Esos son los remedios que ofrece nuestro ideal. Esos son los remedios que deseamos ver realizados.

Pero no basta con desear una cosa. Si verdaderamente se quiere obtenerla, es necesario emplear los medios adecuados para su realización. Estos medios existen, sin duda, y no son, de ningún modo, arbitrarios. Se derivan, naturalmente, del fin a que se tiende y de las circunstancias en que se lucha, de modo que, si no nos engañamos en su elección, llegaremos a los fines que nos proponemos. Si llegamos a otro fin, opuesto al que deseamos, ello obedecerá, como consecuencia natural, necesaria, a que los medios escogidos no eran los adecuados. El que se pone en camino y se equivoca, no va adonde quiere, sino allí donde conduce el camino que recorre.

Es necesario, pues, que digamos cuáles son los medios que, según nosotros, conducen al fin que nos proponemos; cuáles son los medios que nosotros deseamos emplear.

Nuestro ideal no es un ideal de aquellos cuya realización depende del individuo considerado aisladamente. Se trata de cambiar el modo de vivir en sociedad, de establecer entre los hombres relaciones de amor y de solidaridad, de conseguir la plenitud del desarrollo material, moral e intelectual, no sólo para el individuo, sino para todos los miembros de la colectividad, y esto no es un propósito que pueda imponerse con la fuerza, sino que debe surgir del conocimiento iluminado de cada uno y realizarse mediante el libre consentimiento de todos.

Nuestro primer deber, por consiguiente, consiste en persuadir a los hombres.

Es necesario que nosotros llamemos la atención de los hombres, de todos los

hombres, sobre los males que sufren y sobre la posibilidad de abolirlos. Es necesario que suscitemos en cada uno la simpatía para con los males ajenos y el vivo deseo del bien de todos.

Al que tenga hambre y frío, debemos enseñarle cómo sería fácil asegurar a todos la satisfacción de las necesidades materiales, Al oprimido y vilipendiado, debemos decirle que se puede vivir feliz en una sociedad de hombres libres e iguales. Al atormentado por el odio y el rencor tenemos el deber de enseñarle el camino para alcanzar, amando a sus semejantes, la paz y la alegría del corazón.

Y cuando hayamos conseguido hacer nacer en el ánimo de los hombres el sentimiento de rebelión contra los males injustos y evitables que se sufren en la sociedad presente; y cuando les hayamos hecho comprender las causas de estos males como asimismo que de la voluntad humana depende el eliminarlos; y cuando hayamos inspirado el deseo vivo, prepotente, de transformar la sociedad en bien de todos, entonces los convencidos, por impulso propio y por impulso de los que les precedieron en la convicción, se unirán y querrán y podrán realizar los ideales que ya les serán comunes.

Hemos dicho ya más de una vez que sería absurdo, y en total contradicción con nuestro objetivo, querer imponer la libertad y el amor entre los hombres, como también el desarrollo integral de todas las facultades humanas, por medio de la fuerza. Es necesario, pues, contar con la libre voluntad de los demás, y lo único que podemos hacer es provocar la formación y la manifestación de dicha voluntad. Pero sería igualmente absurdo, e igualmente contrario a nuestro objetivo, admitir que los que no piensan como nosotros vayan a impedirnos realizar lo que sea nuestra voluntad, siempre que ésta no lesione su derecho a una libertad igual a la nuestra.

Libertad, por consiguiente, para todos, de propagar y experimentar las propias ideas, sin otro límite que el que resulta naturalmente de la igual libertad de todos.

Entre el hombre y el ambiente social hay una acción recíproca. Los hombres hacen la sociedad tal como ésta es, y la sociedad hace los hombres tal como éstos son. De esto resulta una especie de círculo vicioso: para transformar la sociedad, es necesario transformar los hombres, y para transformar los hombres, es necesario transformar la sociedad.

La miseria embrutece al hombre, y para destruir la miseria, es necesario que los hombres tengan conocimiento y voluntad. La esclavitud educa a los hombres para esclavos, y para libertarse de la esclavitud se necesitan hombres que aspiren a ser libres. La ignorancia deja a los hombres sin el conocimiento de las causas de sus males y sin que sepan cómo remediarlos, y para destruir la ignorancia es necesario que los hombres tengan tiempo y manera de instruirse.

El gobierno acostumbra a los hombres a sufrir la ley y a creer que la ley es

necesaria a la sociedad, y para abolir el gobierno es necesario que los hombres se persuadan de su inutilidad y su nocividad.

¿Cómo salir de este círculo vicioso?

Afortunadamente, la sociedad actual no ha sido formada por la voluntad esclarecida de una clase dominante que haya podido reducir a todos los dominados a instrumentos pasivos e inconscientes de sus intereses. Esta sociedad es el resultado de mil luchas intestinas, de mil factores naturales y humanos, agentes casuales sin criterio directivo, y, por consiguiente, no hay divisiones netas ni entre los hombres ni entre las clases.

Infinitas son las variedades de condiciones materiales; infinitos los grados de desarrollo moral e intelectual; y no siempre —mejor dicho, muy raramente— el puesto que uno ocupa en la sociedad corresponde a sus aspiraciones. Con mucha frecuencia ciertos hombres caen en condiciones inferiores a las que están habituados, en tanto que otros, por circunstancias excepcionalmente favorables, consiguen elevarse a condiciones superiores a aquellas en que nacieron. Una parte notable del proletariado ha logrado ya salir del estado de miseria absoluta, embrutecedora, o no ha podido nunca reducirse a ella; ningún trabajador, o casi ninguno, se encuentra ya en el estado de inconsciencia completa, de completa adaptación a las condiciones que desearía el capitalismo. Y las mismas instituciones, tales como las ha producido la historia, contienen contradicciones orgánicas, que son como gérmenes de muerte, los cuales, al desarrollarse, producen la disolución de la institución y la necesidad de la transformación.

De aquí la posibilidad del progreso; pero no la posibilidad de llevar, por medio de la propaganda, a todos los hombres al nivel necesario para que quieran y realicen la anarquía, sin una anterior transformación gradual del ambiente.

El progreso debe marchar paralelamente en los individuos y en el ambiente. Debemos aprovechar todos los medios, todas las posibilidades, todas las ocasiones que nos ofrezca el ambiente actual, para obrar sobre los hombres y desarrollar su conocimiento y sus deseos; debemos utilizar todos los progresos realizados en la conciencia de los hombres para inducirles a reclamar y realizar aquellas mayores transformaciones sociales que sean posibles y que mejor puedan abrir paso a progresos ulteriores.

Nosotros no debemos esperar a realizar la anarquía limitándonos a la simple propaganda. Si hiciéramos esto, habríamos agotado bien pronto nuestro campo de acción; habríamos convertido a todos aquellos que en el ambiente actual son susceptibles de comprender y aceptar nuestras ideas, y nuestra ulterior propaganda quedaría estéril; o si de las transformaciones surgiesen nuevos estratos populares con la posibilidad de recibir nuevas ideas, sucedería esto sin la obra nuestra, tal vez contra nuestra obra, y, por lo tanto, acaso en perjuicio de nuestras ideas.

Debemos procurar que el pueblo, en su totalidad o en sus varias fracciones, pretenda, realice, por sí mismo, todas las mejoras, todas las libertades que desee, tan pronto como las desee y tenga fuerza para realizarlas, y propagando siempre nuestro programa completo, y luchando siempre por su realización integral, debemos empujar al pueblo a que pretenda y consiga cada vez mayores fines, hasta que llegue a su emancipación total.

Fin